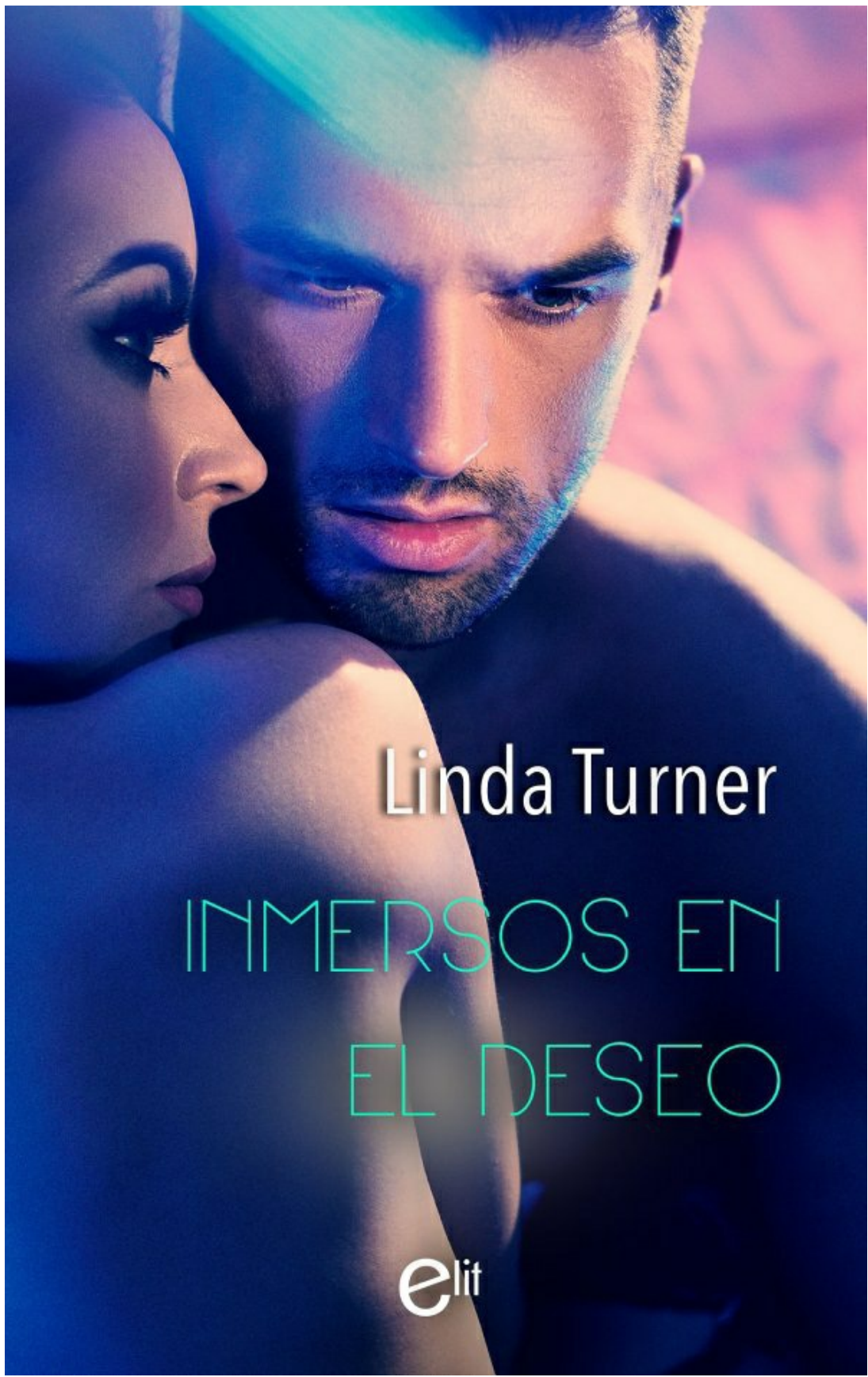




Linda Turner

INMERSOS EN
EL DESEO

eLit



Linda Turner

INMERSOS EN
EL DESEO

eLit

elit

INMERSOS EN EL DESEO

LINDA TURNER

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de

esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción

prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2004 Linda Turner

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Inmersos en el deseo, n.º 244 - noviembre 2018

Título original: Beneath the Surface

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta

edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la

imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas,

vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura

coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises

Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas

con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes

y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-228-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

AL otro lado de la cafetería del instituto, la orquesta se lanzó a interpretar uno de los grandes éxitos de los años ochenta y los alumnos del Liberty Hill High School que se graduaron en el año 1988 aplaudieron la canción y gritaron entusiasmados.

Abby Saunders, que estaba de espaldas a la pista de baile hablando con sus amigas, no tuvo que girarse para oír lo que Dennis Coffman, su cita de aquella noche, dijo.

—¿Dónde está el bellezón con el que he venido? ¡Las entradas de este baile me han costado una fortuna y todavía no he podido bailar contigo ni una

vez! Abby, ¿me oyes, preciosa? Ya basta de hablar. Venga, vamos, a bailar. Quiero tener entre mis brazos ese maravilloso cuerpo tuyo.

Abby sintió que las mejillas le ardían. Le hubiera encantado hacer un agujero en la tierra y desaparecer.

No debería haber ido a aquel baile y, menos, con Dennis, que era un hombre al que le encantaba llamar la atención para integrarse en el grupo, pero que lo único que conseguía con sus esfuerzos era precisamente quedar fuera.

Lo que había ocurrido era que a Abby no le había apetecido ir sola y lo había invitado a acompañarla.

No debería haberlo hecho porque sus cumplidos, demasiado exagerados, no eran ciertos, y cuando hablaba de dinero, algo que hacía demasiado a menudo, daba vergüenza ajena.

Abby, que estaba sentada a una mesa al fondo de la cafetería con Lily, Natalie y Rachel recordando viejos tiempos, sabía que sus amigas estarían preguntándose qué demonios hacía yendo al baile con él.

Ella se había hecho la misma pregunta varias veces durante los últimos meses y la respuesta era siempre la misma: no quería pasarse la vida sola.

Por desgracia, no tenía mucha confianza en sí misma como mujer ya que era muy delgada, tenía muy poco pecho y no creía interesar en absoluto a los

hombres... excepto a Dennis.

Cuando comenzaron a salir, intentó convencerse de que todo el mundo tenía defectos y de que, al menos, Dennis no bebía ni le era infiel.

Se había intentado convencer de que aunque fuera un tipo bravucón y arrogante al que le encantaba hablar a gritos y presumir de dinero podría vivir con ello, pero ahora no estaba tan segura.

Le daba vergüenza haber ido al baile con él y la hacía sentirse muy mal porque sabía perfectamente cómo era Dennis y, aun así, lo había invitado.

Todo aquello era culpa suya.

De repente, tuvo la urgente necesidad de salir de allí, así que se puso en pie.

—No me apetece bailar —le dijo a Dennis en voz baja—. La verdad es que no me encuentro muy bien. ¿Te importa que nos vayamos?

—No te puedes imaginar lo feliz que me hacen tus palabras —contestó él

—. No es que me alegre de que no te encuentres bien, pero, la verdad, esto es una porquería.

—Dennis...

—Es la verdad. Espérame aquí mientras voy a buscar el coche para llevarte a un sitio donde puedas comer bien, porque supongo que por eso te estás encontrando muy allá. No sé quién se ha encargado del catering, pero te

aseguro que ni mi perro se hubiera comido lo que han servido.

Y, tras haber dicho aquello en voz bien alta, Dennis salió de la cafetería sin darse cuenta de las miradas hostiles que lo despedían.

Abby sí se dio cuenta.

—Lo siento mucho —se disculpó ante sus amigas—. Ha sido un error venir con él.

—No te disculpes —le dijo Lily—. Tú no tienes la culpa de lo que haga otra persona.

—Pero lo he traído yo y no debería haberlo hecho.

—Tenías derecho a traer a quien te apeteciera, Abby —le aseguró Natalie—. Lo que pasa es que a mí, personalmente, me gustaría que te tratara mejor.

—No es tan malo como parece, de verdad —insistió Abby a pesar de las miradas escépticas de sus amigas—. Lo que le pasa es que es muy inseguro. Creo que por eso alardea tanto, para sentirse mejor.

—Tú no haces eso y también eres una persona muy insegura —apuntó Rachel.

—Tienes razón —admitió Abby—. Yo soy la inseguridad personificada, pero, al menos, no voy por ahí gritando. Yo lo único que hago es elegir mal a los hombres.

—Creo que en eso estamos todas más o menos igual porque yo me he

pasado toda la vida pasando de un hombre controlador a otro, parece que me persiguen —comentó Lily.

—Bueno, lo mío es todavía peor —intervino Rachel—. Al menos, vosotras no os habéis pasado años intentando quedaros embarazadas de un hombre que se había hecho la vasectomía y que no os lo había dicho. Imaginaos lo imbécil que me sentí cuando me enteré.

—Si se trata de sentirse imbécil, creo que yo me llevo la palma —dijo Natalie—. Me pasé varios años trabajando como una burra para pagarle la universidad a mi marido porque teníamos el trato de que, en cuanto él consiguiera hacerse abogado y ganara dinero, sería yo la que estudiaría, pero cuando se graduó utilizó sus conocimientos legales para divorciarse de mí y ahora vive con una abogada y ni siquiera me paga la manutención de los niños.

—Todas hemos cometido errores —dijo Lily—, pero lo peor que podemos hacer es flagelarnos por ello.

—Ahora, somos dueñas de nuestros destinos —añadió Natalie—. Lo único que tenemos que hacer es creer en nosotras mismas e ir a por ello.

Abby suspiró.

—Eso era lo que creía que estaba haciendo cuando empecé a salir con Dennis.

Rachel enarcó una ceja.

—Cuando sueñas con conocer a un hombre maravilloso del que te enamoras, ¿sueñas que sea como él?

Abby no se lo pensó dos veces antes de contestar.

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿por qué sigues saliendo con él? —le preguntó Natalie con el ceño fruncido.

En aquel momento, Dennis aparcó el coche en la puerta de la cafetería y accionó el claxon de manera ostentosa.

Abby tragó saliva.

Era obvio que jamás se enamoraría de aquel hombre. Estaba perdiendo el tiempo con él.

Cortar su relación con él no era problema, pero ¿cómo iba a creer en sí misma cuando nunca lo había hecho antes?

Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Capítulo 1

NO seas tan cobarde! —se dijo Abby a sí misma—. La gente recurre a agencias matrimoniales constantemente y no pasa nada. ¡Sólo hay que llamar por teléfono y ya está!

Parecía fácil, pero lo cierto era que Abby se estremecía con sólo pensar que

tenía que volver a salir con un hombre.

Odiaba las citas.

No se le daban bien.

Los hombres buscaban mujeres con curvas, personalidad y atractivo sexual y ella no tenía ninguna de aquellas tres cosas.

Por supuesto, no se tenía por un desecho humano ya que sabía que era agradable y divertida, pero con los hombres no se sentía segura de sí misma.

Y todo por culpa de su madre.

—Estoy segura de que hubo un error en el hospital. Tú no puedes ser mi hija. Eres delgada como un palo, tienes la cara llena de pecas y eres pelirroja.

Yo siempre he sido guapísima, a diferencia de ti.

Incluso ahora, veintitrés años después, Abby seguía viendo a su madre atusarse el pelo y acicalarse delante de ella como si fuera una estrella de cine.

Al estar única y exclusivamente pendiente de sí misma, no se había dado cuenta del daño que le estaba haciendo a la autoestima de su hija de diez años.

—Te voy a dar un consejo, cariño —le había dicho su madre muchísimas veces—. Aprende todo lo que puedas en el colegio y búscate un buen trabajo, porque lo vas a necesitar; ningún hombre en su sano juicio va a querer casarse contigo.

Abby se había negado siempre a creer las palabras de su madre pero, desgraciadamente, el tiempo le había dado la razón.

Tenía treinta y tres años y podía contar con los dedos de una mano con cuántos hombres había salido.

Sólo por eso, había accedido a salir con Dennis.

Había tenido muy claro desde el principio que, desde luego, no era el príncipe azul que ella estaba esperando, pero estaba muy cansada de estar sola.

Dennis no era siempre desagradable, a veces era considerado. Aunque su constante alardear la sacaba de quicio y aquel hombre era todavía más inseguro que ella, Abby había aprendido a cerrar los ojos y a decirse que, tarde o temprano, todo iría bien.

Pero entonces lo había visto a través de los ojos de sus amigas en la fiesta del colegio y no tuvo más remedio que enfrentarse a la verdad.

Podía seguir saliendo con él toda la vida, pero Dennis no iba a ser jamás el tipo de hombre al que ella amara.

Salía con él única y exclusivamente porque no quería estar sola y eso no era justo para ninguno de los dos.

Por eso, en cuanto volvieron de Austin tras asistir a la fiesta, lo dejó.

De aquello hacía dos meses y, desde entonces, no había vuelto a salir con

un hombre.

«¿Y a qué esperas?», le preguntó aquella irritante vocecilla interior. «Si quieres salir con un hombre, vas a tener que currártelo porque no va a venir a buscarte a tu casa. Por una vez en tu vida, arriésgate y ve a por lo que quieres. Descuelga el teléfono y llama a la agencia matrimonial. ¡Es la única manera que tienes de encontrar a alguien!».

La vocecilla tenía razón pues Abby no tenía muchas oportunidades de conocer a gente; nunca le habían gustado los bares y una vez que se le había ocurrido apuntarse al club de la iglesia del barrio lo único que había conseguido había sido que un viudo de más de cincuenta años se fijara en ella porque estaba buscando una mujer que lo ayudara con su rebelde hija adolescente.

Al menos, recurriendo a una agencia matrimonial, tendría oportunidad de conocer a un hombre más o menos de su edad que compartiera sus mismos intereses.

¿Qué tenía que perder?

Así que, con el corazón en un puño, abrió el listín telefónico, pero justamente en ese momento Martin James, su jefe, que llevaba veinte minutos hablando con un cliente, entró en su despacho.

Por la cara que traía, Abby comprendió que algo no iba bien.

—¿Problemas? —le preguntó.

—Lo de siempre —gruñó su jefe—. Ya me las apañaré, pero necesito que me hagas un ingreso en el banco.

—Muy bien —contestó Abby.

Su jefe se acercó a la mesa y dejó sobre ella un voluminoso sobre.

—¿Necesitas que lo haga antes de las dos?

—Cuando te venga bien, pero en el transcurso del día de hoy —contestó su jefe fijándose en el listín telefónico—. ¿Vas a llamar a una agencia matrimonial?

Abby se sonrojó de pies a cabeza y estuvo a punto de negar lo evidente, pero se dijo que no había motivo para sentirse avergonzada.

—Sí —admitió con dignidad.

—¿Estás segura? Me han dicho que son bastante caras. Si quieres, yo te podría presentar a algún amigo.

Si cualquier otra persona le hubiera hecho aquella oferta, Abby había dado brincos de alegría, pero llevaba trabajando para aquel hombre tres años y habría conocido a algunos de aquellos amigos cuando lo habían ido a ver al despacho.

Se parecían mucho a él, eran encantadores, atractivos y sofisticados, pero también ligones que pasaban de una mujer a otra y que, obviamente, no tenía

ninguna intención de tener una relación seria con ninguna.

Lo cierto era que un hombre como aquéllos era lo último que Abby quería.

Sin embargo, no podía decírselo a su jefe.

—¿Estás de broma? Martin, tus amigos son guapísimos y solamente salen con mujeres tan guapas como ellos. Yo no estoy a su nivel.

—Eso no es cierto...

—No pasa nada —disimuló Abby—. Sé perfectamente que soy bajita, pelirroja y con gafas y una mujer como yo no sale con hombres guapos, altos y rubios, así que voy a llamar a la agencia matrimonial a ver si me encuentran un hombre normal y corriente que no esté buscando una Miss Universo. Yo sólo quiero alguien con el que salir a cenar e ir al cine, un hombre que ya haya hecho todas las locuras que tenía que hacer y haya ligado con todas las mujeres con las que le apeteciera, un hombre que quiera casarse y tener hijos y, sinceramente, no creo que tus amigos quieran eso ni de lejos.

—Eso es cierto —rió Martin sin ofenderse—. En cualquier caso, ten cuidado porque en esas agencias también hay muchos tipos raros —añadió poniéndose serio.

—Sí, no te preocupes.

—¿Y por qué no vas ahora mismo? —la animó Martin—. Sí, está decidido

—añadió acercándose a su mesa, agarrándola de los hombros y poniéndola de

pie—. Ve a hacer el ingreso al banco y tómate la tarde libre para ir a la agencia. Si Sonya y yo lo dejáramos algún día, creo que yo también lo haría. Abby lo dudaba mucho, pero no había marcha atrás porque Martin se había lanzado, le había colgado el bolso del hombro, le había puesto el sobre en las manos y la había empujado hacia la puerta.

Así que no tuvo más remedio que irse.

Una hora después, tras haber realizado el ingreso en el banco, Abby no sabía si darle las gracias a su jefe o maldecirlo.

En cuanto había puesto un pie en la Right One Dating Service, Judy Lake, la recepcionista, se había abalanzado sobre ella y la había hecho pasar a un pequeño despacho.

No le había dado tiempo ni siquiera a sentarse cuando ya le estaba vendiendo la agencia matrimonial como si fuera el mejor invento desde la lavadora, animándola profusamente a que contratara sus servicios.

A Abby todo aquello le estaba pareciendo demasiado rápido y sus inseguridades no tardaron en hacer acto de presencia.

—No sé si estoy preparada —dijo poniéndose en pie—. Me lo pienso y te llamo.

—Por favor, no te vayas —le contestó Judy—. Lo que te pasa es que estás nerviosa, como todo el mundo al principio.

—No sé qué hago aquí —se lamentó Abby—. Soy un desastre con los hombres, sobre todo cuando no los conozco de nada. Cada vez que salgo con uno se me traba la lengua y parezco tonta. ¿Y ahora me quiero someter a esa tortura voluntariamente? ¡Debo de estar loca!

Judy sonrió.

—Si te pones así, te voy a tener que dar la razón. Te entiendo perfectamente. A ninguno nos gusta que nos rechacen.

—Efectivamente, así que dame una buena razón para seguir adelante.

—No te voy a dar una sino tres: marido, niños y final feliz. Jamás tendrás nada de eso si no te arriesgas.

De repente, Abby sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas pues eso era exactamente lo que ella siempre había querido.

—Perdón —se disculpó con los ojos brillantes—. Esto es muy duro.

Judy sonrió con comprensión y le acercó una caja de pañuelos de papel.

—He estado donde tú estás ahora y me he sentido exactamente igual que tú, pero cuando decidí contratar los servicios de la agencia mi vida cambió por completo.

—¿Así de fácil? —preguntó Abby sorprendida.

—No —admitió Judy—. Me llevó tiempo y esfuerzo, pero merece la pena.

Si contratas nuestros servicios, te daremos un informe de todos los hombres

con los que creemos que tendrías posibilidades. Te advierto que por escrito todos tienen buena pinta porque, por desgracia, incluso los canallas, machistas y aburridos pueden resultar atractivos; pero también te aseguro que entre ellos hay hombres que merecen mucho la pena. De ti dependerá encontrar al que sea perfecto para ti.

—¿Investigáis un poco qué tipo de gente es? Quiero decir, a un machista sé cómo tratarlo. Me preocupan más los pervertidos.

—Tienes razón en ser precavida. Efectivamente, pedimos un informe policial para comprobar que nuestros candidatos no tienen antecedentes penales. Si descubrimos algo que no nos gusta, no aceptamos su solicitud. Además, tienen que pasar una prueba psicológica. Si no nos gustan las respuestas, le sugerimos que acuda a otra empresa. Hacemos todo lo que podemos, llevamos trabajando diez años y nunca hemos tenido una queja —le explicó Judy—. ¿Qué me dices? ¿Te animas? Venga, te aseguro que no te arrepentirás.

Lo normal habría sido que Abby dijera que se lo pensaría, se fuera a su casa y, al final, no hiciera nada, porque le daba miedo arriesgarse.

¿Por qué era tan poco lanzada? Se había pasado la vida siendo cautelosa y prudente. ¿Y qué había conseguido?

¡Hombres como Dennis!

Ya estaba harta de esconderse en las sombras y salir con hombres espantosos porque estaba convencida de que no era lo suficientemente buena como para que alguien mejor se fijara en ella.

Era una buena persona, así que iba a dar un paso adelante porque se lo merecía, por sí misma.

Y si todo aquello resultaba ser un terrible error, viviría con ello y aceptaría las consecuencias de sus actos.

¡Al menos, le quedaría el consuelo de haberlo intentado, de haber intentado vivir de verdad y no haberse conformado con dejar la vida pasar!

—Muy bien, allá voy —dijo echando los hombros hacia atrás—. ¿Por dónde empezamos?

—Por la prueba psicológica —contestó Judy sonriendo—. Nos llevará unas dos horas... las primeras dos horas de tu nueva vida. Vamos allá.

Abby se preguntó si se había vuelto loca, pero aceptó la encuesta que Judy le acababa de dejar sobre la mesa y se puso a rellenarla.

Logan St. John miró a su hermano y a su hermana como si se hubieran vuelto locos.

—¿Que habéis hecho qué? —les dijo.

—No te enfades —se apresuró a decirle su hermana Patty—. Sólo queremos ayudarte.

—Nos tienes preocupados —añadió Carter, su hermano pequeño—. Desde que murió Faith, te has recluido y lo único que haces es trabajar, volver a casa y quedarte mirando su fotografía. Sabemos que la querías mucho, pero ya hace un año que murió y tú tienes que seguir adelante con tu vida.

—No pienso acudir a una agencia matrimonial —les aseguró—. Llamad a la persona con la que hayáis hablado y que os devuelva el dinero.

—Imposible —contestó Patty—. Ya nos advirtieron que no se devuelve la señal.

—Y nos ha salido bastante caro —añadió Carter diciéndole la cantidad.

Logan maldijo en silencio.

—¡Os habéis vuelto locos! ¿Os habéis parado a pensar que si quisiera salir con una mujer lo haría?

—Sólo queremos ayudarte —insistió Patty—. A lo mejor deberíamos habértelo preguntado antes, pero sabíamos que nos ibas a decir que no.

—¡Porque no quiero salir con nadie!

—No quieres salir con otra mujer porque todavía sigues pensando en esposa, pero Faith ha muerto y tú estás vivo.

—Lo estoy superando.

—Eso no es verdad —insistió su hermano—. Mírate. Hace meses que no te cortas el pelo, vas sin afeitarte desde hace días y ya no te ríes nunca.

—He perdido a mi esposa en un accidente de coche —le recordó Logan—.

Me enamoré de ella en el colegio y jamás miré a otra. Faith era todo lo que yo quería. ¿De verdad te crees que me importa un pimiento mi apariencia física?

—Precisamente por eso —intervino Patty—. No te importa ni tu apariencia física ni nada. Te has apartado de tus amigos y de tu familia, te has vuelto muy desagradable. Hace meses que no sonríes y eso me entristece. No eres el hermano con el que me crié, no eres el hombre del que Faith estaba enamorada.

—A ella no le gustaría verte así —insistió Carter.

Logan sabía que tenían razón.

A su mujer le encantaba vivir, reírse y hacer reír a todos los que tenía alrededor, sobre todo a él. Lo último que hubiera querido habría sido que se encerrara en casa a llorarla.

¡Pero seguía queriéndola! Siempre la querría. ¿Cómo iba a plantearse la posibilidad de salir con otra mujer si lo único que quería era estar con Faith?

—No pretenderéis que haga como si no hubiera existido —se quejó—.

Aunque haya muerto, la sigo queriendo.

—Y lo entendemos —le dijo Patty—. Entendemos que siempre ocupará un lugar muy importante en tu corazón, pero tienes que salir adelante, tienes que seguir viviendo y tienes que conocer a otras mujeres. Por eso, hemos pensado

que una agencia matrimonial sería lo mejor.

Logan se dijo que debería negarse. ¿Una agencia matrimonial? ¿Se daban cuenta sus hermanos de lo que le estaban pidiendo?

Tenía treinta y cinco años y sólo había besado a una mujer en su vida, sólo había hecho el amor con Faith, el amor de su vida.

¿Cómo iba siquiera a considerar invitar a otra mujer a cenar? Se iba a sentir como si estuviera cometiendo adulterio.

Pero sus hermanos habían pagado una increíble suma de dinero a la agencia matrimonial para intentar ayudarlo, así que no podía decirles que no.

—Debería mataros —protestó—. Deberíais habérmelo comentado antes de gastaros tanto dinero, porque ahora me habéis puesto en un aprieto.

—¿Eso quiere decir que vas a ir? —preguntó Carter sorprendido.

—¿Qué otra opción me queda? No puedo permitir que perdáis el dinero, pero os advierto que no va a salir bien porque es imposible que deje de querer a Faith.

Patty se acercó a él aliviada y lo abrazó con fuerza.

—Lo único que te pedimos es que te concedas una oportunidad —le dijo

—. ¿Quién sabe? A lo mejor, conoces a otra mujer, una mujer que te devuelva las ganas de vivir.

Logan lo dudaba sinceramente, pero su hermana parecía muy feliz y no

quería estropearle el momento.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que ir a la agencia para hacer una prueba psicológica —le explicó su hermano—. Ya te han asignado a una asesora. Está esperando que la llames.

Logan puso los ojos en blanco.

—¿Una prueba psicológica? ¡A lo mejor me dicen que estoy chalado!

—No creo —se rió Carter—. Eres la persona más cuerda que conozco.

¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué había accedido a ir a una agencia matrimonial? A pesar de las dudas, Logan mantuvo su palabra y fue.

Veinte minutos después, en la puerta de la agencia, se dijo que estaba loco de remate. ¿Por qué no les había dicho a sus hermanos que les pagaba el dinero que habían adelantado?

Le habría supuesto un fuerte desembolso, pero no tendría que haber fingido que estaba buscando novia.

—No pasa nada por entrar —le dijo una voz femenina—. Son muy simpáticos.

Logan levantó la cabeza y se encontró con una mujer delgada y menuda de pelo caoba rizado que llevaba recogido en una gruesa trenza.

La mujer, que le había abierto la puerta, lo miraba con una tímida sonrisa y

una mirada de comprensión en sus ojos castaños que, por alguna razón, le recordaron a Faith.

¿Se había vuelto loco o qué? ¡Aquella mujer no se parecía en absoluto a su esposa!

Debía de ser que se sentía culpable.

—No es nada personal, pero se me ocurren un montón de sitios donde preferiría estar —le dijo secamente.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó la mujer—. Por ejemplo, el dentista.

—Yo estaba pensando más bien en la ópera, pero el dentista también me serviría —sonrió Logan—. Supongo que es mejor que me lo quite de encima cuanto antes.

—Sí, buena suerte —contestó la mujer.

—Mi suerte se terminó hace un año, pero gracias de todas maneras.

Y, dicho aquello, Logan entró en la agencia matrimonial. Tras dar su nombre, lo condujeron al despacho de Nancy Harfield, la asesora que lo iba a ayudar a encontrar a la mujer perfecta.

—Así que usted es Logan —le dijo la mujer con una gran sonrisa levantándose de la mesa y estrechándole la mano—. Encantada de conocerlo. Su hermana temía que no viniera.

—He estado a punto de no venir porque la verdad es que no tengo ninguna intención en salir con una mujer. No busco esposa.

—Veo que su hermana tenía razón al estar preocupada; pero al final está usted aquí, así que es obvio que quiere participar.

—No me ha quedado más remedio. Me encantaría irme de aquí ahora mismo, pero no puedo porque mis hermanos han pagado un diner.

—Estoy segura de que le estarán agradecidos por ello y, ¿quién sabe? A lo mejor, resulta que esto no está tan mal. Aunque no esté buscando novia, puede que haga amigas entre las mujeres que le presentemos.

A continuación, Nancy le entregó el test psicológico y le explicó que los resultados serían introducidos en una base de datos informática que lo emparejaría con las mujeres cuyas respuestas fueran compatibles con las suyas.

—Es muy importante que conteste usted con sinceridad. Aunque no esté buscando novia. ¿Empezamos?

Resignado, Logan asintió y durante las siguientes dos horas contestó al cuestionario sobre lo que le gustaba y lo que no, sobre política, religión, valores morales e incluso lo que quería hacer cuando se jubilara.

Cuando terminó, tenía la sensación de que aquellas mujeres de la agencia matrimonial lo iban a conocer mejor que su propia familia.

Nancy introdujo los datos en la base informática y el ordenador le dio los nombres de cinco candidatas.

Aunque en su corazón no había sitio más que para una mujer, Logan aceptó la hoja de papel, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

—Tengo la impresión de que no va a llamar a ninguna —comentó su asesora.

—Todo este proceso no me entusiasma, pero les he prometido a mis hermanos que lo iba hacer y lo voy a hacer —contestó Logan.

—Me alegro —sonrió Nancy—. Buena suerte.

—¿Y no me van a dar fotografías? —se sorprendió Logan.

—En ese aspecto, trabajamos a la antigua usanza —contestó Nancy—.

Preferimos emparejar a las personas por su carácter y no por su apariencia física. Por eso, precisamente, tenemos más éxito que otras agencias.

Logan salió de la agencia suspirando aliviado y diciéndose que, efectivamente, no había mentido porque su intención era llamar a alguna de las mujeres que figuraban en la lista, pero no inmediatamente.

Tal vez, la semana siguiente, cuando no tuviera nada mejor que hacer.

Sin embargo, cuando veinte minutos después entró en la casa que durante quince años había compartido con Faith, el silencio lo abofeteó en toda la cara, exactamente igual que todos los días desde que había muerto su esposa.

Logan intentó convencerse de que se estaba acostumbrando, pero la casa se le antojaba fría y vacía y la soledad lo mataba.

Sin pensar, se dirigió a la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza. Se la estaba tomando cuando se dio cuenta de que el cubo de basura estaba lleno de latas vacías.

¿Tanta cerveza había tomado durante los últimos días? No podía ser.

Era cierto que se tomaba un par de latas al día porque se sentía solo, pero eso no quería decir que tuviera problema con el alcohol.

Podía controlarse.

«¿De verdad? ¿Por qué no lo haces entonces? ¿Qué pensaría Faith si te viera?».

Logan sabía que a su esposa no le habría gustado nada verlo beber tanto.

Logan nunca había sido abstemio, siempre se había tomado una cerveza de vez en cuando, pero nunca había bebido todos los días.

¡Eso era desde que Faith había muerto! ¡La echaba tanto de menos!

Echaba de menos su olor, su voz, daría lo que fuera por poder abrazarla de nuevo, pero eso no quería decir que tuviera derecho a convertirse en un alcohólico.

Así que tiró la cerveza que acababa de abrir por el fregadero y las demás que había en la nevera a la basura.

Sin pensárselo dos veces, se sacó del bolsillo la lista que Nancy le había entregado y marcó el primer número de teléfono.

—¿Sí?

Logan se estremeció al oír el entusiasmo de la voz femenina que había contestado al primer timbre. ¿Estaría sentada junto a él?

—Hola —saludó—. Me llamo Logan St. John. ¿Es usted Missy Trainer?

—¡Sí! —contestó la mujer emocionada—. ¿Le han dado mi nombre en la agencia matrimonial? No sabía si llamar yo o esperar a que alguien me llamara. ¿Usted ha llamado a alguien antes? ¡Esto es genial!

En aquel mismo tono de voz, demasiado alto para el gusto de Logan, la tal Missy se lanzó a contarle que nunca había tenido una relación seria, pero que tenía la corazonada de que aquella vez iba a encontrar al hombre de sus sueños.

Logan así lo esperaba sinceramente, pero sabía que no iba a ser él, claro que ella no le dio ocasión de decírselo porque había tomado carrerilla y no paraba de hablar.

—Lo siento —la interrumpió—. Están llamando a la puerta. Ya hablaremos en otra ocasión.

—¿Cómo? Ah... bueno, de acuerdo.

Logan colgó el teléfono y estuvo a punto de tirar la lista a la basura.

¡Aquello era de locos!

Él seguía enamorado de Faith y no iba a olvidarla por hablar con una mujer como Missy Trainer.

«Pues llama a otra».

Estuvo a punto de no hacerlo, pero sus hermanos sabían que había ido a la agencia aquella tarde y uno de los dos lo llamaría para ver si había quedado con alguna mujer.

Logan maldijo y marcó otro número rezando para que la segunda de la lista no fuera tan horrible como la primera.

«Ahora mismo, no te puedo atender, así que déjame tu número de teléfono cuando oigas la señal», le dijo un contestador automático.

Logan suspiró frustrado.

Obviamente, aquélla no era su noche.

—Hola —dijo sin embargo—. Me llamo Logan St. John y quiero hablar con Abby Saunders. Me han dado tu número de teléfono en la agencia matrimonial...

Capítulo 2

Abby llegó a casa y, mientras se cambiaba de ropa, conectó el contestador para oír los mensajes.

Se quedó helada al oír una voz masculina, grave y sensual.

¿Había estado en la agencia matrimonial hacía tan sólo dos horas y media y ya la estaban llamando?

¡No podía ser! ¡No estaba preparada!

Con el corazón latiéndole aceleradamente, se quedó mirando el teléfono como si fuera una serpiente que la fuera a morder.

No tendría que haberles hecho caso a Lily, Rachel y Natalie.

Ellas tenían muy claro que podían conseguir lo que quisieran de la vida, ser felices, el sueño americano, pero aquello no era para ella.

Había mujeres destinadas a estar solas y, obviamente, ella era una de ellas.

Estuvo a punto de no contestar, pero recordó las miradas de sus amigas del colegio, y se dijo que tenía que ir hacia delante.

Hablar con Logan St. John podía ser su única oportunidad de conseguir lo que quería, sólo tenía que contestar el teléfono.

—Si quieres, llámame, voy a estar en casa. Te dejo mi número...

—Hola —dijo Abby descolgando el teléfono.

El tono de voz de la persona que le había contestado era casi desafiante y

Logan se preguntó si habría llamado al número correcto.

—¿Eres Abby Saunders?

—Sí.

Desde luego, la agencia matrimonial elegía fenomenal. Primero, una

cabeza de chorlito y ahora una insolente.

Sus pobres hermanos lo habían hecho con toda su buena intención, pero aquello no iba a ser más que una pérdida de tiempo y de dinero.

—Quería hablar contigo, pero obviamente te he pillado en un mal momento.

—No, por favor no cuelgues —contestó Abby—. Supongo que, por cómo te he contestado, habrás creído que soy una maleducada.

—La verdad es que me has sonado bastante cortante.

—Perdona —se disculpó Abby sinceramente—. Es que estoy un poco nerviosa porque estas cosas no se me dan muy bien.

—¿Soy el primero que te llama? —le preguntó Logan agradeciéndole su sinceridad.

—Sí, y ya lo estoy estropeando todo.

—No pasa nada. Yo también estoy nervioso. La verdad es que jamás hubiera recurrido a una agencia matrimonial, pero mis hermanos me inscribieron sin pedirme permiso.

—¿Estás de broma?

—No, es que desde que mi mujer murió el año pasado he estado un poco retraído.

—Vaya, lo siento. ¿Estaba enferma?

—No, se mató en un accidente de coche —le explicó Logan, y cambió de tema bruscamente—. ¿Y tú? ¿Cómo es que has terminado en una agencia matrimonial?

—La verdad es que nunca se me ha dado muy bien iniciar relaciones con hombres, parece que siempre los elijo mal.

—Espero que eso cambie conmigo —dijo Logan amablemente—. ¿A qué te dedicas?

—Soy secretaria. ¿Y tú?

—Periodista.

Abby ahogó una exclamación de sorpresa.

—¿Eres el Logan St. John que escribe en el periódico?

—Veo que lees mis artículos.

—Me encantan tus historias sobre delitos sin resolver. Eres muy bueno.

—Gracias —contestó Logan—. ¿Eres de Austin?

—No, nací en Liberty Hill, un pueblecito de Colorado.

—Sí, lo conozco, está cerca de Aspen. ¿Y cómo es que has terminado en Austin?

—Por trabajo —le explicó Abby—. Trabajaba para una aseguradora de Denver y me trasladaron aquí. Dejé aquel trabajo, pero decidí quedarme en Texas. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Texano cien por cien —contestó Logan—. Toda mi familia vive aquí, mis abuelos, mis padres, mis tres hermanos y mi hermana.

—¡Vaya, qué suerte! Yo sólo tengo una hermana y mis padres eran los dos hijos únicos, así que no tengo mucha familia; sólo abuelos, pero viven en Florida.

—Tener a la familia cerca es maravilloso. La verdad es que a mí me han ayudado muchísimo —admitió Logan—. Bueno, no nos pongamos demasiado serios... ¿tienes algo que hacer el viernes por la noche? ¿Quieres que quedemos para tomar algo?

—No sé... —contestó Abby nerviosa.

—No muerdo —le aseguró Logan sonriendo—. Por lo menos, si me dan de comer regularmente.

Abby sonrió y, de repente, le entraron unas tremendas ganas de llorar.

—No lo digo por ti sino por mí. Como ya te he dicho, estas cosas se me dan fatal. Cuando quedo con un desconocido, me pongo tan nerviosa que lo estropeo todo. Gracias por llamarme, pero no creo que sea buena idea que quedemos.

Hubo algo en su tono de voz que a Logan le dio pena. Le había gustado hablar con ella, pero obviamente aquella mujer estaba llena de inseguridades. Debería despedirse amablemente y colgar, pero...

—Espera un momento, ¿has pagado un montón de dinero para conocer a gente y ahora te echas atrás?

—No sé...

—¿Qué es lo que te pone tan nerviosa?

—Salir con un desconocido.

Logan rió confuso.

—Pero eso es imposible de solucionar porque, para conocer a una persona, primero tienes que quedar con ella.

—Sí, pero preferiría conocerla primero un poco por teléfono o por Internet.

A lo mejor te va a parecer una locura, pero te propongo que hagamos eso y, si nos sentimos cómodos, nos conocemos en persona, quedamos para cenar o para tomar algo.

Logan estuvo a punto de despedirse, pero se dio cuenta de que aquello se ajustaba perfectamente a sus necesidades. A pesar de que la había invitado a salir, en realidad, aquello era perfecto porque no tenía ninguna intención de quedar con nadie.

¡Él seguía enamorado de su mujer!

Llamar a Abby de vez en cuando y hablar con ella un rato sería perfecto para dejar a sus hermanos tranquilos.

Sí, aquélla era la solución perfecta.

—Me viene bien el viernes por la noche —contestó—. ¿Y a ti? ¿Te vendría bien que te llamara sobre las ocho?

Abby se sorprendió. No se podía creer que Logan hubiera aceptado tan fácilmente.

—Muchísimas gracias, Logan. No te puedes imaginar lo que esto significa para mí.

—De nada, te entiendo perfectamente. Las citas a ciegas son terribles, tienes que cenar con alguien a quien no conoces de nada y no sabes de qué hablar.

—Efectivamente.

—Podemos hablar por teléfono todas las veces que tú quieras. Si alguno de los dos decide que no quiere seguir, lo dejamos y punto. Sin rencor, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, tenemos una cita. Hablamos el viernes por la noche —se despidió Logan, y colgó.

Logan siempre había sido una persona madrugadora, pero llevaba un año teniendo poca energía, le costaba levantarse de la cama y se arrastraba hasta el trabajo a pesar de que antes le encantaba lo que hacía.

No había tenido que ir al médico para saber que estaba deprimido. Los días

se le antojaban grises y pesados.

Suponía que a la mañana siguiente le iba a ocurrir lo mismo pero, para su sorpresa, se levantó con energía y, mientras se dirigía a la ducha, se encontró pensando en la conversación que había mantenido con Abby.

Le había dicho a su hermano Carter, que lo había llamado la noche anterior, que tenía una cita el viernes y así era.

Logan se frotó las manos al pensar que, con la información que Abby le diera por teléfono, tendría suficiente que contarles a Carter y a Patty.

Animado, llegó al trabajo muy sonriente, pero no le duró mucho porque Nick Whiticker le llamó a su despacho y parecía enfadado.

—Siéntate —le indicó su jefe cuando entró en su despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó Logan.

—Sé que este año ha sido muy duro para ti y admito que te admiro por cómo lo has llevado; si a mi mujer se la hubiera llevado por delante un conductor borracho que ya había provocado otros accidentes, no sé qué habría hecho. A lo mejor, lo habría matado...

—La verdad es que lo pensé, pero me di cuenta de que eso no me conduciría a nada, no me devolvería a Faith.

—Precisamente, de eso quería hablarte. Tienes que seguir adelante con tu vida. Vienes a trabajar todos los días y sigues escribiendo, pero parece que lo

haces con el piloto automático. Entiendo perfectamente que lo estés pasando mal y respeto tu duelo, pero soy el director de un periódico y mi reportero estelar no está al cien por cien.

—Lo intento.

—Ya lo sé, pero no es suficiente. Las ventas han bajado y los ingresos por publicidad también, así que nos han dado orden de apretarnos el cinturón.

—¿Me vas a despedir?

—No, claro que no. Eres el mejor periodista que tengo, pero me están presionando desde arriba. A Porter le parece que las historias que hemos publicado no tienen la calidad suficiente y no he tenido más remedio que aceptar contratar al novio de su nieta, que acaba de salir de la universidad...

—No será verdad, Nick.

—Me temo que sí —contestó su jefe—. Al principio, pensé lo mismo que tú, pero he leído lo que escribe y el chico es bueno. Muy bueno. Me recuerda a ti. Espero que os llevéis bien porque Porter está muy decidido a que se quede en la redacción, y en eso no hay nada más que decir porque es el dueño del periódico—le explicó descolgando el teléfono y diciéndole a alguien que acudiera a su despacho—. Te recuerdo que tú también entraste aquí recién salido de la universidad, así que ten paciencia y piensa que, a lo mejor, esto es precisamente lo que necesitas para recuperar la garra, un poco de

competencia.

Logan no tenía ninguna intención de competir con nadie, pero no dijo nada.

En aquel momento, llamaron a la puerta y entró un chico alto y rubio que parecía un surfista californiano.

¿Y aquél era el superperiodista que le iba hacer sombra? ¡Sí, claro!

—¿Quería verme, jefe? —dijo en tono bastante irrespetuoso.

—No me llames jefe —contestó Nick—. Llámame Nick o señor Whiticker.

—Okey —contestó el joven encogiéndose de hombros—. Supongo que tú eres Logan St. John. Josh Garrison —se presentó sin estrecharle la mano—. Me han dicho que tenías problemas. No te preocupes, ya estoy yo aquí para hacer lo que tú no puedas.

Logan se tenía por una persona a la que no era fácil insultar ni ofender, pero las palabras y el tono de aquel chico lo sacaron de sus casillas.

—Yo puedo perfectamente con mi trabajo —le espetó irritado.

—No te ofendas —dijo Josh—. Yo sólo te digo lo que me ha dicho Porter. Por lo visto, el periódico tiene pérdidas y por eso me ha contratado, para subir las ventas. Si tienes algún problema, vete a hablar con él, pero no la pagues conmigo. Yo sólo cumplo órdenes —añadió girándose y saliendo del

despacho.

—¡Maldita sea, Logan, no tendrías que haberte puesto así! —le dijo Nick una vez a solas.

—¿Cómo que no? —se indignó Logan—. ¿Lo has oído? «Me han dicho que tenías problemas. No te preocupes, ya estoy yo aquí para hacer lo que tú no puedas». Es un imbécil. No necesito que ni él ni nadie venga a decirme cómo tengo que trabajar. Cuando yo ya ganaba premios para este periódico, él todavía estaba en la guardería.

—Es cierto que no tiene ningún tacto y a mí también me pone de los nervios, pero, aunque no queramos, vamos a tener que vivir con él porque está enchufado, es casi familia de Porter. Ya sabes cómo se pone el jefe cuando cree que el periódico no está teniendo suficientes beneficios, sería capaz de contratar a Atila y los hunos.

—Me parece muy bien, pero sigo diciendo que ese chico es un arrogante.

—Es joven —contestó Nick encogiéndose de hombros—. Tú eras igual.

—Yo no hablaba a la gente con tan poco respeto —le recordó Logan—.

Hay algo en él que no me gusta.

—No te preocupes por él, tú límitate a hacer tu trabajo —le aconsejó Logan.

Logan se puso en pie para salir del despacho diciéndose que debía tener

mucho cuidado y vigilar de cerca a Josh Garrison.

Abby tenía un montón de trabajo y, mientras imprimía las etiquetas de la campaña de obtención de fondos que Martin quería enviar antes del miércoles, se encontró pensando en Logan.

La verdad era que había sido realmente comprensivo. Debía de creer que tenía miedo de los hombres y no era así. De quien tenía miedo era de sí misma porque no se fiaba de su instinto a la hora de elegir.

Tenía treinta y tres años y jamás había salido con un hombre que hubiera querido presentar a su familia y a sus amigos.

¡Como para casarse con alguno de ellos!

Entonces, ¿por qué había salido con ellos? ¿Por desesperación?

No, había sido porque se sentía horriblemente sola e insegura y los hombres con los que solía salir, hombres como Dennis, parecían muy seguros de sí mismos.

Ahora se daba cuenta de que no era así en absoluto, de que eran tan inseguros como ella, y se prometió a sí misma que aquello no se iba a volver a repetir.

Quería un hombre que tuviera las cosas claras, un hombre que pudiera presentar a sus amigos sin tener que disculparse por su comportamiento.

Desde luego, Logan St. John no parecía inseguro, pero prefería hablar con

él por teléfono primero para asegurarse.

Así, no perdería el tiempo.

Pensando en él, se dispuso a hacerse cargo de la correspondencia. Al agarrar un montón de sobres que había sobre su mesa, un papel resbaló al suelo.

Era una nota.

Martin:

Perdona por no haber podido ir a verte. Tenemos que hablar. Nos vemos en el club a la hora de siempre.

J.N.

¿Quién sería J.N.? Martin era concejal del ayuntamiento y tenía un montón de amigos y contactos. Abby conocía a casi todos, pero no se le ocurría nadie cuyas iniciales fueran J.N.

Abby frunció el ceño y se dirigió al despacho de su jefe.

—Martin, perdona que te moleste, pero he encontrado esta nota para ti en el correo —lo informó entregándole los sobres.

Martin leyó la nota y se rió.

—¡Es de John Nickels, un compañero de universidad! Acaba de volver a la ciudad, está trabajando con Barnes, Tucker y Smith. Me llamó esta mañana para decirme que se iba a pasar por aquí. Creía que no había venido. Ha

debido de pasarse a la hora de comer y yo no estaba.

—Llámallo —sugirió Abby—. Esta tarde la tienes muy liada, pero podría hacerte un hueco sobre las tres. Tienes la reunión con el señor Hawks a las dos y media, pero no creo que se quede mucho y la siguiente cita no la tienes hasta las cuatro, así que lo podemos meter ahí.

—Voy a ver si puedo hablar con él —contestó su jefe—. No va a ser fácil porque todavía no ha empezado a trabajar, así que no lo puedo localizar en la oficina, y no lleva móvil.

Abby enarcó una ceja sorprendida.

—Sí, ya sé que es raro, pero a John no le gustan los teléfonos móviles y se niega a comprarse uno. Te lo tengo que presentar, parece un personaje de otro siglo.

—A lo mejor, lo localizas en su casa.

—No me ha dejado el número, pero no pasa nada. Seguro que me vuelve a llamar porque me quiere comprar el coche —sonrió Martin.

—¿El Corvette? ¿Vas a vender el corvette del 58? ¡No me lo puedo creer!
¡Pero si te encanta ese coche!

Martin se encogió de hombros.

—Sonya dice que ya va siendo hora de que madure. Se quiere casar y quiere que lo hagamos por todo lo alto y ya sabes lo que cuestan ese tipo de

bodas —contestó tirando la nota a la basura.

—Ya, pero vender tu Corvette, con lo que significa para ti...

—Es sólo un coche, Abby —la tranquilizó Martin—. Ya me compraré otro.

Abby sabía que, probablemente, así fuera, pero aquel coche significaba mucho para Martin. Lo había comprado nada más salir de la universidad, hecho un asco, prácticamente despedazado y durante aquellos diez años se había encargado de reconstruirlo con mimo y paciencia.

Todo el mundo sabía lo mucho que quería a su coche, lo llevaba a desfiles y tenía fotografías de él por todas partes.

¿De verdad lo iba a vender para pagar la boda? Sí, Abby recordó que Martin era concejal y que tanto a Sonya como a él les gustaba mantener las apariencias.

Se imaginó una boda pública e impersonal y pensó que aquello sería lo último que querría.

—Me dijiste que te recordara que tienes reunión en el ayuntamiento para adjudicar el contrato de recaudación de impuestos.

—Maldita sea, me había olvidado por completo —contestó Martin—.

¿Tenemos solicitudes de alguna empresa?

—Sí, de unas cuantas —contestó Abby entregándole una carpeta—. Ben

Coffman ha llamado varias veces al respecto esta semana.

—Ese hombre es un pesado —se lamentó Martin.

En ese momento, sonó el teléfono y Abby contestó.

—Un momento por favor, señor Coffman —sonrió mirando a su jefe—.

Ahora se lo paso.

Martin tomó aire y agarró el auricular.

—Si me llama John Nickels, pásamelo inmediatamente —le indicó mientras Abby salía de su despacho.

Al cabo de un rato, llamaron de otra empresa por el mismo asunto y durante aquella tarde llamaron varias más.

A pesar del ajetreo, Abby se encontró pensando en Logan.

«Tengo que dejar de pensar en él», se dijo.

Al fin y al cabo, no sabía nada de Logan St. John, sólo que tenía una voz agradable y parecía un nombre comprensivo.

¡Pero eso no era suficiente como para pasarse el día pensando en él, por Dios! ¿Y si resultaba ser un cotilla agobiante? Al fin y al cabo era periodista, ¿no?

—¡Qué horror! —exclamó Abby en voz alta.

Desde luego, prefería estar sola que mal acompañada, así que iba a tomarse las cosas con tranquilidad.

Aquella vez, lo iba a hacer bien.

«¿Y por qué has hablado sólo con él?», le preguntó una vocecilla irritada.

«¿Por qué no has llamado a los cinco de la lista? Llámalos. ¿A qué estás esperando? Has ido una agencia matrimonial precisamente para conocer a muchos hombres, ¿no?».

Abby sintió que el corazón se le aceleraba porque jamás había salido con varios hombres a la vez.

Bueno, eso había sido porque muy pocos se habían interesado en ella, claro. La verdad era que se había pasado meses y meses sin tener una sola cita, sentada en casa, soñando con su príncipe azul, odiando la soledad, odiando a todas las mujeres que tenían una apasionante y completa vida social, que salían con muchos hombres antes de elegir a uno con el que tener algo serio.

¿Acaso no había llegado el momento de que hiciera lo mismo?

«¡Sí, ha llegado el momento!», se dijo cautivada por la idea.

Sí, estaba decidido.

En cuanto llegara a casa, haría unas cuantas llamadas.

Así, a lo mejor, dejaría de pensar en Logan.

Capítulo 3

SIN embargo, cuando tres horas después llegó a casa y su perro la recibió

entusiasmado, se le ocurrieron diversas excusas para no llamar a nadie.

Por ejemplo, que tenía que mirar el correo, escuchar el contestador y ocuparse de Buster, además de poner la lavadora y hacer la cena.

Ya llamaría luego, cuando hubiera recogido la cocina y se hubiera puesto cómoda...

Cuando se dio cuenta de lo que estaba siendo, se dijo que no debía asustarse, que cualquier idiota podía llamar a un hombre, que lo único que había que hacer era descolgar el teléfono, marcar el número y hablar.

Cuanto antes lo hiciera, mejor.

Acto seguido, con manos temblorosas, sacó la lista. El primer nombre era Frank Gurenski.

Abby se preguntó qué clase de hombre sería. Sólo había una forma de averiguarlo.

—¿Sí?

Abby se tenía por una persona que no juzgaba a otra a bote pronto, pero, por cómo había contestado el teléfono, se diría que Frank Gurenski era frío, cortante e introvertido.

Abby estuvo a punto de decir que se había equivocado de número, pero decidió darle una oportunidad.

A lo mejor, había tenido un mal día.

—Hola, me llamo Abby Saunders. ¿Eres Frank Gurenski?

—Sí.

—Me han dado tu número en la agencia matrimonial. Espero no pillarte ocupado.

—No.

Aquel hombre no parecía muy interesado.

—¿Has encontrado pareja o sigues buscando?

—Sigo buscando —contestó Frank—. No es fácil.

«Sobre todo, si no hablas», pensó Abby.

A continuación, esperó a que le preguntara algo, pero Frank no lo hizo.

Entre ellos se instaló un incómodo silencio.

Abby se dijo que con aquel hombre no iría nunca a ningún sitio, así que decidió terminar cuanto antes.

—Bueno, te llamaba para ver si charlábamos un rato y esas cosas, para ver si teníamos algo en común, pero ya veo que no, así que ha sido un placer conocerte, Frank. Hasta luego —le dijo colgando el teléfono.

Al hacerlo, le entraron unas tremendas ganas de reírse. Unos meses atrás, habría mantenido una conversación superficial y sin interés que no la hubiera conducido a ningún sitio y lo hubiera hecho única y exclusivamente para no sentirse culpable, pero había cambiado y no quería perder el tiempo con

hombres que ni siquiera demostraban interés por teléfono.

¡No estaba dispuesta a salir con cualquiera para no estar sola!

Animada, marcó el segundo teléfono.

Luke Templeton.

Desde luego, aquél hablaba, sí, vaya que si hablaba, hablaba mucho, demasiado.

Un cuarto de hora después, Abby colgó el teléfono. Seguramente, él ni se habría dado cuenta porque estaba completamente enfrascado en un monólogo sobre política, religión y dinero.

Abby se preguntó si Logan habría tenido los mismos problemas con otras mujeres. Sin pensárselo dos veces, marcó su teléfono y sonrió ante su atrevimiento.

—Hola, soy Logan. No estoy en casa. Deja tu mensaje al oír la señal.

Abby se quedó embelesada oyendo su voz, una voz grave y sensual, y se preguntó si sería guapo.

—Hola, Logan —dijo sintiéndose tímida de repente—. Soy Abby

Saunders. Acabo de llamar a un par de números de los que me han dado en la agencia y quería saber si tú habías llamado a alguien. Si te quieres reír un rato, llámame.

Habían atracado el bar hacía menos de quince minutos.

Cuando llegó, Logan vio que había tres coches patrulla y una ambulancia en la puerta y un montón de curiosos en la acera.

La policía estaba interrogando a los testigos. Logan reconoció a Tim Bradley, uno de los agentes, y se dirigió a hablar con él.

El agente le comentó que en el transcurso del atraco se había producido un tiroteo y una persona había resultado herida

Por lo visto, había sido una mujer, pero no sabían cómo había desaparecido de la escena del crimen. Simplemente, había salido del bar y se había perdido en la noche.

—No me lo puedo creer —comentó Logan—. ¿Nadie ha visto cómo ha escapado?

—El único que estaba completamente sobrio era el camarero y cuando la mujer se ha puesto a disparar se ha escondido detrás de la barra. Para cuando ha salido, ya había desaparecido —le explicó Tim—. La estamos buscando por todas partes, incluso con un helicóptero.

—¿Te importa que hable con los testigos?

—No, adelante. Estamos recogiendo pruebas en el interior, pero ya hemos terminado con las preguntas.

Logan le dio las gracias y se dirigió a hablar con los clientes, que estaban esperando a que los agentes se fueran para volver a entrar en el bar y seguir

bebiendo.

Tal y como le había dicho Tim, la mayoría de ellos habían bebido más de la cuenta, pero todos estaban de acuerdo en una cosa: la atracadora era alta y tenía una pistola.

—¿Cómo era? —le preguntó al camarero.

—Alta y muy fea —contestó el hombre.

—¿Algo más? —sonrió Logan.

—Sí, tenía mucho pelo.

—¿Quiere decir que lo tenía largo?

—Sí, largo y abultado, como se llevaban en los setenta.

—¿No sería que llevaba peluca?

El camarero se encogió de hombros.

—Puede ser. Desde luego, le sentaba fatal.

—¿No sería un hombre disfrazado de mujer?

—A lo mejor —contestó el camarero encogiéndose de hombros de nuevo

—. Por aquí vienen unos cuantos así, ¿sabe? —añadió bajando la voz—. Uno de ellos es el director del colegio de mis hijas.

Logan enarcó una ceja.

—Sí, sí, como se lo estoy contando. Muy fuerte, ¿eh?

Logan nunca había sido persona de juzgar a sus semejantes por sus

orientaciones sexuales y no lo iba a hacer tampoco en aquella ocasión.

—Ya sabe usted que cada cual es libre de hacer con su vida lo que quiera.

—Ya, pero ese hombre es el director de un colegio...

Logan se encogió de hombros dando el tema por zanjado.

—Bueno, si recuerda algo más sobre el tiroteo, lo que sea, llámeme —se despidió Logan entregándole su tarjeta de visita.

—¿Y si viene por aquí el travestido?

—No, esa historia no me interesa.

Tras hablar con unos cuantos clientes que no le dijeron nada útil, Logan volvió muy animado a la redacción.

Tras un año muy malo, durante los dos últimos días se había sentido motivado de nuevo por el trabajo, con ganas de investigar y de escribir.

Supuso que, cuando se lo contara a su familia, darían gracias al cielo y creerían que aquel cambio se debía a que, por fin, se estaba sobreponiendo a la muerte de Faith.

Nada más lejos de la realidad.

La echaba de menos todos los días y cada vez se encontraba más solo. A lo mejor, lo que pasaba era que estaba aceptando que se iba a sentir así el resto de su vida.

Agradecido por tener trabajo para distraerse, sacó las notas del atraco,

encendió el ordenador y se puso a escribir.

En cuanto sus dedos rozaron el teclado, Logan se perdió en la narración y no se dio cuenta de que había llegado Josh Garrison hasta que el joven le dirigió la palabra.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —comentó Josh—. Creía que te habrías ido hace mucho tiempo. ¿Haciendo horas extras?

Logan maldijo en voz baja.

¿Qué demonios hacía aquel crío allí? A Logan le gustaba a escribir de noche porque la redacción estaba prácticamente desierta, a excepción de Nick, que se solía quedar hasta tarde por si surgía algo.

—Lo mismo te digo —contestó—. ¿Qué haces aquí?

No hizo ningún esfuerzo por ser agradable con el joven porque no le caía bien. Había visto cómo se comportaba, haciendo comentarios suspicaces y crueles siempre que no había ningún jefe cerca y sonriendo como un político cuando se acercaba alguno.

Logan no quería nada con él.

—Lo mismo que tú —contestó Josh muy sonriente—. Nick me ha llamado para darme el artículo sobre Terry Sáenz. Sabes quién es, ¿no?

Logan ni se molestó en contestar. Por supuesto que sabía quién era. Hacía una hora que había estallado la noticia y ya estaba en todas las cadenas de

televisión.

Sáenz se había hecho famoso hacía un año por haber arriesgado la vida para cubrir a un compañero durante un tiroteo con una banda de pandilleros, lo que le había costado un tiro en el pecho.

Desde entonces, se había convertido en un héroe y se pasaba el día yendo de colegio en colegio advirtiéndoles a los chicos de lo peligroso que era formar parte de una banda.

Ahora resultaba que lo habían detenido por narcotráfico. Por lo visto, el tiroteo del año anterior había sido un ajuste de cuentas con la banda a la que le pasaba droga.

—Enhorabuena —le dijo Logan con ironía—. Te has llevado el gordo.

—Eso parece. Tendrías que haber visto cómo se ha puesto Nick. Ya sabes cómo es. Ha llamado a la imprenta para que me guarden una columna en portada y esto no ha hecho más que empezar porque quién sabe lo que saldrá cuando la policía investigue a Sáenz, así que vete acostumbrándote a ver mi firma. ¡Y cuando se celebre el juicio ni te cuento! Con un poco de suerte, en poco tiempo llegaré a ser tan famoso como solías ser tú.

El novato estaba intentando hacerlo entrar al trapo, así que Logan ni se inmutó. Firmar artículos en portada no quería decir que se fuera el mejor periodista.

Era cierto que hacía un año era él quien los firmaba, pero él jamás había presumido ante los demás compañeros. No era su forma de actuar. Se esforzaba en hacer su trabajo lo mejor que podía, pero jamás se comparaba con los demás.

Sin embargo, era consciente de que lo normal era ser como Josh. El joven se creía muy bueno y parecía obvio que sería capaz de vender a su madre para conseguir llegar alto.

Menudo idiota.

Logan no se sentía en absoluto intimidado o amenazado por aquel chico pues él tenía contactos en el departamento de policía e informadores que lo llamaban regularmente, así que siempre tenía varias historias sobre las que escribir, historias de las que Josh no habría ni oído hablar.

—Pues será mejor que te pongas manos a la obra cuanto antes —le dijo sin prestarle demasiada atención.

En cuanto Josh se hubo ido a su sitio, Logan siguió con su artículo y se concentró tanto en lo que estaba escribiendo que ni siquiera se dio cuenta de cuándo el joven había terminado su trabajo y se había ido.

Logan releyó su artículo.

Le gustaba cómo le había quedado.

Iba a tener que repasar el último párrafo, pero en general estaba muy bien.

Por primera vez desde la muerte de Faith, escribía algo bueno.

Nick iba a estar encantado.

Desde luego, él lo estaba.

—Vaya, Logan, no sabía que estuvieras por aquí.

Logan levantó la cabeza y se encontró con su cuñada, Samantha.

Aquella chica que le había presentado a su futura mujer en un partido de fútbol del colegio siempre había ocupado un lugar muy especial en su corazón.

Sam les había concertado una cita a ciegas sin consultarles a ninguno de los dos y, cuando su hermana había muerto, ambos habían llorado por ella sinceramente.

La había ayudado a encontrar trabajo en el periódico hacía años y cada dos semanas salían a cenar juntos porque, a pesar de que Faith había muerto, siempre serían cuñados.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Se nos han estropeado los ordenadores y mañana es día de paga, así que he decidido quedarme hasta tarde porque no quiero que la gente se quede sin cobrar —le explicó Sam—. ¿Y tú?

—Me iba para casa cuando he escuchado en el coche que se había producido un atraco en un bar, he ido para allá y he estado hablando con la

policía. Me ha gustado la historia y he vuelto al periódico para escribir algo
—le explicó Logan.

—¿Has terminado? ¿Quieres que cenemos algo? —sugirió Sam.

Lo había dicho como quien no quería la cosa, pero lo cierto era que aquel hombre era suyo aunque él todavía no lo supiera.

Estaba enamorada de él desde que tenía diez años, pero era la hermana pequeña y, desde que Logan había conocido a Faith, había comprendido que no tenía la más mínima oportunidad.

Sin embargo, ahora su hermana había muerto y, aunque Logan se empeñaba en que jamás volvería enamorarse, Sam rezaba para que no fuera así.

Llegaría el día en el que Logan decidiera que no quería pasarse la vida solo y entonces ella estaría allí, esperando.

En aquel último año había jugado bien sus cartas. Logan y ella estaban más unidos que nunca. Sólo era la cuestión de tiempo.

—Me parece bien —contestó Logan apagando el ordenador—. ¿Qué te apetece cenar?

—Me da igual, con tal de no cenar sola, lo que tú quieras —contestó Sam.

—Vaya, ¿lo has dejado con Wyatt?

Lo cierto era que Sam había comenzado a salir con él única y

exclusivamente para que Logan se fijara en ella como mujer.

Cuando aquello no había dado resultado, no había dudado en dejarlo.

—Sí, lo hemos dejado porque me estaba agobiando, quería controlarme —
improvisó Sam.

—¿De verdad? No parecía de esos hombres —comentó Logan mientras se
dirigían a la cafetería que habían enfrente del periódico.

Una vez allí, ocuparon una mesa y pidieron sin necesidad de consultar la
carta.

—¿Qué tal todo? Aunque nos vimos hace unos días, me parece que ha
pasado una eternidad —comentó Samantha—. Estás estupendo. La verdad es
que estás mejor que nunca.

Logan tomó aire y sonrió.

—Carter y Patty me han apuntado en una agencia matrimonial.

—¿Qué?

—Ya ves, estaban muy preocupados por mí. Quieren que salga con
mujeres.

—¡No me irás a decir que has accedido a salir con mujeres de una agencia
matrimonial! —se indignó Samantha.

—Todavía no he salido con ninguna —contestó Logan—. He llamado a
una porque mis hermanos se han gastado mucho dinero en esto y me

remordía la conciencia.

En aquel momento, la camarera les llevó la cena, pero a Samantha se le había quitado el apetito.

—¿Y qué tal? —preguntó mientras Logan daba buena cuenta del sándwich vegetal que había pedido.

—Bien —contestó—. La verdad es que es muy simpática y, aunque te cueste creerlo, le he pedido salir.

—¿No me habías dicho que no querías salir con mujeres?

Samantha se dio cuenta de que parecía una novia celosa y decidió controlarse.

—No he salido con ella, no quiso.

—¿De verdad? ¿Por qué? —se sorprendió Samantha.

—Por lo visto, no se fía de sí misma a la hora de elegir a los hombres, así que hemos quedado en que hablaremos por teléfono el viernes.

A Samantha le entraron ganas de reírse a carcajadas. Era obvio que aquella mujer era una perdedora. A Logan jamás le gustaría una mujer así.

Además, Logan era suyo. Mucho más relajada, comenzó a comer. Cuando terminaron de cenar, Logan la acompañó a su coche.

Samantha se despidió besándolo en la mejilla, algo que había comenzado a hacer tras la muerte de su hermana, y Logan, como de costumbre, le revolvió

el pelo como si fuera una niña pequeña.

—Llámame si necesitas algo.

Lo que Samantha necesitaba era que la besara como si fuera el amor de su vida, pero, por desgracia, el amor de su vida seguía siendo su hermana.

Samantha tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarse sobre él, pero se consoló diciéndose que había química entre ellos.

Aunque Logan todavía no se diera cuenta, todo llegaría, era sólo cuestión de tiempo.

—¿Te parece que la semana que viene en lugar de quedar para cenar vayamos al cine? —se despidió Samantha metiéndose en el coche.

Logan se quedó mirando el vehículo mientras se alejaba por la calle.

Se había dado cuenta de la mirada furiosa de Samantha y de sus comentarios. Obviamente, la ruptura con Wyatt la había afectado más de lo que quería admitir.

A Logan le dio una pena terrible porque realmente quería a su cuñada.

Había sido muy duro para ella perder a su hermana mayor, a la que siempre había estado muy unida.

Durante aquel último año, había perdido mucho peso y siempre había un brillo de tristeza en sus ojos que a Logan le rompía el corazón.

Cuando había comenzado a salir con Wyatt Christian, Logan se había

alegrado sinceramente porque creía que estaban hechos el uno para el otro. Por lo visto, se había equivocado. Era una pena porque Samantha se merecía lo mejor, se merecía encontrar a un buen hombre con el que compartir su vida.

Entonces, Logan decidió hablar con sus amigos para ver si había algún interesado.

Samantha lo iba a matar cuando se enterara, pero ¿para qué estaba la familia?

Capítulo 4

HOLA, Logan. Soy Abby Saunders...

Mientras sacaba un refresco de la nevera, Logan escuchó el mensaje que Abby le había dejado en el contestador y no pudo evitar sonreír al comprobar que había llamado a otros hombres.

Su actitud lo sorprendió porque le había parecido muy tímida, pero pensó que era maravilloso que hubiera superado su nerviosismo.

Por lo visto, no le había ido mucho mejor que a él.

Lo que más le gustó fue la última parte del mensaje. Era obvio que Abby era una mujer capaz de reírse de sí misma, lo que la convertía en alguien muy especial.

Era una pena que se tuviera por una persona anodina que no despertaba

interés, porque a él le había parecido alegre, positiva y muy simpática.

Lo único que le había oído decir negativo había sido sobre sí misma.

Logan se preguntó por qué sería tan insegura, quién la habría hecho dudar tanto de sí misma.

¿Sus padres? ¿Su primer novio?

El siguiente mensaje era de la consulta de su dentista para recordarle que tenía revisión al día siguiente, pero Logan ya estaba buscando el número de Abby entre los papeles que tenía sobre la mesa de la cocina.

Cuando acababa de terminar de marcar el número, se dio cuenta de que eran ya casi las diez de la noche.

Probablemente, estuviera a punto de meterse en la cama...

—¿Sí?

Al oír su voz, Logan sintió algo que no supo describir y que tampoco quiso analizar. Se dijo que eran imaginaciones suyas y lo ignoró.

—Hola, Abby. Perdona por llamarte tan tarde.

—¡Logan! —exclamó Abby muy contenta—. No te preocupes, no es tarde... ¡Buster, no!

—Tengo la sensación de que te he pillado en un mal momento —sonrió

Logan—. Espero que Buster no sea uno de los hombres a los que has llamado.

—Claro que no, es mi perro —contestó Abby—. Lo estoy bañando y me acaba de poner perdida —añadió riéndose.

Logan se imaginó a Abby arrodillada frente a la bañera y se dijo que no era fácil encontrar a una mujer que lavara a su perro ella misma y, menos, que se riera cuando el perro se sacudía y la empapaba.

—¿Prefieres que te llame en otro momento?

—No, no —le aseguró Abby—. Ya he terminado. Ahora que este maravilloso chucho mío ha puesto el baño perdido, se ha tumbado en la alfombrilla de la ducha a lamerse las patas, así que espera un momento que lo seco un poco por encima y hablamos —le explicó—. Ya está —suspiró aliviada al cabo de unos segundos—. ¡Menuda paliza! No tenía previsto bañarlo esta noche, pero le encanta el agua y, cuando ha oído que estaba llenando la bañera para mí, se me ha colado en el baño.

Mientras escuchaba, Logan se dirigió al salón y se sentó en su asiento preferido, una mecedora que Faith le había regalado cuando había cumplido treinta años.

—De pequeño tenía un pastor alemán al que también le gustaba un montón el agua. A mi madre la volvía loca. ¿De qué raza es Buster?

—Es una mezcla de bóxer. A veces está como una cabra, pero es un buen amigo y siempre me escucha cuando necesito alguien con quién hablar.

Logan se dio cuenta de que Abby estaba mucho menos nerviosa que la última vez que habían hablado, lo que le gustó sobremanera.

Y se dijo que le daba igual que se pusiera nerviosa porque era una persona con la que daba gusto hablar.

—Háblame de tu pastor alemán. ¿Cuántos años tenías?

—¿Qué? —contestó Logan, que estaba perdido en sus pensamientos

—El perro que tenías de pequeño —le recordó Abby—. Me acabas de decir que tenías un pastor alemán. ¿Qué edad tenías?

—Seis años —contestó Logan—. Se llamaba Hank —añadió recordando al animal que había crecido con él—. Era un perro maravilloso. Aprendió a saltar la valla e iba conmigo a todas partes. Dormía a los pies de mi cama. Supongo que por eso nunca me dio miedo la oscuridad.

—¿Y qué edad tenías cuando murió?

—Dieciocho, estaba en la universidad.

—¿Y ahora tienes perro?

—No, a Faith le daban alergia. Y los gatos, también —contestó Logan—.

Teníamos peces de colores, pero no es lo mismo —rió.

—No, no tiene nada que ver. Yo también tuve peces de pequeña. Tuve uno que saltaba por el centro de un aro, pero se lo comió el gato en mitad de un salto.

—¡Anda ya!

—¿Me estás llamando mentirosa? —bromeó Abby.

—Me parece a mí que tienes mucha imaginación.

—Creía que eras un buen profesional y que sabías cuando una historia era cierta o no.

—Precisamente por eso lo digo —rió Logan.

Al instante, se dio cuenta de que aquella mujer le podía gustar porque no había nada que le gustara más que una mujer bromista.

Le dieron ganas de decírselo, pero se mordió la lengua porque Abby había bajado la guardia y no quería que la volviera a subir.

—Bueno, cuéntame qué tal te ha ido con los hombres de la lista que has llamado. Seguro que uno de ellos era Brad Pitt, ¿a que sí? Si vamos a contar mentiras, hagámoslo a lo grande.

—Brad ya tiene pareja —le recordó Abby entre risas.

—¡Vaya por Dios! Se me había olvidado ese pequeño detalle sin importancia...

—¡No bromees con estas cosas, que son muy serias! —bromeó Abby.

—¡Mira quién lo dice! ¡La que entrenaba a los peces de colores para que saltaran aros y se los comiera el gato!

Aquello hizo que Abby se riera a carcajadas.

—Sí, tienes razón, me lo he inventado. Quería hacerte reír —admitió—.

Bueno, ya en serio, ha sido espantoso.

—¿Y eso?

—Uno de ellos apenas hablaba, había que sacarle las palabras con cuchara, y el otro era todo lo contrario, hablaba tanto y siempre de sí mismo que ni siquiera se ha dado cuenta de que le he colgado el teléfono.

—Supongo que querría impresionarte.

—Pues no ha elegido muy bien la manera de hacerlo. Me parece que ni se ha molestado en escuchar mi nombre.

—Menudo idiota. No sabe lo que se ha perdido.

Aquello le llegó a Abby al corazón y no pude evitar sonreír.

—Gracias —dijo sinceramente—. A mí también me lo parece, pero no sabía cómo decirlo.

—Me encanta que seas tan sincera, Abby —rió Logan—. No cambies nunca.

—No a todo el mundo le gusta... por eso, normalmente, me callo — confesó Abby—. ¿Y a ti qué tal te ha ido? ¿Has llamado a alguien más? Seguro que has tenido más suerte que yo.

—No sé qué decirte —contestó Logan—. Sólo os he llamado a ti y a otra, que tenía una voz de pito insoportable. No dudo que fuera una mujer

agradable, pero no parecía muy inteligente.

—Creía que a los hombres os encantaban las mujeres con la cabeza hueca.

—¡A mí, no! A mí me gustan las mujeres inteligentes con las que se puede hablar de todo. Claro que, en cualquier caso, yo no estoy buscando a ninguna mujer, inteligente o no, ya te lo dije.

—Sí —contestó Abby—. No lo he olvidado. Tranquilízate, conmigo estás a salvo. Ya sabes que tengo mis propios problemas. Ni siquiera soy capaz de salir con un hombre.

Logan sonrió.

—Hay cosas peores en la vida. Piénsalo. Hay un montón de fobias, podría darte miedo el polvo o los perritos calientes. ¿Te imaginas qué horror vivir así? ¡Pues anda que si te da miedo el agua! Entonces, no podrías ni siquiera ducharte y la gente te llamaría «maloliente». Supongo que no te dará miedo el agua, ¿verdad? ¡No me digas que por eso no quieres salir con un hombre! — bromeó Logan.

—Claro que no —rió Abby—. Por si lo has olvidado, estaba bañando al perro cuando me has llamado.

—Es cierto. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué no quieres salir conmigo?

—Porque me gustaría conocerte un poco mejor.

—¿Y de momento qué tal voy?

—Bueno, sé que te encanta escribir y que eres divertido, pero todavía me falta mucha información. Por ejemplo, no sé si te gusta la hamburguesa con mostaza o con mahonesa, si te gusta el café con azúcar y esas cosas y, por supuesto, está el tema del Gran Cañón.

—No sé si me voy a arrepentir de haberlo preguntado, pero ¿qué tiene que ver el Gran Cañón en todo esto?

Logan suponía que Abby le iba a contestar en tono de broma y se sorprendió cuando lo hizo completamente seria.

—La última vez que estuve allí vi amanecer y me sentí como si fuera capaz de hacer todo lo que me propusiera; quería saber si a ti te había pasado lo mismo.

Logan sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el corazón. Jamás le había contado a nadie, ni siquiera a Faith, lo que había sentido la primera vez que había estado en el Gran Cañón.

La experiencia había sido tan intensa que, aunque le apetecía contárselo a Abby, no se decidió a hacerlo porque le parecía que estaba traicionando de alguna manera a Faith.

—Sentí algo parecido cuando me calcé unos patines de línea por primera vez —bromeó—. Luego, me caí y me hice una brecha en la cabeza. Hay

cosas que sólo se pueden hacer cuando eres joven.

—Venga, hombre, pero si no eres tan mayor. Es imposible porque una de las condiciones que puse en la agencia fue que no quería salir con nadie que tuviera más de sesenta y cinco años.

—¿Sesenta y cinco? ¿Saldrías con alguien treinta años mayor que tú?

—¡Por supuesto que no! —rió Abby.

Logan sonrió encantado.

Aquella mujer se ponía nerviosa ante la idea de quedar con un desconocido, pero por teléfono resultaba encantadora.

Se pasaron una hora hablando y, tras colgar el teléfono, Logan seguía sonriendo. La próxima vez que tuviera un día terrible, debía llamarla. Gracias a ella, se había olvidado por completo de Josh Garrison.

Ya sólo por eso, le entraron ganas de darle un beso.

Mientras entraba en la ducha, se dijo que no lo habría hecho aunque la hubiera tenido delante, pero lo cierto era que estaba empezando a considerar a Abby como una buena amiga.

Al recordar cómo se había reído cuando su perro la había empapado, se dijo que no debía de ser de esas mujeres que se empeñan en ir siempre perfectas sino que debía de ser una mujer natural y espontánea.

Para Logan aquello era un punto a su favor y decidió que, si algún día la

conocía, se lo tenía que decir.

Logan estuvo un rato trabajando en su artículo, como hacía todas las noches para retrasar el momento de meterse en la cama, aquel temido momento en el que, a oscuras, se ponía a pensar en Faith y no conseguía conciliar el sueño hasta que, rendido, se quedaba dormido sobre las dos o las tres de la madrugada.

Aquella noche, sin embargo, se metió en la cama y, en lugar de recordar a su esposa fallecida y de echarla de menos, pensó en la conversación que había mantenido con Abby y, por primera vez desde que se había quedado viudo, se quedó dormido nada más cerrar los ojos.

Al día siguiente por la tarde, Logan ya tenía su artículo terminado para la edición de la noche y varias entrevistas concertadas para el día siguiente. Estaba hablando por teléfono cuando llegó Samantha y le dejó un sobre encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —le preguntó cuando terminó de hablar.

—Entradas para el concierto de Faith Hill, que sé que te encanta —contestó su cuñada muy sonriente—. Es tu regalo de cumpleaños.

—Pero si mi cumpleaños es en abril y estamos en agosto —protestó Logan.

—Ya lo sé —sonrió Sam—. Venga, tenemos que darnos prisa si no

queremos llegar tarde.

—¿Pero el concierto es esta noche?

—¡Pues claro! —rió Samantha urgiéndolo a que se pusiera en pie—.

Venga, nos tenemos que ir ya.

Lo normal habría sido que Logan no hubiera dudado, porque desde que Faith había muerto había hecho un montón de cosas con su cuñada de manera espontánea.

Lo cierto era que le agradecía que se ocupara de él porque lo distraía de su dolor y de su soledad. No sabía qué habría hecho sin ella, sobre todo durante las semanas que siguieron a la muerte de su hermana.

No quería herir sus sentimientos, pero tenía previsto llamar a Abby aquella noche y, si iba al concierto, no llegaría antes de las doce y se le habría hecho tarde.

—¿Te pasa algo? Creía que te iba a hacer ilusión.

—Sí, me hace mucha ilusión, pero no voy a poder ir porque tengo mucho trabajo.

—Venga, Logan, ya lo harás en otro momento. Es Faith Hill —insistió Sam.

—¿Quién te ha vendido las entradas? ¿Ivan?

Ivan Dividian trabajaba en una empresa de venta de entradas y estaba

completamente loco por ella. Si Samantha hubiera querido, se habría casado con ella sin dudarlo, pero lo consideraba sólo un amigo.

Sin embargo, no dudaba en aceptar sus regalos, que solían ser entradas para los mejores conciertos que tenían lugar en la ciudad.

A Logan lo molestaba aquella actitud porque le parecía que Sam utilizaba al pobre chico, pero ella no lo debía de ver así.

—Sí, me las ha regalado porque él no podía ir, tiene que trabajar esta noche.

—Yo, también —dijo Logan—. Lo siento, Sam.

—Si quieres te ayudo con la documentación...

—No, Sam, de verdad —insistió Logan—. No puedo.

Obviamente, Sam estaba enfadada. Sin decir nada, se levantó y se fue.

Logan se sintió fatal. Lo último que quería en el mundo era que Sam se enfadara con él. La consideraba tan hermana como Carter y Patty, pero la verdad era que no le apetecía nada ir a un concierto aquella noche.

Lo único que quería hacer era llegar a casa y llamar a Abby.

Sintiéndose culpable, se dijo que debía pedirle disculpas al día siguiente y decidió comprarle un par de bollos de chocolate para desayunar en su pastelería favorita.

Así, mientras desayunaban juntos, le explicaría lo estresante que se había

vuelto su trabajo desde que Josh Garrison había llegado a la redacción.

«¿Y por qué no le cuentas la verdad? ¿Por qué no le dices que no querías ir al concierto porque preferías ir a casa y llamar a Abby?», le dijo la voz de su conciencia.

No podía mentirse a sí mismo. Hablar con Abby era realmente fácil. No había nada romántico entre ellos, pero Sam jamás entendería que tuviera necesidad de hablar con alguien, creería que salían juntos y se lo tomaría como una traición hacia su hermana.

No, era mejor no decirle nada.

Logan concertó un par de citas más para el día siguiente, releyó lo que había escrito, apagó el ordenador y se fue a casa.

Nada más entrar, el teléfono se puso a sonar y, con la esperanza de que fuera Abby, lo descolgó rápidamente, pero resultó ser una comercial para intentar venderle una tarjeta de crédito.

—Ya la tengo —gruñó colgando.

Acto seguido, marcó el número de Abby.

No se había dado cuenta de que se lo sabía. Se dijo que tenía buena memoria, pero no pudo seguir engañándose cuando, al cuarto timbrado, le saltó el contestador automático y sintió una profunda decepción.

—Hola, Abby, soy Logan. Acabo de llegar a casa y me apetecía hablar

contigo. Supongo que te echo de menos. Si quieres hablar, llámame cuando vuelvas. Me voy a acostar tarde porque tengo que escribir un artículo.

Tras colgar, consultó la hora que era y se dijo que, si se daba prisa, todavía estaba a tiempo de llegar al concierto.

A Sam le haría mucha ilusión, pero lo cierto era que a él no le apetecía nada, así que se dirigió a la cocina para prepararse la cena.

A Abby no le gustaban nada las cenas para recaudar fondos y nunca le habían gustado. La comida solía ser mala, los ponentes resultaban aburridos y, al final de la noche, le dolía la cara de tanto sonreír.

Por desgracia, no había manera de librarse de acudir en año electoral, así que tendría que vivir con ello.

Mientras volvía a casa, pensó que aquel año estaba sucediendo algo extraño.

Llevaba varios años ayudando a Martin a organizar aquellas cenas a las que siempre iban los mismos.

Hasta aquel año. Aquella noche, Abby se había encontrado con un montón de caras desconocidas, abogados y empresarios que no le daban buena espina.

Mientras abría la puerta, se preguntó qué estaba sucediendo allí. Sabía perfectamente lo que ganaba Martin. Era un buen sueldo, pero no era rico, así que ¿de dónde habría sacado el dinero para organizar la cena de aquella

noche?

Cuando le había dicho que la cena de aquel año iba a tener lugar en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad, Abby había supuesto que alquilaría uno de los salones durante un par de horas, que pondría unos cuantos canapés y un poco de vino y listo, pero no había sido así.

¡Martin había alquilado todo el restaurante y había agasajado a sus invitados con una cena completa en la que no había faltado ni champán!

Por suerte, la inversión había merecido la pena porque se había recaudado el doble de lo que se había obtenido con las últimas tres cenas de campaña juntas.

En todo caso, Abby no entendía lo que le estaba ocurriendo a su jefe.

Aquella misma mañana, sin ir más lejos, le había comentado que estaba pensando en comprarse un Lexus y en irse a Europa de vacaciones.

¿Cómo?

Cuando le había preguntado si le había tocado la lotería, Martin se había reído, dejándola igual de confusa.

Abby saludó a Buster y le puso la cena sin poder dejar de pensar en su jefe.

Normalmente, no era una persona suspicaz, pero, cuando los números no encajaban...

Se dijo que, obviamente, Martin tenía fuentes de financiación de las que no

le había hablado y aquello le extrañó porque, normalmente, se lo contaba todo.

¿Por qué se lo habría escondido en aquella ocasión?

Se acercó al contestador y, nada más oír la voz de Logan, sonrió encantada. Después de una noche tan tensa era precisamente la persona con la que le apetecía hablar.

Obviamente, no podía hablar de Martin con Logan porque, al fin y al cabo, era periodista y no debía arriesgarse, pero le daba igual.

El caso era que había algo en aquel hombre que la animaba, así que a Abby le daba igual de lo que hablaran, simplemente disfrutaba de aquellas «citas».

Eran cerca de las nueve y media y Logan le había dicho que iba a estar en casa, así que Abby marcó su teléfono con el corazón acelerado.

Al cuarto timbre, le saltó el contestador y, cuando se disponía a dejar un mensaje, Logan contestó con voz somnolienta.

De repente, Abby se lo imaginó tumbado en la cama y no pudo evitar desear estar con él, entre sus brazos, contándole lo que había hecho aquel día.

Al instante, sintió que las mejillas se le ponían del color de la grana y se preguntó qué demonios estaba haciendo.

—Lo siento, no quería despertarte. Vuelve a dormirte, ya hablaremos otro día.

—¿Abby? ¡Espera! No cuelgues. No estaba dormido... bueno, sí, estaba descansando mientras esperaba a que empezaran las noticias. ¿Qué tal?

—Muy bien —contestó Abby—. ¿Y tú?

—Te he llamado antes porque he tenido un día un poco malo —suspiró

Logan—. Te he hablado de Josh Garrison, el nuevo reportero, ¿verdad?

Porter, el dueño del periódico, ha decidido contratarlo porque es el novio de su nieta. Desde luego, no ha sido porque tenga grandes dotes de comunicación, te lo puedo asegurar. Es un cretino del que no se puede uno fiar.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero me da mala espina —contestó Logan sinceramente—.

¿No te ha pasado nunca que conoces a alguien y te da mala vibración? Eso es lo que me pasa a mí con él. Para colmo, sale con la nieta del dueño del periódico, así que tiene el puesto asegurado.

—¿Y qué tal escribe?

—La verdad es que escribe bien —admitió Logan—. Gracias a Dios. Su forma de escribir no es el problema, sino su actitud. Se le ha metido en la cabeza que somos enemigos y está empeñado en crear cierta competitividad entre nosotros. A la menor oportunidad, me da a entender que me saca varias cabezas de ventaja. ¡Cómo si a mí me importara! A mí me da exactamente igual que él escriba en portada, yo ya estoy de vuelta de eso. A mí, con tal de

que me dejen seguir escribiendo mis artículos, todo lo demás me da igual. Es un joven demasiado ambicioso y eso me pone nervioso, porque una persona dispuesta a hacer lo que sea para llegar a lo más alto es peligrosa.

Abby se encontró pensando en Martin y frunció el ceño. No podía ignorar que su jefe había cambiado en las últimas semanas y aquello la preocupaba.

No quería ni pensar en lo que se podía haber metido.

Se lo iba a contar a Logan, pero se mordió la lengua porque Martin era un cargo público y Logan creería que era su responsabilidad investigar cualquier comportamiento sospechoso.

Además, a lo mejor no había ningún comportamiento sospechoso. A lo mejor, todo eran imaginaciones suyas.

—Supongo que es espantoso tener que trabajar con alguien así. Menos mal que tú te pasarás buena parte de la jornada en la calle, ¿no?

—Sí, intento estar fuera todo lo que puedo para no coincidir con él, pero hay veces que no lo puedo evitar. Cada vez que entro en la redacción, me lo encuentro y siempre me restriega por las narices el reportaje que le han dado

—contestó Logan—. La verdad es que, ahora que me oigo, parezco un niño que no para de quejarse —agregó al darse cuenta de cómo estaba hablando.

—Bueno, supongo que tienes derecho a quejarte cuando una persona te hace la vida imposible —contestó Abby.

—Sí. Lo cierto es que hoy ha sido un día especialmente malo. Lo peor de todo no ha sido Garrison, sino que he hecho enfadar a mi cuñada...

—¿La mujer de tu hermano?

—No, la hermana de Faith, Samantha. Trabaja también en el periódico y tenía entradas para el concierto de Faith Hill y me ha venido a dar una sorpresa con toda su ilusión porque sabe que es una de mis cantantes preferidas, pero no me apetecía ir.

—Creía que no salías con nadie —comentó Abby.

—¿Cómo? —se sorprendió Logan riendo—. Espera un momento, no te hagas el lío. Sam y yo salimos a cenar de vez en cuando, pero es como una hermana pequeña para mí. No salgo con ella. De hecho, hasta la semana pasada tenía novio y, aunque dice que se ha terminado, yo creo que no porque parecía una relación muy seria.

—¿Era la única hermana que tenía Faith?

—Sí, la verdad es que estaba muy unida a Faith porque su padre murió hace muchos años y, para colmo, tras la muerte de Faith, su madre se fue a vivir a Florida con los abuelos.

—Así que tú eres su única familia en Austin. Supongo que se le haría muy duro que su madre se fuera a vivir tan lejos.

—Sí, pero es una chica muy fuerte —contestó Logan cambiando de tema

—. Bueno, ¿y a ti qué tal te ha ido el día? Espero que mejor que a mí.

—Bueno...

—Vaya, eso no suena muy bien. ¿Tienes problemas con el jefe o algo?

A Abby le entraron ganas de contárselo todo, pero se contuvo.

—No, lo que pasa es que he tenido que ir a una cena de trabajo con... unos clientes y no me lo he pasado nada bien.

—Si quieres, para quitarte el mal sabor de boca, te invito a cenar el viernes por la noche.

Abby sintió que el corazón se le paraba.

—No sé...

—Venga, dijiste que querías conocerme antes por teléfono para no salir con un desconocido y ya me conoces, ¿no?

—Sí, pero...

—Sólo a tomar algo, Abby. Si me ves y, al rato de estar conmigo, te parezco un monstruo, nos vamos cada uno a nuestra casa y punto. ¿Qué me dices?

Abby se dio cuenta de que estaba realmente nerviosa. Le apetecía mucho conocerlo, pero, de repente, las inseguridades se apoderaron de ella.

¿Y si le parecía demasiado delgada? ¿Y si su melena pelirroja lo echaba para atrás? Aquel hombre le caía muy bien y Abby quería caerle bien a él.

Tal vez, deberían esperar. Era demasiado pronto.

—No es demasiado pronto —dijo Logan leyéndole el pensamiento—. Te prometo que no te voy a presionar. Si después de haber quedado no quieres que volvamos a salir juntos, podemos seguir siendo amigos y hablar por teléfono como hasta ahora. Venga, podríamos ir a Charlie's, en el río. ¿Has estado alguna vez?

—No.

—Tiene un patio precioso y hacen unos margaritas maravillosos. Si así te quedas más tranquila, podemos poner límite de tiempo. ¿Qué te parece un cuarto de hora? Ni un minuto más —bromeó Logan.

A pesar de las dudas y de los nervios, Abby sonrió.

—Está bien —accedió—. Pero sin límite de tiempo, lo dejaremos fluir con naturalidad.

—Genial. ¿Sabes llegar?

—Sí, está en la 14, ¿no? —contestó Abby—. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Qué te parece a las siete? Te espero junto a la barra con una camisa verde y pantalones caquis. ¿Y tú? ¿Cómo te voy a reconocer?

—Soy pelirroja y tengo el pelo rizado, así que no creo que te cueste mucho, pero, por si acaso, me pondré una camisa blanca y una falda rosa.

—Estupendo, entonces, nos vemos el viernes —se despidió Logan.

Tras colgar el teléfono, se quedó en la cocina sonriendo como un idiota.

Estaba encantado de que Abby hubiera accedido a salir con él.

Aunque llevaban hablando menos de una semana, parecía que se conocían desde hacía mucho más tiempo.

Aquello podía estar bien. Abby y él podían ser amigos ya que ninguno de los dos estaba interesado en tener una relación sentimental.

Capítulo 5

ABBY llegó a la oficina el viernes por la mañana un poco antes de las ocho y no la sorprendió que Martin no estuviera.

Su jefe llevaba toda la semana llegando después de las once y yéndose antes de las dos.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

Aquella tarde iba a tener lugar el pleno del ayuntamiento en el que iba a presentar sus conclusiones sobre el concurso para la recaudación de impuestos, y no parecía muy centrado.

Él no era así.

A Martin le encantaba trabajar en el ayuntamiento, ayudando a la gente.

Abby no lo había visto nunca descuidar su trabajo como lo estaba haciendo ahora.

Obviamente, algo iba mal.

En cuanto apareciera por el despacho, le iba a preguntar qué le ocurría, pero dieron las once y Martin no apareció.

Normalmente, cuando le surgía algo y no se iba a pasar por la oficina, llamaba, pero en aquella ocasión no fue así.

Cuando Abby estaba a punto de llamar a su casa muy preocupada, sonó el teléfono.

—¡Menos mal! —suspiró aliviada—. Despacho de Martin James.

—Hola, soy Trent Holloway. Necesito hablar con Martin.

Trent era abogado en uno de los bufetes que concursaban para la adjudicación de recaudación de impuestos y era un hombre realmente maleducado.

—Lo siento mucho, pero no está en este momento —contestó Abby en el mismo tono cortante en el que le había hablado el abogado—. ¿Quiere que le diga algo?

—Tengo que hablar con él cuanto antes.

—Se lo diré en cuanto venga.

—No lo entiendes, este asunto no puede esperar. ¡Tengo que hablar con él antes de la reunión del pleno del ayuntamiento de esta tarde!

—Se lo diré en...

—Tiene que entender lo que este contrato significa para mi bufete. Si no

nos lo adjudican, podríamos hundirnos.

—En cuanto entre por la puerta, le diré que lo llame —le aseguró Abby—.

Si me perdona, están llamando por la otra línea.

En el transcurso de los siguientes veinte minutos, Abby atendió diez llamadas para Martin, todas de abogados como Trent Holloway.

Todos dejaron más o menos el mismo mensaje: sus bufetes estaban dispuestos a hacer lo que fuera para conseguir que les adjudicaran la recaudación de impuestos municipales.

Mientras dejaba los mensajes sobre la mesa de Martin, Abby se preguntó qué habría querido decir Trent Holloway cuando había dicho que su jefe tenía que entender lo que significaba aquello para su bufete.

La adjudicación se llevaba a cabo ante notario y los sobres estaban sellados. El criterio de selección era tan simple como que se elegía a la empresa que hubiera presentado el proyecto de más bajo coste.

No había nada más de lo que hablar, así que ¿por qué creía Trent Holloway que hablando con Martin iba a conseguir algo?

A Abby no le estaba gustando nada lo que se le estaba pasando por la cabeza, pero no pudo evitar pensar en la palabra «soborno».

«¡No!», pensó horrorizada.

Martin no era así, él jamás aceptaría un soborno. Llevaba trabajando con él

cuatro años y lo conocía bien.

Era cierto que últimamente tenía más dinero que nunca, pero Abby se negaba a creer que estuviera aceptando sobornos para favorecer a un bufete en particular.

Aunque quisiera, los sobres estaban sellados, así no había nada que Martin pudiera hacer para que la balanza se inclinara a favor de nadie.

Por otra parte, últimamente Martin comía en los restaurantes más caros de la ciudad y se pasaba las tardes jugando al golf con abogados que trabajaban en los bufetes que optaban al contrato municipal.

Abby pensó en hablar con él en cuanto llegara, pero se dijo que era mejor no hacerlo porque, obviamente, Martin sabía el delito que estaba cometiendo.

¿Y si, al verse descubierto, le hacía algo?

Lo cierto era que, aunque creía conocer a su jefe, Martin se había estado comportando de manera extraña y Abby ya no estaba tan segura de conocerlo.

Un hombre que traicionaba la confianza de sus conciudadanos y que aceptaba sobornos era capaz de cualquier cosa.

¿Debía llamar a la policía?

No, si lo denunciaba, los medios de comunicación se enterarían inmediatamente y la reputación de Martin quedaría destrozada antes de que le

diera tiempo a defenderse.

No le podía hacer eso.

Ni siquiera tenía pruebas de que estuviera haciendo algo ilegal, sólo eran sospechas y podía estar equivocada.

Siempre se había portado bien con ella, así que le debía el permitirle que le explicara la situación antes de hacer nada.

Cuando Martin apareció en el despacho media hora después, Abby se puso muy nerviosa, le parecía que le iba a leer el pensamiento y se iba a dar cuenta de sus sospechas.

—Buenos días —lo saludó sin apartar la vista de la pantalla del ordenador—. Te he dejado un montón de mensajes sobre la mesa. He llamado a las personas con las que tenías citas a las nueve y a las diez y les he puesto una excusa. Espero que no te parezca mal.

—Menos mal que te tengo a ti —contestó Martin—. Eres una santa.

—No sabía qué hacer, he intentado llamarte varias veces, pero no sabía dónde localizarte.

—Me he dejado el móvil en casa —explicó Martin—. Resulta que cuando venía para acá se ha presentado en mi casa John Nickels para probar el Corvette y se nos ha pasado el tiempo volando —añadió muy sonriente—. En cualquier caso, ha merecido la pena —concluyó mostrándole el cheque.

—¡Lo has vendido!

—Lo quería con tantas ganas que me ha dado dos mil dólares más de lo que yo le hubiera pedido.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Verdad que es alucinante? —rió Martin—. Era imposible decir que no a una oferta así.

—Te entiendo, pero jamás pensé que fueras a vender ese coche. Lo querías con todo tu corazón.

—Sí, pero quiero todavía más a Sonya y ya te dije que ella quería una boda por todo lo alto. En cualquier caso, ya está vendido, acabamos de hacer los papeles, así que es mejor no lamentarse.

Abby solía confiar en la gente y unas semanas atrás se habría creído aquella historia tranquilamente, pero ahora las cosas habían cambiado.

Nadie pagaba dos mil dólares más de lo que le pedían por un coche.

¿Acaso Martin se creía que era idiota?

—Espero que no te arrepientas —le dijo con el ceño fruncido.

—Yo sólo me arrepiento de lo que no hago, no de lo que hago —sonrió Martin—. Cuando salgas luego, ingrésame el cheque en el banco, ¿de acuerdo? —añadió entregándoselo.

—Muy bien —contestó Abby—. No te olvides de que esta tarde tienes

pleno en el ayuntamiento. Trent Holloway ha llamado varias veces, está como loco por hablar contigo antes de la reunión.

—Qué pelmazo —se lamentó Martin—. Ya lo llamaré cuando tenga un rato, ahora tengo un montón de cosas que hacer —añadió entrando en su despacho y cerrando la puerta.

Aquello sorprendió a Abby porque, normalmente, la puerta que separaba sus despachos estaba siempre abierta.

Abby se quedó mirando el cheque que tenía sobre la mesa y se preguntó si sería un soborno, si acaso Martin iba a ayudar a John para que le adjudicaran el contrato municipal.

No era disparatado porque el bufete para el que iba a comenzar a trabajar su amigo se había presentado a la adjudicación.

Abby pensó en hacer una fotocopia del cheque. Martin estaba hablando por la línea uno. Sólo necesitaba unos segundos.

Nerviosa, miró hacia la puerta. ¿Qué diría a su jefe si la descubriera haciendo una fotocopia del cheque?

Sin pensárselo dos veces, se puso en pie, se acercó a la fotocopidora, hizo la copia y volvió a su sitio rápidamente.

Estaba tan nerviosa que decidió que lo mejor era salir de allí cuanto antes, así que le dejó una nota a Martin diciendo que iba a echar el correo y al

banco, agarró el cheque original y la copia, que decidió guardar en casa, y se fue.

Mientras echaba las cartas en el buzón, rezó para no tener que utilizar aquella fotocopia jamás.

A continuación, se dirigió al banco, ingresó el cheque y se dirigió al ayuntamiento preguntándose cómo era posible que hubiera pasado de confiar por completo en su jefe a no confiar en absoluto.

La respuesta era obvia.

Durante las últimas semanas, Martin se había vuelto otra persona, actuaba de manera poco ética, desatendiendo sus responsabilidades y yendo a jugar al golf con los abogados de los bufetes que optaban al contrato.

Y, para colmo, gastaba dinero como si le hubiera tocado la lotería. ¿Cómo no iba a desconfiar de él?

Cuando llegó al ayuntamiento, entró en la sala de plenos y no la sorprendió ver que estaba hasta arriba.

La reunión ya había empezado.

Normalmente, ella no solía ir a los plenos y temía que, si Martin la veía allí, sospechara, así que se sentó en la parte de atrás, detrás de una mujer que parecía que llevaba una peluca.

Desde allí, no veía a Martin, pero lo oía, que era suficiente.

—Como sabe, señor alcalde, llevo varias semanas analizando las diferentes empresas que han presentado solicitud para la adjudicación del contrato de recaudación de impuestos municipales. Por desgracia, algunas de ellas quedan eliminadas del proceso por falta de estabilidad financiera. Son las empresas marcadas con un asterisco en el informe.

El alcalde consultó los documentos que tenía ante sí.

—Supongo que todos los concejales habrán leído el informe, así que, si no hay ninguna objeción...

—¡Yo tengo una objeción que hacer! —gritó Trent Holloway—. Mi bufete se presentó a la adjudicación y no me parece justo que nos hayan dejado fuera diciendo que nuestra situación financiera es inestable. Tenemos unas cuentas mucho más saneadas que varias de las empresas que han sido admitidas a concurso y el señor Johnson lo sabe perfectamente.

—Las cifras hablan por sí solas, señor Holloway —le contestó Martin fríamente—. Estoy seguro de que la señora Johnson estará de acuerdo conmigo. Ella es economista. Dudo muy seriamente que recomendara darle un contrato multimillonario a una empresa con unos libros de contabilidad tan nefastos como los suyos. Pregúntele a ella.

Alice Johnson asintió.

—Lo cierto es que no he tenido oportunidad de revisar sus libros de

contabilidad detenidamente, pero el vistazo que les he echado me hace dudar seriamente de la conveniencia de tener a su bufete en cuenta.

—Los libros de contabilidad del señor Trent Holloway son un desastre — insistió Martin—. Si no es capaz de tener sus cuentas claras, ¿cómo se va a ocupar de los impuestos municipales? El ayuntamiento necesita una empresa como Linsey and Young o... John Nickels. Cuando usted tenga unos libros de contabilidad como los suyos, podremos empezar a hablar.

Abby tuvo la impresión de que a Trent Holloway le hubiera gustado ponerse en pie y abofetear a su jefe en aquellos momentos y lo entendía perfectamente porque Martin llevaba varias semanas jugando al golf con él, quedando para tomar una copa después del trabajo, tratándolo maravillosamente, como si fueran muy amigos y, de repente, todo había cambiado.

¿Por qué? ¿Qué había ocurrido?

Era obvio que Martin estaba exagerando los problemas financieros de Trent, era como si lo estuviera vetando, y Abby sabía mejor que nadie, porque había mecanografiado el informe, que la situación financiera de su bufete no era peor que la de otros muchos.

Y, entonces, de repente, lo comprendió todo.

¡John Nickels y Martin eran amigos de toda la vida!

Le había vendido su Corvette aunque había dicho muchas veces que jamás le vendería aquel coche a nadie, y el día anterior por la tarde habían estado jugando al tenis juntos.

¿Habrían hecho un pacto utilizando la venta del coche como tapadera?

¡No era de extrañar que Trent Holloway estuviera lívido! Obviamente, él creía tener trato de favor con Martin y su jefe le estaba dando la espalda.

Y Trent no podía hacer nada porque, si se le ocurría ir a la policía, lo acusarían de intento de soborno a un cargo público.

Además, nadie lo iba a creer porque Martin era un político de esos que sabían encandilar a la gente y salir siempre bien parado de las situaciones difíciles.

En cualquier caso, no tenía ni un pelo de tonto y, si estaba aceptando sobornos, ya habría dilucidado la manera de disimularlos.

Abby no podía quedarse sentada viendo cómo Martin insultaba a Trent. Le estaba dando asco.

Necesitaba salir de allí y decidir qué iba a hacer porque una cosa estaba clara. Si Martin estaba metido hasta el cuello en algo sucio, y así parecía ser, ella no podía quedarse callada.

Si lo hacía, sería su cómplice.

Aprovechando el revuelo que se había montado, Abby salió de la sala

disimuladamente y se dirigió al coche.

Se le pasó por la cabeza ir a la comisaría, pero sabía que no le serviría de nada porque no tenía pruebas.

Además, Martin era uno de los concejales más queridos por la ciudadanía y ya se comentaba que, tal vez en un par de años, se presentaría a alcalde.

Obviamente, ningún policía iba a arriesgarse a investigarlo. Mientras se dirigía a casa, Abby se preguntó qué podía hacer para demostrar que estaba aceptando dinero para beneficiar a uno de los posibles adjudicatarios de un contrato municipal multimillonario.

No tenía acceso a su cuenta bancaria privada y, en cuanto al cheque, le bastaría con decir que había vendido el coche y que John Nickels se lo había pagado así.

Siempre y cuando hubiera vendido el coche de verdad, claro.

¿Y por qué no le iba a haber mentido? ¿Qué posibilidades había de que Abby descubriera si era cierto o no que lo había vendido?

Le podía decir que le había vendido el coche al mismísimo presidente y ella no tendría manera de saber si era verdad.

A no ser que fuera a su casa y lo comprobara.

Martin nunca la había invitado a su casa, pero Abby sabía dónde vivía, en una casa de ladrillo estilo Tudor situada en uno de los barrios más lujosos de

Austin.

Completamente convencida de que su jefe no había vendido el Corvette, Abby se dirigió hacia allí.

Cuando entró en su calle, miró por el espejo retrovisor por enésima vez para asegurarse de que no la seguían.

Sabía que la reunión iba durar, por lo menos, otra hora más, pero no podía evitar preocuparse.

Si, por alguna razón, Martin salía de la reunión antes de lo previsto y la sorprendía frente a su casa...

Abby vio su casa y estuvo a punto de pasar de largo, pero no lo hizo porque estaba harta de ser una cobarde.

¿Y qué si aparecía Martin de repente? Siempre le podía decir que unos amigos de sus padres se acababan de mudar por allí y estaba buscando su casa.

En cualquier caso, Martin no iba a aparecer. Seguía en la reunión.

Abby aparcó frente a su casa y suspiró aliviada al ver que no había coches en el camino de entrada.

Sabía que tenía una asistenta, pero la mujer iba a los jueves y ese día era viernes, así que no había peligro.

Abby se bajó del coche con el corazón en un puño y se dio cuenta de que

Martin podía tener cámaras de seguridad.

Maldijo en voz baja, pero ya no había marcha atrás. Si había cámaras, ya la habrían grabado.

Diciéndose que tenía que seguir adelante, tomó aire y se dirigió al garaje.

Las puertas, por supuesto, estaban cerradas, y Abby no osó abrirlas por si saltaba la alarma.

Se limitó a ponerse de puntillas y a mirar por la ventana y allí, donde siempre había estado, estaba el Corvette.

¡Le había mentido! ¡Estaba aceptando sobornos! Una parte de ella había albergado la esperanza hasta aquel mismo momento de haberse equivocado porque se negaba a creer que Martin hubiera caído tan bajo como para aceptar un soborno.

De repente, al darse cuenta de que era ella normalmente la que ingresaba sus cheques, se preguntó si no llevaría tiempo haciéndolo.

Abby volvió a su coche a toda velocidad y se alejó de allí sin tener muy claro adónde iba.

¿Qué debía hacer? ¿Debía denunciarlo? ¿Tenía suficientes pruebas? Lo cierto era que, si la policía le preguntaba, Martin podía decir que el coche estaba vendido pero que todavía no habían hecho el cambio de titular porque, por prudencia, había preferido esperar hasta que el cheque estuviera cobrado.

—Sí, claro —murmuró Abby.

A ella le había dicho que ya habían arreglado todos los papeles aquella misma mañana, pero le bastaría con negarlo y, entonces, sería su palabra contra la de Martin y no tendría nada que hacer.

De repente, se encontró necesitando desesperadamente ver a Logan. Había quedado con él a las siete, pero necesitaba verlo inmediatamente.

No tenía el número de la redacción, pero sí el del móvil y Logan le había dicho que lo llamara cuando quisiera.

Logan le diría si todo aquello eran imaginaciones suyas o si, por desgracia, estaba en lo cierto.

Él sabría qué hacer porque estaba acostumbrado a aquellas cosas. Al fin y al cabo, era un redactor de sucesos.

Abby paró el coche y marcó su número.

—¿Sí?

—¿Logan? —dijo Abby aliviada—. ¡Menos mal que te encuentro! Soy Abby. ¿Estás ocupado?

—No, estoy volviendo a la redacción —contestó Logan—. ¿Te pasa algo? Pareces nerviosa.

De repente, Abby comprendió que no le podía contar nada. Logan era reportero de sucesos y, en cuanto le hubiera contado sus sospechas, se vería

en la obligación de investigar el caso y más cuando aquel Josh Garrison del que le había hablado le estaba haciendo la vida imposible.

—No, no me pasa nada —contestó sintiéndose más sola que nunca.

Logan frunció el ceño. Era obvio que a Abby le ocurría algo, así que aparcó el coche y se concentró en la conversación.

—Cuéntamelo todo, Abby —le dijo—. Está claro que te pasa algo, lo noto por tu tono de voz. Sabes que puedes confiar en mí.

—Sí, quiero confiar en ti, pero eres periodista.

—¿Y qué? Tú eres mi amiga.

Abby dudó.

—Te prometo que esto quedará entre nosotros —le dijo Logan.

Abby quería creer que Logan era sincero, pero no le podía contar absolutamente todo porque siempre se había equivocado juzgando a los hombres.

—Esto es muy duro —admitió—, pero se lo tengo que contar a alguien o me voy a volver loca. No sé si son todo imaginaciones mías, pero me temo que mi jefe estaba aceptando sobornos.

—¿De quién?

—De empresas que quieren hacerse con un contrato jugoso —contestó

Abby de manera ambigua.

—¿Qué te hace pensar que está aceptando dinero?

—Últimamente, pasa mucho tiempo con personas que trabajan en esas empresas y está gastando mucho más dinero del que tiene. No sé qué hacer.

—¿Qué quieres hacer?

—Si es cierto que está aceptando sobornos, no puedo cerrar los ojos.

Tendré que denunciarlo.

—Por supuesto, no esperaría menos de ti. Entonces, ¿dónde está el problema?

—No tengo pruebas reales de que esté haciendo nada ilegal —contestó Abby—. Son sólo sospechas. Debo asegurarme antes de dar un paso en falso porque no quiero perjudicarlo. Si lo acusara de aceptar sobornos y no fuera cierto, lo hundiría.

Aquello hizo que Logan se sintiera muy orgulloso de ella. Aquella mujer era una buena persona, una persona muy especial.

—Yo en tu lugar tendría los ojos y los oídos bien abiertos. Si es cierto que tu jefe está metido en algo sucio, tarde o temprano, tendrás pruebas de ello —le aconsejó—. Tienes que tener paciencia.

Logan no le había preguntado dónde trabajaba o por qué había comenzado a sospechar de su jefe, sino que la había tranquilizado y a Abby le entraron unas inmensas ganas de besarle por ello.

Logan le había dado su palabra de no contarle a nadie nada y Abby sabía que la iba cumplir porque, obviamente, era un hombre honrado.

Por eso, precisamente, el nuevo reportero debía de caerle tan mal.

Para Abby era un gran alivio saber que le podía contar aquello a alguien y sintió que la tensión comenzaba a ceder.

—Gracias —sonrió agradecida.

—De nada —contestó Logan—. Encantado de ayudarte.

—De verdad que te lo agradezco porque nunca me había visto antes en una situación como ésta y no sabía qué hacer, no sabía si eran todo imaginaciones mías.

—Hace poco tiempo que te conozco, pero me pareces una mujer inteligente, así que, si crees que tu jefe está metido en algo sucio, seguramente así será.

—Me dan ganas de matarlo. No sé por qué se ha metido en esto. Tiene una proyección profesional maravillosa y podría hacer lo que quisiera. Se la está jugando de mala manera. No sé si se estará dando cuenta.

—Seguramente, es consciente de que se juega mucho, pero el dinero le puede y cree que nunca lo van a pillar. Pase lo que pase, no te lo cargues a la espalda, no es asunto tuyo.

—Gracias, Logan —suspiró Abby—. Necesitaba desahogarme con

alguien.

—De nada, ya sabes que me puedes llamar cuando quieras. Bueno, ¿qué?

¿Estás preparada para lo de esta noche?

Abby recordó de repente que tenía hora en la peluquería a las cuatro.

—¡Te tengo que dejar! —exclamó—. ¡Tengo que ir a la peluquería!

—Bueno, luego nos vemos —rió Logan—. No te vas a teñir el pelo, ¿verdad?

—No.

—Ah, bueno, es que no sé si te he dicho que nunca he salido con una pelirroja y me apetece mucho.

Tras colgar el teléfono, Abby se encontró sonriendo como una boba.

Cuando consiguió recuperarse, se encaminó a la peluquería Jonathan's Hair Salon, en la que nunca había estado antes, pero de la que le habían hablado maravillas.

A Abby nunca le había gustado su pelo pues era imposible de domar y, en cuanto había algo de humedad en el ambiente, se le rizaba tanto que no le quedaba más remedio que hacerse una trenza muy prieta.

—¿Crees que podrás hacer algo? —le preguntó al peluquero.

—Si confías en mí y me dejas trabajar, te prometo que te va a encantar el resultado, pero si sólo quieres que te lo lave y te corte las puntas no te

aseguro que el resultado te vaya a deslumbrar. Depende de ti.

Abby se sentía más intrépida que nunca, así que decidió ponerse en manos de Jonathan.

—Esta noche tengo una cita muy importante con un hombre que nunca me ha visto, así que, por favor, déjame bien —sonrió.

—Muñeca, se va a caer de espaldas cuando te vea —le aseguró el peluquero.

Capítulo 6

LA mujer que miraba a Abby desde el otro lado del espejo era una completa desconocida.

Una desconocida muy guapa de pelo pelirrojo cortado a la altura de la barbilla.

—No me lo puedo creer —comentó tocándose un rizo increíblemente suave.

—El corte es muy importante—. Sonrió el peluquero—. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —exclamó Abby levantándose y abrazándolo con fuerza

—. ¡Muchas gracias! No parezco yo. Estoy hasta casi guapa.

—¿Cómo que casi? ¿Estás ciega? ¡Pero si estás preciosa! —le aseguró

Jonathan—. ¿Qué te vas a poner? —le preguntó mientras Abby le entregaba la tarjeta de crédito para que le cobrara.

—Había pensado ponerme una blusa blanca y una falda rosa.

—No —le dijo el peluquero—. Te quedaría fenomenal ir vestida de negro. Hazme caso, ponte un vestido negro y zapatos de tacón. Busca algo que no sea ni demasiado arreglado ni demasiado casual, un vestido que sea bonito, pero sencillo. Tal vez, una minifalda para que se dé cuenta de que tienes el interés suficiente como para arreglarte un poco para salir con él.

—Jamás me imaginé que arreglarse para una cita fuera tan complicado —sonrió Abby—. No me extraña que me haya ido tan mal en otras ocasiones.

—Hazme caso y ya verás como esta noche te va de maravilla —se despidió Jonathan.

Abby no creía que fuera a ser tan fácil, pero lo cierto era que hacía mucho tiempo que no se sentía tan a gusto consigo misma.

¿Pero tanto como para ponerse una minifalda? ¡Ni siquiera las había usado cuando era una adolescente!

«¿Y qué? ¿Por qué no me arriesgo y a ver qué pasa?».

Lo cierto era que le hacía mucha ilusión verse en minifalda. Tenía unas piernas muy bonitas y había una tienda cerca de su casa que siempre tenía cosas muy chulas en el escaparate.

Así que allí se dirigió y en menos de cinco minutos se había comprado un maravilloso vestido negro, corto, con tirantes muy finos y falda negra y

blanca abierta en un costado.

En cuanto se lo probó, se sintió bonita y muy femenina y le encantó y, aunque costaba una fortuna, ni parpadeó a la hora de pagarlo porque tenía muy claro que había cosas en la vida que merecían la pena.

Mientras volvía a casa, se preguntó si Logan se sentiría sorprendido y atraído. Le había dejado muy claro desde el principio que no buscaba ninguna relación sentimental y Abby también tenía muy claro que el vestido se lo había comprado para ella porque la hacía sentirse bonita, divertida y joven. Claro que si, además, a él también le gustaba tanto mejor.

Veinte minutos después, se calzó sus sandalias negras de tacón preferidas y se miró al espejo. Lo que vio le gustó tanto que pensó en mandarle un bonito ramo de flores al día siguiente al peluquero porque realmente había sabido sacar partido de ella.

¡No parecía la misma! Y Logan jamás lo sabría porque no la había visto antes. Mientras conducía hacia el restaurante en el que habían quedado citados, se dijo que sería su secretillo.

A pesar de que se sentía mucho más segura de sí misma de lo normal, cuando llegó a Charlie's se dio cuenta de que estaba muy nerviosa.

Bajó del coche y se dirigió a la entrada con piernas temblorosas. Se dijo que podía salir corriendo, llamar a Logan y decirle que había preferido

cancelar la cita.

Pero, entonces, lo vio.

Aquel hombre que salía a recibirla, ataviado con una camisa verde y pantalones color caqui, tal y como había prometido, era Logan St. John.

Sus ojos se encontraron y Abby se quedó parada en seco.

¿Aquél era Logan?

Durante las conversaciones telefónicas que habían mantenido, se había acostumbrado a su voz y se había creado una imagen acorde a su sensualidad, pero el hombre que tenía ante sí era todavía más sexy de lo que jamás había imaginado.

Medía más de un metro ochenta, era delgado y fuerte, tenía el pelo castaño oscuro y las sienes plateadas.

Sin embargo, lo que la dejó sin aliento fue su rostro. Nunca se había imaginado que fuera atractivo ya que, al decirle que habían sido sus hermanos los que lo habían metido en la agencia matrimonial, Abby se había hecho la idea de que lo habían hecho porque no creían que fuera capaz de encontrar a otra mujer por sí solo.

No podía haber estado más equivocada.

Aquel hombre era realmente guapo. Tenía una belleza masculina y dura, de mandíbula cuadrada y labios voluminosos.

Abby era consciente de que seguía enamorado de su esposa, pero ¿qué demonios hacía aquel hombre sin una mujer a su lado?

Aunque todavía lo tenía a unos cuantos metros de distancia, quedó prendada de sus ojos azules, que la estaban mirando con tanta atención como ella a él.

Entonces, le entraron unas terribles ganas de salir corriendo de allí. ¿Cómo había sido tan ingenua como para pensar que podía atraer a un hombre como Logan con un corte de pelo y un vestido bonito?

Era imposible que fuera su tipo de mujer. Seguramente, buscaría a una mujer tan guapa como él, extrovertida y segura de sí misma, que estuviera cómoda en cualquier situación.

¡Y a ella le daban miedo incluso las citas a ciegas!

Logan se dio cuenta de que Abby lo estaba pasando mal, así que fue hacia ella.

—Es imposible que seas Abby Saunders porque me ha dicho que buscara a una pelirroja con camisa blanca y falda rosa.

Abby intentó sonreír.

—Sí, pero, en el último momento, he decidido ponerme otra cosa para subirme la autoestima. Claro que no me está sirviendo de nada.

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque eres guapísimo! —le espetó con naturalidad—. Y yo sólo...
mírame.

Logan sintió unas enormes ganas de abrazarla y se encontró sonriéndole como sólo sonreía a las personas que de verdad le caían bien.

—¿Hace mucho que no te miras al espejo?

—Si tú supieras... ¡Llevo toda la tarde mirándome porque primero me he cortado el pelo y hace un rato me he comprado este vestido!

—¿Y te ha gustado lo que has visto?

—Sí, pero...

—Te ha gustado, ¿no? Por eso te has comprado el vestido.

—Sí, pero...

—Has acertado comprándotelo porque te queda fenomenal —le aseguró.

Era cierto que Abby no era Miss Universo, pero tenía una belleza natural maravillosa. Tenía pecas en la nariz, barbilla redonda y labios grandes que le conferían un halo de belleza de otra época.

Sin embargo, fueron sus enormes ojos marrones los que cautivaron a

Logan, ya que en ellos se reflejaban sus emociones, y no había nada que a él le gustara más que una mujer sin secretos.

Faith también era así.

Abby era muy delgada, tenía poco pecho y cintura de avispa.

Faith tenía muchas más curvas.

Logan se dijo que aquella noche estaba con Abby y no con Faith y quería que supiera lo bonita que estaba, así que se acercó a ella.

—Me encanta tu pelo —le dijo sinceramente—. ¿Cómo lo tenías antes?

—Como un estropajo —sonrió Abby.

—¡Venga ya!

—Te lo digo en serio. Me lo tenía que recoger constantemente para no parecer una leona.

—Me encanta cómo lo tienes ahora —dijo Logan sin dejar de mirarla a los ojos—. Hemos quedado para tomarnos algo, sin prisas, y el hecho de habernos conocido por fin cara a cara no cambia las cosas, así que ¿me dejas que te invite a una copa? Aquí preparan unos margaritas maravillosos, así que podemos sentarnos en el patio y contarnos batallitas de la mili.

—Yo no tengo ninguna batallita de la mili que contar.

—Yo, tampoco, así que ya nos las inventaremos. Nos lo vamos a pasar genial, ya lo verás.

Abby sonrió y lo siguió.

Aquel hombre era demasiado guapo para tenerlo cerca y estar tranquila, además de encantador, pero, cuando le había sonreído como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra, Abby se había sentido bonita por primera vez

en su vida, así que ¿por qué no tomar una copa con él y prolongar aquella agradable sensación un poquito más?

No había ningún peligro ya que Logan seguía enamorado de Faith y ella no estaba dispuesta a embarcarse en una relación con cualquiera, como había hecho con Dennis.

Congeniaron tan bien y se rieron tanto mientras se tomaban un margarita en el patio del restaurante que, sin saber muy bien cómo, Abby se encontró cenando con él.

Lo cierto era que aquel hombre parecía una buena persona, alguien comprensivo y honesto, y Abby se sentía a gusto y a salvo con él.

Aquella cena fue el mejor momento del que Logan había disfrutado en mucho tiempo.

Ni siquiera se acordaba de qué habían comido, pues sólo tenía ojos para Abby... su sonrisa, el brillo especial de sus ojos, su encantadora manera de sonrojarse.

Estar sentado enfrente de ella le hacía darse cuenta de lo increíblemente solo que se sentía. Estar con aquella mujer tan increíblemente atractiva que lo hacía reír tanto era una bendición.

Abby hacía que se olvidara de su dolor y aquello lo sorprendió. Se dijo que no debía dejarse llevar porque corría el peligro de querer iniciar una relación

única y exclusivamente para no echar de menos a su mujer y eso no sería justo ni para Abby ni para él.

Aun así, cuando la cena y la velada terminaron, no pudo evitar sentir cierta tristeza.

—Te acompaño al coche —le dijo a Abby.

Mientras salían del restaurante, estuvo a punto de agarrarla de la mano, pero no lo hizo. ¡Sólo eran amigos! Sin embargo, caminando a su lado no pudo evitar que su aroma lo embriagara y se encontró imaginándose besándole las pecas de la nariz.

—Logan, ¿me has oído lo que te he dicho?

—Perdón —se disculpó Logan—. Estaba pensando en otra cosa.

—Estaba diciéndote que no quiero que haya malos entendidos entre nosotros —dijo Abby mirándolo muy seria—. Me lo he pasado muy bien y quiero que lo sepas. No quería cenar contigo porque...

—Porque la última vez que te lanzaste, la piscina estaba vacía —concluyó Logan—. No pasa nada, Abby. Te entiendo perfectamente. En cualquier caso, todos tenemos derecho a cambiar de opinión y es obvio que tú sabes lo que merece la pena nada más verlo.

—Por supuesto que sí —contestó Abby sonrojándose al darse cuenta de lo que había dicho—. ¡Logan! ¡No me tomes el pelo!

Logan sonrió y la miró a los ojos. Al instante, se sintió embrujado. ¿Cómo era posible que aquella mujer no se diera cuenta de lo bonita que era? Tenía una piel increíble, color marfil, salpicada de pecas, y con sólo mirarla le entraban ganas de sonreír.

—Logan, ya te has vuelto a perder en tus pensamientos y no me estás escuchando.

Logan no se había sentido tan bien desde antes de la muerte de Faith y todo era gracias a Abby. Aquella mujer era como un soplo de aire fresco y ella ni siquiera parecía darse cuenta.

—Hemos pasado la primera prueba —le dijo—. Esta noche nos hemos demostrado que podemos tomar una copa y cenar y simplemente hablar como hacíamos por teléfono. Los dos somos personas presentables. Bueno, tú eres mucho más que presentable aunque no lo creas. Creo que deberíamos repetirlo, así que te llamo la semana que viene para invitarte a cenar y tú aceptas, ¿de acuerdo?

—Veo que lo tienes todo planeado —sonrió Abby.

—No todo —contestó Logan sorprendiéndolos a los dos al inclinarse sobre ella y besarla en los labios.

¿Había perdido la cabeza? ¿Cómo se le ocurría besarla? Le había dicho que con él estaba a salvo, que no iba a intentar nada y ahora hacía aquello.

¡Idiota!

Ahora, Abby no iba a confiar en él, y con toda la razón.

Había incumplido su palabra. No había podido evitarlo.

Logan dio un paso atrás y, cuando sus miradas se encontraron, comprendió que Abby también se había sorprendido sobremanera.

—¡Perdón! —se disculpó—. Te prometí que no te iba a presionar, que no tenías que preocuparte porque no iba a intentar besarte ni nada...

—No pasa nada, Logan. Sólo ha sido un beso.

—Sí, pero te prometí...

—Tranquilo, no me siento ofendida —le aseguró Abby—. Seguro que tienes un montón de amigas a las que también besas.

—Sí, pero...

—Entonces, ¿por qué te pones tan nervioso? Tranquilo. Somos amigos, ¿no? No me siento presionada en absoluto y, por si te he dado la impresión de ser una estrecha, no lo soy. Lo que pasa es que no quiero precipitarme.

—Comprendido —contestó Logan—. ¿Te he dicho que me lo he pasado muy bien?

—Yo también —contestó Abby sonriendo.

—Bueno, buenas noches —se despidió Logan abriéndole la puerta del coche—. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, buenas noches —contestó Abby.

—Conduce con cuidado.

En aquella ocasión, fue ella quien lo besó... pero en la mejilla. A continuación, antes de que a Logan le diera tiempo de decir nada, se metió rápidamente en el coche y se fue.

Logan se quedó en el aparcamiento observando cómo se alejaba y se preguntó si aquello era lo que se sentiría cuando a uno lo tocaba un rayo, ya que el corazón le latía desbocado, tenía el pulso acelerado y no podía pensar con claridad.

¡Aquella sensación no le gustaba en absoluto!

¿Qué demonios estaba pasando? Su corazón era de Faith, la mujer a la que le había entregado su amor para siempre.

Aunque había muerto, había un vínculo entre ellos que ni siquiera la muerte podía destruir y jamás podría compartir algo tan especial con otra mujer.

¿Cómo iba a hacerlo si seguía enamorado de Faith?

Entonces, ¿por qué se sentía como si hubiera estado viviendo doce meses en una cueva y acabara de salir a la luz del sol?

No tenía respuesta para aquella pregunta y tampoco la quería tener. Lo único que sabía era que estaba enfadado y no sabía por qué.

Abby llegó a casa veinte minutos después pero no tenía idea de cómo. Le parecía tener el cerebro en una nebulosa y no podía dejar de sonreír.

«¡No te emociones! Sólo ha sido un beso. Sólo sois amigos. Eso es lo que tú quieres, ¿no?», le dijo la voz de su conciencia.

Aquella vocecilla irritaba a Abby, así que apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Aquel día había sido uno de los mejores de su vida y no iba a permitir que su conciencia se lo estropeará.

¡Tenía vestido nuevo, corte de pelo nuevo, una nueva forma de ver la vida y se sentía fenomenal!

Y todo gracias a Logan.

De repente, sintió que una alarma se encendía en su cabeza, pero se rió y se dijo a sí misma que no tenía nada de lo que preocuparse.

Logan sólo buscaba amistad y ella quería exactamente lo mismo. Se lo estaba pasando muy bien, sí, era cierto, pero ¿qué había de malo en ello? Era como si llevara toda la vida esperando a un hombre como él y se lo estaba pasando en grande conociéndolo.

Abby entró en su dormitorio para cambiarse de ropa y, mientras lo hacía, pensó que de alguna manera Logan sacaba lo mejor que había en ella.

Se moría por volverlo a ver.

Cuando Logan no la llamó al día siguiente, se dijo que estaría ocupado y,

cuando no la llamó el domingo, se dijo que era lo más normal ya que estaría con su familia.

Sin embargo, al no tener noticias de él el lunes, se sintió muy confundida.

Hubiera jurado que Logan se lo había pasado tan bien como ella, pero tal vez se había confundido.

A lo mejor, lo había juzgado mal y cuando creía que estaba siendo sincero con ella sólo estaba siendo educado.

A lo mejor, aquel silencio quería decir que no quería volver a saber nada de ella ahora que se habían conocido.

«¡No, no te hagas esto! ¡Le gustaste, de eso puedes estar segura!», se dijo.

Sin embargo, fueron pasando los días y Logan no dio señales de vida. La seguridad en sí misma que Abby había recobrado gracias a su nuevo corte de pelo y su precioso vestido fue desapareciendo.

Descolgó el teléfono para llamarlo muchas veces, pero no lo hizo porque ella le había dejado muy claro que le había gustado, así que entendía que la pelota estaba ahora en el campo de Logan y que era él el que debía dar el siguiente paso.

Abby se tenía por una persona paciente, pero esperar a que la llamara era muy duro y no podía parar de pensar en él a todas horas del día y de la noche.

Soñaba con él, con su sonrisa, con sus ojos, y recordaba las conversaciones

que habían mantenido en el corto espacio de tiempo que habían pasado juntos.

Por mucho que le daba vueltas, no encontraba ninguna razón que explicara que Logan no la llamara, así que se dedicó a trabajar a destajo para intentar no pensar en él.

La adjudicación del contrato para la recaudación de impuestos municipales iba a tener lugar en dos semanas y Abby sabía perfectamente que aquellos quince días iban a ser tremendos.

Y todo por culpa de Martin.

Tras el pleno del viernes, los concejales habían estudiado su informe y habían hecho una criba. De los treinta bufetes que optaban al contrato, quedaban cinco.

Aunque dos de los que su jefe mejor había hablado habían quedado fuera y el de Trent Holloway no, seguía empeñado en no hablar con el abogado.

Incluso le había dicho que no le pasara sus llamadas.

¡Abby no se lo podía creer! Se suponía que eran amigos. ¿Cómo podía darle la espalda así?

Aunque la única prueba que tenía de que estaba aceptando sobornos era la fotocopia del cheque, Abby ya lo había sentenciado.

Era imposible concederle el beneficio de la duda cuando a cada rato recibía

llamadas de miembros de los cinco bufetes que optaban al contrato.

Cada día se le hacía más difícil mirarlo a los ojos y no acababa de comprender por qué Trent Holloway no lo denunciaba.

Era obvio que podía tener problemas por haber intentado que le concediera trato de favor, pero ¿iba a ser capaz de quedarse de brazos cruzados viendo cómo su bufete se iba a pique y Martin se embolsaba Dios sabía cuánto dinero?

En el transcurso de la mañana, recibió la llamada de Liz Green, la secretaria de Paul Ortega, otro de los concejales.

Liz y Abby eran bastante amigas y la otra secretaria le dio a entender que tenía sospechas de que su jefe también estaba aceptando sobornos.

Sin embargo, Liz no podía hacer nada porque tenía tres hijos a los que mantener ella sola y no podía permitirse el lujo de perder el trabajo, así que Abby comprendió que estaba sola ante el peligro.

Capítulo 7

ÚLTIMAMENTE, estás muy callada. ¿Te pasa algo?

Abby estaba imprimiendo las cartas de agradecimiento para las personas que habían contribuido económicamente a la campaña de reelección de Martin y no se dio cuenta de que su jefe la estaba mirando desde la puerta. Cuando sus ojos se encontraron, Abby sintió miedo.

Horrorizada, se preguntó si Martin se habría dado cuenta de sus sospechas.

Intentando controlar el pánico, se obligó a sonreír.

—Estoy un poco cansada —mintió—. Anoche cometí el error justo antes de meterme en la cama de empezarme un libro de Stephen King y luego no me podía dormir porque oía ruidos por todas partes.

Abby tuvo la sensación de que Martin no la creía.

—Eso te pasa por leer esas cosas —dijo sin embargo—. Cuando termines de imprimir esas cartas, échalas al buzón y vete a casa pronto para dormir un poco. A ver si mañana estás mejor.

—Lo estaré, te lo prometo —contestó—. Gracias, Martin. Eres muy amable.

—Todos tenemos derecho a pasar una mala noche —contestó su jefe encogiéndose de hombros—. No pasa nada.

Una vez a solas, Abby se dejó caer sobre la silla y suspiró aliviada. Intentó tranquilizarse diciéndose que Martin no tenía ni idea de que sospechaba de él, pero la había mirado de una manera extraña, de una manera que le había helado la sangre en las venas.

Abby se dio cuenta de que no iba poder soportar aquella situación mucho más. No era buena actriz. Nunca se le había dado bien esconder sus emociones, sobre todo cuando estaba nerviosa.

Y su jefe la ponía muy nerviosa. Él sí que era buen actor. Parecía amable y generoso, pero en realidad era ambicioso y egoísta.

Abby pensó en buscarse otro trabajo, pero su sentido de la responsabilidad se lo impedía porque, si era cierto que Martin estaba aceptando sobornos, algo de lo que estaba más convencida que nunca, significaba que estaba traicionando la confianza de los ciudadanos y manipulando el sistema de adjudicación de contratos, y ella no podía cerrar los ojos y dejar que aquello siguiera adelante.

Mientras terminaba de meter las cartas en los sobres, Abby se dijo que, tarde o temprano, Martin bajaría la guardia y dejaría alguna prueba que lo inculpara y, cuando aquello sucediera, no tendría más que ir a la policía. Abby rezó para que sucediera pronto.

Nada más llegar a casa, Logan se encaminó al pequeño dormitorio que había convertido en su despacho.

El contestador estaba junto al ordenador y desde la puerta vio que no tenía mensajes pues la lucecita no parpadeaba.

Ante la decepción, maldijo y resopló. Así que no había llamado. No le extrañaba. Al fin y al cabo, le tocaba a él dar señales de vida.

No lo había hecho, pero no por falta de ganas. Entonces, ¿por qué? Le había prometido a Abby que se pondría en contacto con ella, pero ahora se

decía que lo había hecho sin pensar porque él no quería una relación con nadie.

En cuanto había estado a solas y había podido pensar con claridad, había comprendido que no debía volver a ver a Abby; no era justo, ya que seguía enamorado de su esposa y siempre lo estaría.

Al pensar en Faith, sintió un terrible dolor en el corazón. Había sido su primera novia, la única mujer con la que había hecho el amor, pero últimamente, cuando intentaba recordar su voz o su sonrisa, no podía.

Y aquello lo aterrorizaba.

Era como volverla a perder.

Con un dolor terrible que le atenazaba el pecho, se encontró deambulando por la casa, buscando la vida y la mujer que jamás recuperaría.

Le hubiera gustado sentir su presencia, aspirar su olor, oírla en la cocina, preparando la cena y cantando, pero la casa estaba silenciosa como una tumba y, aunque su ropa seguía colgada en el armario, Logan ya no podía seguir engañándose.

Faith no iba a volver.

Se había ido.

Para siempre.

Hacía tiempo que no lloraba, pero aquella noche se tumbó en la cama y

lloró como un niño asustado.

Había perdido todo... su vida, sus esperanzas y sus sueños, todo lo que había compartido con ella, los hijos que habían querido tener, los proyectos de vida que habían compartido.

Nada había salido como tenía que haber salido porque un conductor borracho se había saltado una señal de stop aquel terrible día de finales de verano.

Por culpa del descuido de un desconocido, el futuro de Logan, lo que quedaba de él, le parecía oscuro y vacío.

Debió de quedarse dormido del agotamiento, pero cuando sonó el despertador a las siete de la mañana se sintió tan mal, como si no hubiera dormido en toda la noche, que marcó el teléfono de su jefe.

—No me encuentro bien, así que hoy no voy a ir a trabajar —le dijo a Nick colgando antes de que le diera tiempo de contestar.

Josh Garrison estaba pasando ante la mesa de Logan cuando sonó el teléfono. Dudó, miró a su alrededor y contestó.

—Logan St. John —mintió rezando para que la persona que llamaba no le reconociera la voz.

—¿Señor St. John? Soy Doug Spicer, el dueño del Hilltop Pool Hall.

Estuvo usted por aquí hace un par de semanas.

—Sí, me acuerdo de usted perfectamente —mintió Josh—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá, ya sé que me dijo que lo llamara si recordaba algo del tiroteo y, en realidad, no lo llamo por eso sino porque está aquí el tipo travestido del que le hablé, ya sabe, el director del colegio de mis hijas. Acaba de llegar hace cinco minutos. Ya sé que me dijo que no le interesaba la historia, pero...

Josh sonrió con malicia.

Ya veía los titulares.

—He cambiado de opinión. Claro que me interesa. ¿Le importaría darme la dirección de nuevo? No sé dónde la he puesto.

En cuanto el camarero le hubo dicho dónde era, Josh colgó, agarró su cámara de fotos y salió disparado hacia allí.

A la mañana siguiente, los titulares de la *Gazette* eran: *Director de colegio travestido*.

Logan los leyó y maldijo en voz alta.

Aquel cretino había publicado una historia que jamás se tendría que haber publicado. ¿Y cómo demonios se habría enterado?

A Logan no le costó mucho deducir que el camarero y dueño del bar debía de haberlo llamado y Josh había contestado su teléfono.

Estaba tan furioso que pensó en ir a hablar con Nick para contarle lo

ocurrido, pero decidió no hacerlo.

Aquello no era una pelea entre colegiales y, en cualquier caso, su jefe no podía hacer nada porque, mientras el cretino de Garrison saliera con la nieta de Porter, se lo tenían que comer con patatas.

Pero ya le llegaría su hora. Logan tenía muy claro que una persona que hace el mal recibe el mal, así que Garrison tendría su merecido.

Al llegar a la redacción, lo miró furioso, dándole a entender que su comportamiento le había parecido de lo más rastrero, pero no dijo nada, no quería parecer celoso, prefería esperar.

Gracias a Dios, tenía una cita concertada con una mujer a la que el mismo hombre le había robado tres veces en los últimos tres años.

Así, no tendría que ver a Garrison en toda la mañana. Sin embargo, dos horas después había terminado con la entrevista y tenía un buen rato hasta la siguiente cita.

Sin poder evitarlo, se sorprendió pensando en Garrison. Estaba realmente furioso y no sabía qué hacer.

En el pasado, cuando se había sentido así había llamado a Faith porque se fiaba completamente de ella, que era una persona centrada que siempre conseguía verlo todo desde una perspectiva lógica.

Era la única persona que conseguía tranquilizarlo.

Desesperado, Logan se dirigió al cementerio.

El día estaba lluvioso y gris y, por primera vez, estar frente a la tumba de Faith no lo tranquilizó en absoluto.

Su mujer había muerto, ya no podía contar con ella. ¿Por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta?

Apesadumbrado, volvió al coche y, sin pensarlo dos veces, marcó el número de Abby. Al oír su voz, se dio cuenta de que era ella con la que le apetecía hablar desde el principio.

Pensó en colgar inmediatamente, le pareció que sería lo más inteligente porque sólo eran amigos y no tenía ningún sentido que necesitara oír su voz.

¡Maldición! ¡No quería necesitar oír su voz!

—¿Sí? —repitió Abby.

De alguna manera, su voz hacía que aquel día lluvioso y gris no fuera tan triste.

La echaba de menos.

—Hola, Abby.

—¿Logan?

Parecía tan sorprendida que Logan no pudo evitar sonreír.

—Supongo que estarías empezando a creer que ya no te iba a llamar. Lo siento. Tenía que asimilar ciertas cosas.

—¿Quieres que hablemos de ello? —le preguntó Abby de manera comprensiva.

Logan dudó.

¿Cómo le iba a decir que se lo había pasado tan bien con ella que se había asustado? No quería que Abby creyera lo que no era, no quería que se hiciera falsas ilusiones, pero ¿cómo decírselo sin herir sus sentimientos?

Maldición. ¿Cómo se había complicado todo aquello tanto? ¡Se suponía que sólo eran amigos!

—Ya te lo contaré algún día —contestó por fin—. A lo mejor te parece un poco precipitado, pero ¿tienes algo que hacer esta noche? Me gustaría invitarte a cenar.

Abby sintió que el corazón se le aceleraba y suspiró aliviada.

Muchas de sus amigas jamás saldrían con un hombre que esperara que se dejara todo para quedar con él, pero a ella lo único que le importaba era que Logan había conseguido superar el motivo por el que no la había llamado y eso era lo importante.

—Por mí, encantada —le dijo—. ¿A qué hora quedamos y dónde?

—Quedamos a las siete y, si te parece bien, me gustaría pasar por tu casa a recogerte.

Abby sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Aquello era una cita de

verdad! De repente, se puso nerviosa, pero de anticipación, y sonrió.

—Muy bien —contestó dándole su dirección—. ¿Qué me pongo?

—Nada del otro mundo porque había pensado tomar una hamburguesa o unos tacos o algo así y, luego, sentarnos por ahí a hablar sin que nos moleste un camarero constantemente. Por supuesto, si prefieres ir a otro sitio más...

—Oh, no, por mí eso está perfecto. Nos vemos a las siete, entonces.

Abby colgó el teléfono sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

¡Sí!

No sabía qué era lo que le había ocurrido, pero fuera lo que fuese era obvio que Logan lo había solucionado porque, tal y como le había prometido, la había vuelto a llamar para volverse a ver.

El resto del día se le pasó volando. Como de costumbre, Martin entraba y salía, pero Abby apenas se fijó en él.

Mientras trabajaba, repasaba una y otra vez su vestuario pero, cuando dieron las cinco y se fue hacia casa, todavía no había decidido qué se iba a poner.

Tuvo la mala suerte de llegar a casa a las seis y cuarto porque encontró dos accidentes en la carretera que habían generado un tremendo atasco.

Se dijo que no debía ponerse nerviosa, que daba igual lo que se pusiera, pero en el fondo sabía que no era cierto porque en el transcurso de aquellas

dos semanas se había dado cuenta de que Logan le gustaba realmente y de que, si tuviera la oportunidad, le gustaría que su amistad fuera algo más.

¿Se estaría precipitando?

No debía olvidar que Logan hablaba constantemente de Faith y ya le había dicho en numerosas ocasiones que la echaba muchísimo de menos y que era la única mujer a la que había amado en su vida y a la que siempre amaría.

Era imposible que Logan tuviera sitio en su corazón para otra mujer cuando su corazón estaba enterrado en la misma tumba que Faith.

Mientras se vestía, Abby se preguntó si no estaría cometiendo un terrible error. Por lo que Logan le había contado, Faith era una mujer apasionada que vivía la vida exprimiéndola como un limón.

¿Cómo iba a competir con eso? Ella no era más que una mujer delgaducha con el cuerpo cubierto de pecas.

«No debo ser tan dura conmigo misma», se dijo a sí misma.

Al fin y al cabo, Logan la había llamado para invitarla a salir. Si no tuviera algún interés en ella, no lo habría hecho.

Sí, pero la había llamado porque creía que Abby sólo quería amistad. Si por una remota casualidad sospechara que pudiera estar interesada en él a otro nivel, probablemente no se volvería a acercarle a ella.

«No debo decírselo nunca», se dijo.

Abby decidió que lo mejor era disfrutar de su compañía con la esperanza de que, al pasar tiempo juntos, Logan pudiera llegar a considerarla algo más que una amiga.

Si, tal vez, la conociera mejor, su relación podría ir a algo más, convertirse en una relación sentimental.

Si no era así, al menos, lo habría intentado. Y podrían seguir siendo amigos porque ella nunca le diría que quería algo más.

No era un mal plan.

Lo único que tenía que hacer era no olvidar que sólo eran amigos. Si Logan le daba a entender que quería algo más, podría dar rienda suelta a sus sentimientos. Si no era así, por lo menos se habría protegido el corazón. Decidiendo que no tenía mayor importancia lo que se pusiera, eligió unos vaqueros y una camiseta azul cielo, se maquilló ligeramente y, en ese momento, llamaron al timbre.

Al abrir, se encontró con Logan, sonriente y maravilloso, más guapo que nunca. Y a Abby le entraron unas terribles ganas de tirarse a su cuello.

—Hola —lo saludó intentando controlarse.

—¿Estás lista?

—Sí, voy a por el bolso y ahora vengo —contestó Abby.

Unos segundos después, reapareció en la puerta y Logan la acompañó al

coche. Había temido que estuviera tensa y nerviosa, pero nada más lejos de la realidad.

Abby estaba relajada y sonriente y parecía muy contenta de verlo. Lo cierto era que él sentía lo mismo.

En realidad, verla sonreír hacía que el día le pareciera perfecto.

Se dijo que eso era porque eran amigos y la había echado de menos, pero tuvo que admitirse a sí mismo que, si sólo fueran amigos, no se sentiría excitado por su perfume ni imaginándose haciéndole el amor hasta la extenuación.

¿Se había dado cuenta Abby de que no podía dejar de mirarla? Estaba preciosa. Le había parecido una mujer atractiva desde la primera vez que se habían visto, pero, ahora que estaba más segura de sí misma, estaba radiante.

Al llegar a Tom's Burger Point, Logan sintió unas tremendas ganas de agarrarla de la mano y aquello lo confundió porque era la primera vez desde que había muerto Faith que deseaba tocar a otra mujer.

Con la cabeza hecha un lío, siguió a Abby hasta el mostrador, donde pidieron lo que iban a tomar.

Logan ni se enteró de lo que iba a ser porque no podía dejar de mirarla.

¿Cuándo exactamente se le había colado aquella mujer en el corazón?

—Logan, ¿estás bien?

Lo cierto era que Logan se sentía un poco raro, pero disimuló.

—He tenido un día un poco extraño —contestó mientras se sentaban a una mesa desde la que se veía un arroyo que serpenteaba junto al edificio—.

Estás preciosa.

—Gracias —contestó Abby sonrojándose.

—Es la verdad.

—En cualquier caso, me hace sentir bien —sonrió Abby—. Bueno, ¿y tú qué tal? Supongo que has estado muy ocupado.

—Sí, sobre todo con Josh Garrison. Ayer me robó una historia. Bueno, más bien, ha publicado una historia que yo no quería publicar.

—¿Cómo? —exclamó Abby sirviéndose té.

—Como te lo estoy contando. Cuando leí los titulares, comencé a sospechar y esta tarde he ido a hablar con la persona en cuestión y mis sospechas se han visto confirmadas. Por lo visto, llamó ayer a la redacción y creía haber hablado conmigo, pero es imposible porque ayer no fui a trabajar.

—¿Garrison se hizo pasar por ti?

Logan asintió.

—No puedo hacer nada porque sale con la nieta de Porter.

—¿Se lo has dicho a tu jefe? —le preguntó Abby—. No, claro que no —añadió dándose cuenta de que Logan jamás haría eso.

Logan negó con la cabeza.

Aquello gustó a Abby porque, aunque era obvio que estaba furioso, no era un chivato. Lo entendía perfectamente porque algo parecido le ocurría a ella con Martin.

—Tarde o temprano, se pondrá en evidencia él solito —le aseguró Abby—. Sólo tienes que tener un poco de paciencia.

—Tienes razón —contestó Logan—. Y, cuando eso ocurra, va a dar igual que salga con la nieta del dueño o no.

En aquel momento, la camarera les llevó las hamburguesas y Abby, que hasta aquel momento había perdido el apetito porque Logan no la llamaba, se dio cuenta de que lo había recuperado con creces.

—Mmm —suspiró al probar su hamburguesa—. Qué hambre tengo.

Logan sonrió encantado.

—¿Y tú? ¿Aún tienes problemas con tu jefe?

Abby asintió.

—Estoy convencida de que no tiene ningún tipo de ética profesional, pero el problema es demostrarlo. Es un hombre muy listo.

—¿Y no hay nadie por encima de él en la empresa a quien puedas recurrir?

Abby dudó. Se moría por contarle la verdad porque, aunque hacía poco tiempo que conocía a Logan, estaba convencida de que era un buen hombre,

así que decidió arriesgarse.

—Lo cierto es que no te he contado toda la verdad... verás, al ser periodista, temía que... bueno, te lo voy a contar para que lo entiendas. Lo siento, pero tengo que pedirte que me prometas que esto no va a salir de aquí.

—Por descontado —contestó Logan sin dudar—. Aunque haga poco tiempo que nos conocemos, te considero mi amiga y yo nunca traiciono a mis amigos. Si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquila.

—Gracias, no te puedes imaginar cuánto significa esto para mí —dijo Abby emocionada—. No trabajo para una empresa, Logan —añadió tomando aire—. Trabajo para Martin James, un concejal del ayuntamiento.

Logan asintió, comprendiendo la situación, y le apretó la mano. Los dos entendían que su relación había dado un paso adelante.

—¿Y no te da miedo que se dé cuenta de que sospechas algo?

—Martin siempre se ha creído más listo que nadie. Es muy arrogante, así que jamás creería que su secretaria sospecha de él. ¡Pero si hasta me pidió que le ingresara el cheque de la supuesta venta de su Corvette y no lo había vendido!

—Tienes que hablar con el FBI.

—No tengo pruebas.

—Tienes que contarles lo que sabes para que te protejan. A lo mejor, ya lo

están investigando y, si no hablas con ellos, podrían considerarte cómplice.

—¡Oh, no!

—Oh, sí —insistió Logan—. Míralo desde su punto de vista. ¿Cómo no va a saber la secretaria personal de un concejal lo que hace su jefe si trabajan codo con codo en la misma oficina?

—Tienes razón —admitió Abby palideciendo—. Iré mañana por la mañana —añadió preocupada.

—Si quieres, voy contigo —se ofreció Logan sinceramente.

Al darse cuenta de que aquella mujer le importaba de veras, comenzó a preocuparse de nuevo, pero se tranquilizó a sí mismo diciéndose que no la quería, que eran amigos y que él protegía a sus amigos.

Sí, aquella explicación era buena, pero ¿si no era amor lo que sentía por ella por qué quería llevársela a los confines de la tierra, donde nadie pudiera hacerle daño?

—Conozco a un agente que se llama Vic Roberts —añadió—. Si quieres, lo llamo a casa para ver si te puedes pasar mañana a verlo.

Abby asintió y Logan llamó a su amigo para contarle lo sucedido.

—Ya está, todo solucionado —le dijo sonriendo tras colgar—. Hemos quedado mañana a las nueve de la mañana.

—Muy bien —contestó Abby.

—Si quieres, quedamos a las nueve menos diez en el vestíbulo del edificio y, así, tenemos tiempo de sobra para llegar puntuales.

—Estupendo. Si Martin llega a la oficina antes que yo, le diré que tenía cita en el dentista y que se me había olvidado.

Capítulo 8

ABBY sentía como si se hubiera quitado un gran peso de encima y, por fin, pudo disfrutar de la cena.

Se lo estaba pasando tan bien que por primera vez desde hacía mucho tiempo fue capaz de dejar de pensar en Martin.

Suponiendo que a Logan le apetecería tan poco como a ella hablar de trabajo, le preguntó por su familia y pronto se encontraron hablando sobre sus infancias, sus tradiciones familiares, y aquellos terribles momentos que sus hermanos siempre se empeñaban en recordarles.

—De pequeña quería ser bailarina —dijo Abby—. Tenía una muñeca vestida de ballet, con tutú y todo, y yo quería ser igual.

Logan sonrió.

—Cuando creía que nadie me veía, bailaba en el jardín y, como no tenía tutú, lo hacía en ropa interior —sonrió Abby—. Cuando me enteré de que todos me espiaban, me puse tan colorada que se me quedó el pelo rojo y hasta ahora.

Aquello hizo reír a Logan.

—¿Qué edad tenías?

—Cuatro años más o menos.

—Seguro que eras una monada.

—Todas las niñas de cuatro años son una monada.

—Tú sigues siéndolo —dijo Logan mirándola a los ojos—. Sobre todo, cuando te sonrojas. Vaya por Dios, ahora sí que se te está poniendo el pelo más rojo que nunca.

Abby sonrió.

—No te tendría que haber contado nada de esto —bromeó—. Ahora, me tienes que contar tú a mí uno de tus momentos estelares.

—Vamos a ver —pensó Logan—. Tengo tantos que no sé cuál elegir. Ah, sí, ya sé. Una noche, mi hermano me dijo que alguien había entrado en casa. Mi padre estaba fuera, en viaje de negocios, y yo me fié de Carter. Sin pensarlo dos veces, agarré el bote de champú, bajé al salón y lo volqué entero sobre el intruso... ¡qué resultó ser mi propio padre!

—¡No me lo puedo creer! —rió Abby.

—¡Pues créetelo!

—A ti, al menos, no te grabarían en vídeo...

—¿Cómo que no? ¡Carter no iba a dejar pasar semejante oportunidad!

Todavía me lo pone de vez en cuando para tomarme el pelo. Ya te lo enseñaré algún día.

Abby sabía que estaba de broma, pero no pudo evitar que aquella frase le llegara al corazón.

Parecía como si Logan tuviera intención de no alejarse de ella, de que pasara a formar parte de su vida durante un tiempo si a ella le parecía bien.

—¿Qué te parece si tomamos el postre en mi casa? Siempre y cuando, por supuesto, yo no te saque el tutú y tú no te acerques al champú —propuso Abby—. Ayer, hice bizcocho y tengo fresas y nata.

—¿Cómo no lo has dicho antes? —contestó Logan poniéndose en pie rápidamente—. ¡Vamos!

Y, así, en un abrir y cerrar de ojos, Abby se encontró entrando en su casa acompañada por Logan.

—¿En qué te ayudo? —le preguntó yendo hacia la cocina—. ¿Preparo café?

Abby lo miró sorprendida.

—Nunca he salido con un hombre que se ofreciera a ayudar en la cocina

—admitió—. Todavía hay muchos a los que les parece que es cosa de mujeres.

—Cada vez menos y, en cualquier caso, van a desaparecer porque un

hombre que no se apaña en la cocina es un completo inútil.

Abby sonrió encantada.

—Muy bien, prepara tú el café.

—¿Cómo te gusta?

—Extremadamente fuerte —contestó Abby.

—¿De verdad? No es normal que a las mujeres os guste el café muy fuerte.

¿Y las salsas? ¿Te gusta la comida mexicana?

—Por supuesto que me gusta. Me encantan las salsas y, cuanto más picantes, mejor.

—¡Estupendo! ¡Ya sabía yo que me gustabas por algo! ¿Y has probado la comida india? ¡Ésa sí que pica!

—Me encanta el picante. Si a ti también te gusta, tienes que probar el chile que hago.

—Cuando quieras —contestó Logan entusiasmado—. Dime dónde y cuándo y allí estaré.

—¿A tu mujer le gustaba cocinar?

—No —contestó Logan—. A Faith le encantaba la decoración y otras cosas, pero la cocina se le daba fatal.

—Mi madre también es así —comentó Abby—. Todavía no se ha enterado de que los espaguetis no se sirven duros —añadió sacando dos tazas de un

armario—. Menos mal que mi abuela paterna me enseñó a cocinar desde muy pequeña—concluyó sirviendo el bizcocho, las fresas y la nata.

—Mmm —suspiró Logan al probarlo—. ¿Puedo repetir?

Abby sonrió encantada.

—Por supuesto —contestó—. Cuando te vayas, te pondré un trozo para desayunar mañana.

Charlando y riendo, disfrutando el uno del otro, pasaron un buen rato hasta que Logan se dio cuenta de la hora que era.

—¡Pero si son más de las once! ¡Me tendrías que haber echado hace más de una hora!

—¿Por qué? Me lo estaba pasando fenomenal —contestó Abby metiéndole un trozo de bizcocho en una bolsa—. No queda muy bonito, pero no se te caerá por el coche.

Logan lo aceptó y se dijo que debía irse rápidamente, pero se encontró mirándola a los ojos sin poder moverse.

—Me lo he pasado muy bien —le dijo con voz ronca.

—Yo también —sonrió Abby.

—Lo de venir a cenar cuando hagas chile lo he dicho en serio.

—No te preocupes, te avisaré —le prometió Abby—. Puedes venir a mi casa siempre que quieras.

El sentido común le decía que se despidiera y se fuera a casa, pero Logan no parecía capaz de pensar con claridad.

¿Qué le parecería a Abby que la besara?

Abby sentía sus ojos en los labios con tanta intensidad que era como si la estuviera besando.

¿Se daría cuenta Logan de lo que le hacía con sólo mirarla? Tendría que...

—Me tengo que ir —anunció Logan.

¡No!

No lo había dicho en voz alta, pero Logan le debía de haber leído el pensamiento porque la tomó entre sus brazos y la besó como si fuera lo más importante del mundo.

Abby sintió que el corazón se le aceleraba y se dijo que no debía hacerse ilusiones. Logan seguía enamorado de su mujer, a la que había amado desde los catorce años, y lo que sentía por ella era única y exclusivamente deseo.

Y única y exclusivamente deseo era lo que ella sentía por él porque era imposible que sintiera algo más ya que no estaba dispuesta a enamorarse de nadie, no quería que nadie le rompiera al corazón.

Debía controlar sus sentimientos.

Pero Logan no se lo puso fácil. La estrechó entre sus brazos y la besó con tanta pasión que Abby creyó que se derretía por dentro. No podía pensar, así

que se limitó a gemir, a apretarse contra él y a besarlo también.

Aquella mujer estaba hecha para él y sentirla entre sus brazos hacía que Logan se diera cuenta de lo mucho que la deseaba.

—Abby... —murmuró besándole el cuello.

Abby se estremeció y lo miró a los ojos.

Logan dejó que fuera ella la que tomara la decisión. Aunque la deseaba con todo su cuerpo, si le decía que no, encontraría la manera de controlarse.

En lo que le pareció una eternidad, Abby no se movió, no habló, ni siquiera parecía respirar y, entonces, cuando Logan creía que le iba a decir que tenían que parar, se quitó la camiseta.

—¿Te das cuenta de lo preciosa que eres? —le dijo con voz ronca.

Abby sintió que el corazón se le salía del pecho y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Intentó controlarse, pero era demasiado tarde. Sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla y cómo Logan se la secaba en un gesto tan lleno de ternura que la desarmó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó horrorizado—. ¿Por qué lloras? ¿Qué te he hecho?

—Nada —contestó Abby apoyando la cara en su pecho—. Es que nadie me había dicho antes que era bonita.

—Pues debe de ser que la gente con la que te has codeado está ciega —
comentó Logan malhumorado.

—No, no es eso —sonrió Abby—. Lo que pasa es que no soy bonita,
Logan.

—¿Cómo que no? ¿Dónde hay un espejo?

Y, dicho aquello, la agarró de la mano y la llevó por toda la casa hasta que
encontró el espejo de su dormitorio.

—A ver —dijo colocándola ante él—. Mírate —añadió mirándola a los
ojos a través del reflejo—. Ahora dime que no eres bonita. A ver si te atreves.
Abby se miró al espejo y se dio cuenta de que estaba medio desnuda.

—Me sentiría mejor si tú también te quitaras la camiseta.

—Muy bien —dijo Logan quitándosela.

Al instante, Abby sintió el calor de su pecho en la espalda y sus manos
sobre los hombros.

—¿Mejor?

Abby no podía hablar, así que asintió.

—Muy bien, volvamos al tema que nos ocupa.

—Logan...

—Tienes una piel preciosa —murmuró Logan acariciándole delicadamente
los brazos—. ¿Acaso me lo vas a negar?

—Pero si tengo pecas por todas partes —protestó Abby—. ¿También me vas a decir que las pecas son preciosas?

—Sí, porque pienso besártelas todas, una a una —contestó Logan—. ¿Qué hay más bonito que eso?

—Estoy demasiado delgada —continuó Abby con voz temblorosa—. Además, no tengo pecho.

—¿Pero te has vuelto loca? Tienes cuerpo de modelo. ¿Sabes la cantidad de mujeres que matarían por tener tu cuerpo? ¿Y qué es eso de que no tienes pecho? Tus pechos tienen el tamaño perfecto para mis manos.

Y, dicho aquello, le tomó el pecho izquierdo con su mano derecha y Abby sintió que el corazón se le desbocaba.

Abby lo miró a los ojos y vio que Logan era sincero, que realmente la deseaba, y por primera vez en su vida se sintió una mujer bonita.

Logan la besó con ardor y le acarició el cuerpo entero, haciendo que Abby sintiera que la piel le ardía.

Abrazándola contra sí, buscó el broche del sujetador y, cuando lo hubo desabrochado, dejó que sus labios encontraran sus pechos hasta hacer que Abby se olvidara de cómo se llamaba.

De alguna manera, el resto de la ropa desapareció y Logan la tomó en brazos y la depositó sobre la cama.

Abby sintió las sábanas frías en la espalda y el cuerpo caliente de Logan sobre ella, lo sintió dentro de ella, percibió su olor, su calor...

Logan le estaba haciendo el amor con tanta ternura que Abby volvió a sentir que las lágrimas se le saltaban. Aquel hombre parecía instruido en el tantrismo porque la trataba como una diosa, porque parecía pensar única y exclusivamente en su placer.

Y Abby, sintiéndose amada por primera vez en su vida, lo dejó hacer, alcanzó el clímax varias veces y supo mantener la llama encendida hasta que Logan, después de haber almacenado toda la energía de varios orgasmos, se dejó ir también y ambos alcanzaron juntos el cielo.

¿Qué había hecho?

Abby tragó saliva.

Se sentía de maravilla, más cerca de Logan de lo que jamás se había sentido de nadie, pero al mismo tiempo horrorizada.

¿Cómo se había dejado llevar después de haberse dicho tantas veces que sólo eran amigos?

¿Cuántas veces iba a tener que repetirse que no debía entregarle el corazón a nadie? Y, menos a Logan, que seguía enamorado de Faith.

Abby sintió unas terribles ganas de llorar, pero sabía que no podía hacerlo porque no podía explicarle lo cerca que estaba de enamorarse de él.

Logan no quería amor.

De hecho, seguramente saldría corriendo si sospechara lo que estaba sucediendo, si supiera que Abby quería algo sentimental con él.

Incapaz de seguir tumbada a su lado porque sabía que se iba a deshacer en lágrimas, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—Lo siento, Logan —dijo sin poder mirarlo a los ojos—. Esto no tenía que haber sucedido. Somos amigos...

Logan frunció el ceño y comenzó a vestirse también.

—No pasa nada, Abby. No hay nada por lo que pedir perdón. Los dos tenemos necesidades y nos hemos dejado llevar.

Abby sabía que las palabras de Logan iban destinadas a tranquilizarla, pero era imposible porque, en lo más profundo de sí misma, había albergado la esperanza de que Logan le dijera que sentía algo más que deseo físico por ella.

Obviamente, no iba a ser así y aquello dolía porque ella le había entregado su corazón y él ni siquiera se había dado cuenta.

Y así debía seguir siendo. Logan no debía saberlo jamás.

—Sé que tú quieres que seamos solamente amigos y no quiero que creas que he intentado que haya algo más entre nosotros acostándome contigo.

—Si mal no recuerdo, he sido yo el que te ha besado y te ha traído a la

cama y tú no me has forzado en ningún momento.

—Bueno, sí, pero...

—No pasa nada, Abby. Lo que espero es que no tengas remordimientos.

Yo, desde luego, no me arrepiento en absoluto de lo que ha sucedido entre nosotros. ¿Y tú?

Abby se miró en sus ojos color azul cobalto y se sintió atrapada. Por primera vez en su vida, se arrepentía de algo, sí, se arrepentía de que aquel hombre con el que se acababa de acostar no estuviera completamente loco por ella.

—No —contestó—. No me arrepiento.

—Bien —dijo Logan satisfecho—. Me tengo que ir —añadió abrazándola—. Pero nos vemos mañana en el edificio del FBI.

Abby se había olvidado por completo de Martin, pero era cierto, debía seguir adelante con aquel asunto.

Logan la tomó entre sus brazos y volvió a besarla y Abby se encontró deseando que no se fuera, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano consiguió apartarse de él.

—Venga, te acompaño a la puerta —le dijo.

—Ya me voy, ya me voy —sonrió Logan—. Nos vemos mañana a las nueve menos diez.

Una vez a solas, Abby sintió que las piernas le temblaban. ¿Qué había ocurrido? Antes de que la besara estaba completamente decidida a no embarcarse en ninguna relación y, luego, de repente, en cuanto Logan la había besado, había perdido la cabeza.

Le había encantado hacer el amor con él, pero no tenía ni idea de lo que Logan sentía por ella.

Mientras entraba en el baño para ducharse y ponerse el pijama, se dijo que no debía enamorarse de él, que no podía ser tan estúpida como para enamorarse de un hombre que seguía enamorado de su esposa muerta.

Mientras se lavaba el pelo, se convenció de que no estaba enamorada de él y se dijo que era normal que se sintiera atraída por Logan pues era un hombre increíblemente guapo y encantador y ella no era de piedra.

Sí, sólo era química sexual. Se lo repitió una y mil veces mientras se metía en la cama y se dijo que, si algún día, Logan decidía amar a alguien aparte de a Faith, entonces, ella a lo mejor bajaría la guardia y lo amaría también.

Sin embargo, mientras tanto, lo suyo no era más que deseo.

A la mañana siguiente, Abby se levantó completamente convencida de que tenía sus sentimientos controlados, pero, cuando entró en el vestíbulo del edificio federal y vio a Logan esperándola, sintió que el corazón se le desbocaba.

—Hola —sonrió Logan yendo hacia ella—. Ya estaba temiendo que no fueras a aparecer. No te vas a echar atrás, ¿verdad?

¿Echarse atrás? A Abby le entraron ganas de reírse. Eso sería lo que tendría que hacer. Una mujer inteligente se habría echado atrás al instante mismo de darse cuenta de que se estaba enamorando de un hombre con el que tenía el pacto de no ser más que amigos.

Demasiado tarde.

—Logan...

—¿Qué te pasa, cariño? —contestó tomándole el rostro entre las manos—.

Si te preocupa que tu jefe se entere y te pueda hacer algo, te aseguro que no es así. Los federales trabajan muy bien, tu jefe no se va a dar cuenta de que lo están investigando. Estás a salvo.

Abby lo miró a los ojos.

¿Cómo le iba decir que nunca se había sentido tan en peligro y que no tenía nada que ver con Martin? Si Logan sospechara que estaba empezando a quererlo, saldría de su vida rápidamente.

Al imaginárselo, Abby sintió que se le rompía el corazón.

No, no quería dejar de verlo, no quería que Logan desapareciera de su vida, así que se dijo que, sintiera lo que sintiera por él, iba a tener que aprender a vivir con ello.

—Muy bien, vamos allá antes de que me entre el miedo —contestó.

—Así se habla —contestó Logan tomándola de la mano y llevándola hacia el ascensor.

Vic Roberts no era el típico agente federal vestido de chaqueta y corbata sino un cowboy extrovertido y simpático.

—¿Qué tal te van las cosas? Hace meses que no te veo —le dijo a Logan mientras Abby y él tomaban asiento—. Ya estaba empezando a pensar que habías aceptado el puesto que te habían ofrecido en el *Washington Post*.

—¿E irme a vivir a Washington? —contestó Logan horrorizado—. No, gracias.

—Me parece muy bien que hayas decidido quedarte —sonrió dirigiéndose a Abby—. Relájese, señorita Saunders, no tiene motivos para estar nerviosa. Normalmente, no muerdo. Logan me ha comentado que está teniendo usted problemas en la empresa en la que trabaja.

—En realidad no trabajo para una empresa, sino para un concejal del ayuntamiento —se lanzó Abby—. Trabajo para Martin James.

Vic la miró con intensidad y Abby comprendió por qué Logan le había dicho que fueran a ver a aquel hombre.

Era obvio que era un hombre muy inteligente. Aquello gustó a Abby.

Martin no iba a poder engañar a aquel agente federal con sus maneras

corteses y educadas y sus falsas sonrisas.

—¿Qué es exactamente lo que está ocurriendo?

—Creo que está aceptando sobornos de bufetes de abogados para la adjudicación del contrato de recaudación de impuestos municipales —le explicó Abby.

—¿Tiene pruebas de ello?

—No —suspiró Abby—. Por eso no he venido antes. Tengo una fotocopia de un cheque que me pidió que le ingresara. Es el cheque que un amigo le dio por haberle vendido supuestamente un coche, pero esa venta no se ha producido. Eso fue hace un par de semanas. Podría ser que estuviera esperando a que el cheque se hiciera efectivo antes de entregar el coche.

—Pero no le parece probable, ¿no?

—No. Martin no es rico y, sin embargo, últimamente juega al golf todos los días, come en el Senators Club y en otros restaurantes caros de la ciudad y gasta dinero como si le hubiera tocado la lotería. Llevo cuatro años trabajando para él y jamás lo había visto comportarse así. Antes, jamás salía con miembros de empresas que estuvieran optando a un contrato municipal, pero ahora lo está haciendo. Creo que se ha metido en algo sucio, pero no lo puedo demostrar. Aun así, Logan me dijo que viniera a hablar con usted.

—Quiero presentarle a mi jefe —contestó el agente levantándose y

abriendo una puerta.

Entonces, entró un hombre mayor, vestido de chaqueta y corbata, que le sonrió y se sentó.

—Os presento a Fred Nash —dijo Vic.

—Señorita Saunders, me alegro mucho de que haya venido usted a hablar con nosotros porque hace tiempo que estamos investigando a su jefe, pero no teníamos pruebas contra él. Realmente necesitamos a alguien de dentro que...

—Un momento —lo interrumpió Logan—. ¿No le iréis a pedir que os haga de espía?

—No correrá ningún peligro —le aseguró Vic.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Martin James no es un hombre violento.

—Tampoco era un hombre que aceptara sobornos y mira —protestó Logan.

—Sí, pero...

—Pero nada. Maldita sea, Vic, ese hombre está de porquería hasta el cuello, podría ponerse nervioso y hacerle algo a Abby.

—Tengo boca para hablar —intervino la aludida—. Te doy las gracias por preocuparte por mí, Logan, pero conozco perfectamente a Martin y sé que jamás me haría daño.

—¿Estás diciendo que vas a trabajar para el FBI? —se sorprendió—. ¡Pero si ni siquiera querías venir!

—Reconozco que me pongo nerviosa de sólo pensarlo, pero no tengo opción —contestó Abby—. ¿Qué quieren que haga? —añadió mirando a Vic y a Fred.

Capítulo 9

NO me puedo creer que hayas accedido a espiar a James —dijo Logan al salir del edificio federal un rato después—. Podrías haber dicho que no, no tenías obligación.

—Ya has oído que llevan tiempo vigilándolo y no tienen pruebas contra él. ¿Te das cuenta de la cantidad de dinero que está en juego? ¿Te das cuenta de la fortuna que les está costando a los ciudadanos que mi jefe y unos cuantos canallas como él se dediquen a jugar con la ley? No me puedo quedar de brazos cruzados.

—Lo entiendo, pero no me gusta la idea de que estés sola con él en la oficina. ¿Qué ocurriría si te sorprendiera registrando sus documentos personales?

—Tendré cuidado.

—Sé qué vas a tener cuidado, pero llevo quince años siendo reportero de sucesos y sé que a los hombres como Martin James no les gusta que los pillen

con las manos en la masa. Las cosas se podrían ponerse feas... por eso no quiero que te acerques a él cuando se dé cuenta de que los federales lo están investigando —dijo Logan abrazándola—. Ten cuidado, ¿de acuerdo? No quiero tener que escribir un suceso sobre ti.

Abby se estremeció de placer al verse entre sus brazos.

—No te preocupes, Martin no es así —lo tranquilizó—. Además, a mí tampoco me apetece ser la protagonista de tu artículo, te lo aseguro.

Sin importarle que estuvieran en la calle y a plena luz del día, Logan la besó con ternura, dando rienda suelta de nuevo a la pasión de la noche anterior.

Cuando se miraron a los ojos, ambos con la respiración entrecortada, era obvio que los dos hubieran deseado estar en otro lugar.

—¿Te puedo llamar al trabajo? —preguntó Logan—. Me gustaría saber que estás bien.

—No pasa nada porque me llames de vez en cuando. En cualquier caso, Martin no suele pasar mucho tiempo en la oficina —contestó Abby—. Por eso, precisamente, no hay nada que temer.

—De todas formas, me quedaría más tranquilo si te buscaras otro trabajo.

—Tengo una amiga que tiene una agencia de trabajo temporal y ya le he dicho que me mantenga informada. En cuanto encuentre algo, me voy —

explicó Abby.

—Cuanto antes, mejor —dijo Logan abriéndole la puerta del coche—. Ten mucho cuidado y llámame si pasa algo.

—No te preocupes —se despidió Abby besándolo en los labios.

Mientras se alejaba, miró por el espejo retrovisor y vio que Logan la miraba con el ceño fruncido por la preocupación.

Abby también estaba preocupada. De hecho, le sudaban las palmas de las manos, el corazón le latía con fuerza y no le apetecía en absoluto ir a trabajar.

Tenía que tener mucho cuidado porque su jefe no era tonto y, si no

conseguía disimular, se iba a dar cuenta de que se traía algo entre manos.

Además, aunque les había dicho a Logan y a Vic que no temía por su integridad física, no era así. Ahora que había comprendido que no conocía a

Martin James de nada, ¿cómo iba a estar segura de sus reacciones?

Para intentar tranquilizarse, se dijo que, probablemente, Martin no llegara

hasta la hora de comer pero, cuando dobló por la calle en la que estaba la

oficina, vio su nuevo Lexus aparcado en la puerta.

—¡Maldición! —murmuró.

En cuanto entró, Martin salió de su despacho.

—¿Dónde demonios estabas? —gritó.

—En el dentista —contestó Abby intentando mantener la calma—. Te he

dejado un mensaje en el contestador.

Martin la miró a los ojos y resopló.

Abby miró a su alrededor y se dio cuenta de que el despacho estaba completamente revuelto, como si hubiera pasado un tornado por allí.

—Necesito inmediatamente el expediente de Drake —ladró Martin—. Hoy como con él y necesito echarle un vistazo.

¿Por eso había puesto la oficina así? ¿Qué había tan importante en aquel expediente?

—Tiene que estar por aquí —contestó Abby—. ¿Cuándo lo consultaste por última vez?

—La semana pasada.

—¿No te lo habrás llevado a casa o lo tendrás en el maletín?

—No.

—Entonces, tiene que estar por aquí —dijo Abby rebuscando entre los papeles.

—Lo necesito para las once —dijo Martin cerrando la puerta de su despacho de un portazo.

Abby nunca lo había visto tan furioso. Si se ponía así porque se había perdido un expediente, no quería ni imaginarse cómo se iba a poner cuando se presentara allí el FBI.

¿Sospecharía de ella? ¿Iría a por ella?

Abby sintió pánico, pero se dijo que no tenía nada que temer, que el FBI lo tenía todo controlado y que Martin jamás le podría hacer daño porque se iba pasar unos cuantos años en la cárcel.

Acto seguido, se puso a buscar como una loca el maldito expediente Drake, pero a las once menos diez todavía no había aparecido, así que tomando aire llamó a la puerta del despacho de Martin.

—No está en mi despacho, así que debe de estar en el tuyo —le dijo—. Si no te importa, voy a buscarlo.

Martin asintió, se levantó y se cruzó de brazos, pero no salió de su despacho, así que Abby apretó los dientes y se puso manos a la obra bajo su atenta mirada.

El despacho de Martin estaba todavía peor que el suyo, había papeles por todas partes y todos los expedientes por la mesa y por el suelo.

Obviamente, en aquel expediente había algo que lo volvía loco y Abby se dijo que ya tendría tiempo de consultarlo cuando estuviera sola en la oficina.

Había un cajón en la mesa de Martin, el de la derecha de abajo del todo, que siempre permanecía cerrado, pero ahora estaba abierto.

Abby se había preguntado muchas veces qué había allí y ahora lo iba a averiguar.

—Ahí no hay nada, sólo el listín telefónico y un par de carpetas —le dijo su jefe en tono cortante.

—¿Y esto? —dijo Abby sacando una carpeta en la que no ponía nada.

—¡Por fin! ¿Cómo demonios habrá llegado ahí? —exclamó Martin arrebatándole el expediente.

«Ha llegado ahí porque tú lo has escondido», pensó Abby.

—Bueno, ahora que ya lo hemos encontrado, me vuelvo a mi despacho —dijo Abby.

La línea privada de Martin sonó unos minutos después y su jefe cerró la puerta que separaba sus despachos antes de que a Abby le diera tiempo de averiguar quién era.

Se puso en pie y se acercó a la puerta por si oía algo, pero era imposible, así que se puso a organizar el lío que Martin había armado.

Cuarenta y cinco minutos después, había terminado y estaba tan impaciente por que su jefe se fuera que llamó a la puerta de su despacho para recordarle que había quedado para comer.

—No, me ha llamado la secretaria de Lance para cancelar la comida —contestó Martin.

—¿Le venía mejor otro día?

—La verdad es que no se lo he preguntado, voy a ver —dijo Martin

marcando el número del abogado—. Hola, Mónica, soy Martin James otra vez. Ponme con Lance, por favor. Sí, ya sé que está ocupado, sólo va a ser un momento.

Abby, que lo observaba desde la puerta, se sorprendió al ver que su jefe se sonrojaba.

—Si lo quiere así, ningún problema —dijo Martin en tono cortante antes de colgar—. Lance ha dado instrucciones a Mónica para que no le pase mis llamadas —maldijo—. Por lo visto, ya no me necesita.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Abby haciéndose la tonta—. A lo mejor es que simplemente está ocupado y no quiere que lo moleste nadie.

—No creo —contestó su jefe preocupado—. Dos cancelaciones en el mismo día... es un poco sospechoso.

—¿Entonces?

Por un momento, Abby creyó que le iba a contestar porque parecía que había tomado carrerilla, pero, entonces, Martin la miró y recuperó la compostura.

—Ya sabes cómo son los abogados —dijo encogiéndose de hombros—. Siempre están ocupados. Pero yo también. Tengo que hacer un montón de llamadas, así que cierra la puerta cuando salgas.

A Abby no le quedó más remedio que hacer lo que le indicaba. Al llegar a

su mesa, sacó un cuaderno y anotó su conversación con Martin, tal y como Vic le había dicho que hiciera.

Era obvio que allí estaba ocurriendo algo importante.

—Hola, ¿qué tal?

Abby se dio cuenta de lo tensa que estaba cuando oyó la voz de Logan. De repente, le entraron unas terribles ganas de llorar, pero se controló.

—Muy bien —mintió—. Un poco cansada.

—Vaya, entonces, no creo que te apetezca ir al cine esta noche...

—¡Claro que me apetece!

—Te mueres por verme, ¿eh? —bromeó Logan.

Abby no pudo evitar sonreír.

—La verdad es que estoy encantada de que me hayas llamado.

—A mí también me apetecía hablar contigo —confesó Logan—. ¿A qué hora quieres que pase a buscarte?

—¿Te viene bien a las seis y media?

—Allí estaré —contestó Logan—. En cualquier caso, si quieres algo antes, llámame.

—Muy bien —se despidió Abby—. Hasta luego.

Estaba tan enfrascada en su conversación con Logan que no se había dado cuenta de que Martin había abierto la puerta de su despacho y la estaba

mirando.

—Espero que no te importe que reciba alguna que otra llamada personal en la oficina —le dijo un tanto nerviosa.

—No te pago para que te pases las horas hablando con tu nuevo novio, pero no pasa nada porque te llame de vez en cuando —contestó su jefe.

—Gracias —dijo Abby.

—¿De quién se trata? ¿Lo has conocido en esa agencia matrimonial a la que te apuntaste hace poco?

Abby asintió.

—¿Y vais en serio?

—Todavía es demasiado pronto —contestó Abby—. Sólo hemos salido un par de veces.

Lo que era cierto, pero hablaban por teléfono a todas horas y todos los días y se habían acostado, algo, por supuesto, que no pensaba contarle a Martin.

—Me dijiste que te recordara que mañana tienes reunión sobre delincuencia callejera y la asociación de padres de tu barrio quiere verte para hablar de las carreras de coches que los adolescentes organizan los fines de semana. ¿Qué te parece el jueves a las cuatro? El director del colegio nos ha ofrecido el gimnasio para la reunión.

Martin consultó su agenda y asintió. Abby llamó al director del colegio y,

continuación, se puso a repasar el correo.

Cuando sonó el teléfono, contestó de manera automática.

—Despacho del concejal James.

—Tengo que hablar con Martin —contestó una voz algo agitada.

—¿De parte de quién?

El hombre dudó.

—Soy Fred Jones.

—Un momento, voy a ver si está —contestó Abby.

Tras poner la llamada en espera, miró la pantalla del teléfono, pero no le decía a quién correspondía aquel número, sólo ponía *Número privado*.

Aquello era muy normal teniendo en cuenta las llamadas que recibía

Martin, pero hubo en el tono de voz de aquel hombre algo que la hizo sospechar.

Seguro que no se llamaba Fred Jones.

—Te llama Fred Jones por la línea uno —le dijo a Martin a través del interfono.

—¿Quién?

—Fred Jones...

—¡Ah, sí! ¡Pásamelo!

A Abby le habría encantado oír la conversación, pero no se atrevió, así que

sacó el cuaderno y anotó el nombre de la persona que había llamado.

Estaba anotando el tiempo que habían estado hablando cuando la puerta de la oficina de Martin se abrió de repente y Abby dio un respingo.

—Me voy —anunció su jefe pasando frente a ella sin ni siquiera mirarla.

Abby se quedó de piedra.

¡Por los pelos!

Si Martin no hubiera salido con tanta prisa, se habría dado cuenta de que estaba anotando algo en el cuaderno y, entonces, ¿qué habría ocurrido?

Abby estaba cada vez más nerviosa y ya no sabía si reír o llorar. Desde luego, aquello de ser espía no era para ella.

Menos mal que Martin iba a ausentarse un rato. Necesitaba estar sola para recuperarse de la tensión.

¡Pero en qué estaba pensando! ¡Estaba sola! ¡Era el momento perfecto para fotocopiar el expediente Drake!

Abby se puso en pie rápidamente y entró en el despacho de Martin. Se puso a buscar el expediente, pero el maldito documento no aparecía por ninguna parte.

¡Tenía que estar allí! Martin no se había llevado el maletín. ¿Lo habría vuelto a esconder en el cajón de abajo?

Abby rezó para que no hubiera cerrado con llave, se acercó y tiró con

fuerza. El expediente estaba encima del listín telefónico.

«¡Deprisa!», se dijo mientras corría a la fotocopidora y copiaba todas las hojas del expediente sin ni siquiera leerlas.

Ahora no era el momento, ya se lo entregaría al FBI y se enteraría de lo que ponía. Tenía que darse prisa para dejar el expediente en su sitio antes de que volviera su jefe.

Segundos después, lo metió en el escondite y cerró el cajón. A continuación, corrió a sentarse en su sitio y empezó a meter las fotocopias en el bolso como pudo.

La puerta se abrió tan repentinamente que a Abby no le dio tiempo de meter todo el expediente en el bolso.

Todavía tenía algunas fotocopias en la mano.

¿Por qué habría vuelto Martin tan de repente? ¿Sospechaba de ella?

—¡Martin! —exclamó atemorizada—. ¿No te habías ido? ¿Se te ha olvidado algo?

Martin la miró y enarcó una ceja.

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo? No me pasa nada, solamente estoy buscando a ver si tengo una aspirina en el bolso —improvisó Abby—. Me ha vuelto a dar el dolor de cabeza.

Abby sentía la intensidad de la mirada de su jefe y por un momento creyó que todo había terminado.

—La verdad es que estás un poco pálida —comentó Martin sin embargo—. ¿Por qué no te vas a casa ya? Me he puesto como un loco con lo del expediente Drake, hoy ha sido un día de locos y son casi las cuatro, así que vete a casa y descansa.

—Muy bien —accedió Abby intentando sonreír—. Muchas gracias.

Lo cierto era que Abby se moría por salir de allí así que, antes de que a su jefe le diera tiempo de cambiar de opinión, apagó el ordenador, recogió las cosas que tenía sobre la mesa y salió disparada.

A medio camino hacia su casa, se dio cuenta de que Martin se la había quitado de encima en un abrir y cerrar de ojos.

Maldijo.

¿Cómo no se había dado cuenta?

De repente, se iba a hacer un recado misterioso y, cuando volvía, le decía que se fuera a casa.

¿Por qué?

¿Qué era lo que no quería que Abby supiera?

«Tengo que volver y averiguarlo», decidió.

Así que Abby dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la oficina. Al enfilear la

calle, se dio cuenta del terrible error que había cometido.

Con las prisas, no se le había ocurrido que Martin pudiera verla, pero allí estaba, en la puerta, saludando a un hombre bajito, corpulento y calvo.

Al oír el coche, ambos levantaron la mirada y Abby comprendió que la habían pillado. Sin embargo, no podía quitar los ojos del hombre al que Martin estaba estrechando la mano.

Se trataba de Jimmy Blunt.

Abby lo reconoció al instante porque lo veía constantemente en los medios de comunicación.

No podía ser.

Aquel hombre era un abogado sin escrúpulos que tenía fama de apuñalar a sus propios clientes por la espalda si se le pagaba una buena suma de dinero.

¿Qué demonios hacía Martin con él?

Jimmy Blunt era muy amigo de Edward Stewart, uno de los abogados mejor posicionados en la famosa adjudicación municipal.

Se decía que estaba completamente limpio porque siempre tenía a alguien que hacía el trabajo sucio por él.

¿Acaso Jimmy había ido a entregarle a Martin el soborno de su amigo?

Abby sintió náuseas, pero se dijo que debía parar. No podía pasar de largo porque aquello hubiera levantado las sospechas de su jefe.

Así que aparcó el coche junto a la acera, se bajó con piernas temblorosas y se dirigió a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Martin con frialdad—. ¿No te habías ido a casa?

—Sí, pero me he dado cuenta a mitad de camino de que me había dejado en el armario de la entrada un traje que necesito y que recogí el otro día de la tintorería —improvisó Abby.

—Muy bien, pasa —la urgió Martin.

Abby entró en el vestíbulo, abrió el armario y sacó el vestido que efectivamente había llevado a la tintorería unos días atrás.

—Es que esta noche he quedado —explicó—. Tengo una cita muy importante y me lo quería poner.

Martin la miró como si no se creyera nada.

—Bueno, me voy —sonrió Abby—. Hasta mañana.

Acto seguido, bajó las escaleras y se montó en el coche. Hubiera jurado que los dos la estaban mirando, pero no se giró para comprobarlo.

Puso el coche en marcha intentando actuar con normalidad y, al mirar por el espejo retrovisor, comprobó que tanto Martin como Blunt la observaban.

Mientras conducía hacia su casa, se preguntó qué habría ocurrido si hubiera llegado cinco minutos después.

¿Los habría pillado con las manos en la masa? ¿Para qué habría ido Blunt al despacho de Martin? Obviamente, para entregarle dinero.

Al llegar a casa, se dio cuenta de que estaba completamente agotada.

¡Por culpa de Martin!

Aquel día había estado a punto de pillarla con las manos en la masa dos veces y aquello había hecho que sus nervios estuvieran tensos y que, ahora, al relajarse, estuviera cansadísima.

Le apetecía mucho ver a Logan, pero no le apetecía salir, así que lo llamó.

—Hola —contestó Logan—. Llevo pensando en ti toda la tarde. ¿Qué tal todo? Espero que estés bien.

—Bueno, Martin ha estado a punto de pillarme fotocopiando un expediente.

—¡Maldita sea, Abby! ¿Estás bien?

—Sí —le aseguró Abby—. No ha pasado nada, pero estoy un poco nerviosa.

—Ya sabes que, si quieres retirarte, puedes hacerlo. Vic tiene otros métodos para investigar a un sospechoso. Puede intervenirle las líneas telefónicas e investigar sus cuentas bancarias.

—Sí, pero me siento obligada. Soy la persona que mejor conoce su despacho. Tengo la impresión de que Martin no dudaría en destruir las

pruebas si presintiera que lo están investigando. Sin embargo, creo que jamás sospecharía de mí. En cualquier caso, está un poco nervioso y eso me pone a mí también nerviosa porque no sé qué se le está pasando por la cabeza.

—Con esto que me cuentas, no creo que te apetezca salir, así que ¿qué te parece si me paso por tu casa y compro una pizza?

—¿No te importa?

—Claro que no. Hoy ponen una película de John Wayne en la tele así que, por mí, encantado.

—A mí también me parece un buen plan —rió Abby aliviada—. Gracias.

Nos vemos en un rato.

Capítulo 10

A ABBY le encantaba John Wayne, pero aquella noche no se podía concentrar en la película.

No podía parar de pensar en Martin.

¿Qué estaría haciendo? ¿Seguiría reunido con Jimmy Blunt? ¿Se habría tragado lo de que había vuelto a la oficina para buscar el vestido?

Lo cierto era que su jefe no era una persona que se anduviera por las ramas y aquello tenía sus ventajas porque, si hubiera sospechado que era mentira, se lo habría dicho.

—Me encanta John Wayne —murmuró Logan—. Cuando hizo de Enrique

VIII estuvo genial.

Abby estaba tan perdida en sus pensamientos que le costó procesar las palabras de Logan, pero, cuando lo hizo, frunció el ceño.

—John Wayne nunca ha hecho de Enrique VIII.

—Ya lo sé. Quería ver si me escuchabas. No te has enterado de la película, ¿verdad?

Abby no se molestó en negarlo.

—Me has pillado —admitió—. No puedo dejar de pensar en Martin. No sé qué se trae con Jimmy Blunt, pero no creo que sea nada bueno.

—No lo pienses.

—No puedo impedirlo. No paro de darle vueltas.

—A ver, te voy a dar un masaje —dijo Logan indicándole que se pusiera de lado.

Acto seguido, comenzó a masajearle el cuello y los hombros.

—No me extraña que no te puedas concentrar en la película. Tienes los trapecios completamente tensos.

—Sí, me encuentro muy nerviosa.

Logan le masajeó toda la espalda hasta que consiguió deshacerle las contracturas y aflojarle los músculos.

—Esto se te da muy bien —murmuró Abby encantada.

—Es que me gusta tocarte —contestó Logan.

—Si sigues, me voy a derretir.

—Pues esto no ha hecho más que empezar.

Logan comenzó a acariciarle los brazos, las muñecas, los codos, las palmas de las manos y los dedos.

Abby sintió que, efectivamente, se derretía.

Gimió encantada y echó la cabeza hacia atrás, reposándola en su hombro.

—No entiendo cómo me pones así con sólo una caricia —confesó aspirando su aroma.

—Todavía te queda lo mejor —sonrió Logan—. Cierra los ojos y concéntrate en mis dedos.

Abby así lo hizo y sintió cómo las manos de Logan se movían con infinita ternura sobre su piel, acariciándole la cintura, las caderas, las piernas...

Por supuesto, dejó de pensar en Martin y en el resto del mundo, ahora sólo existía Logan y la magia de sus manos.

Le habría encantado devolverle las caricias, pero estaba tan encandilada que no podía ni moverse y, de repente, se encontró aguantando la respiración y preguntándose dónde la acariciaría a continuación.

Cuando sintió su mano cerca de uno de sus pechos, le pareció que la habitación daba vueltas.

—Tócame —le suplicó.

—Ya lo estoy haciendo, cariño —contestó Logan acariciándole el pecho.

Abby suspiró.

Creía que sabía lo que era el deseo, pero, cuando sintió el pulgar de Logan en el pezón, todo lo que hasta aquel momento había dado por cierto se derrumbó.

—Logan... por favor... necesito...

—¿Qué? ¿Qué necesitas? —le dijo girándola hacia sí y sentándola sobre su regazo—. ¿Esto? —dijo besándola lentamente.

Abby sintió que le latía el cuerpo entero, pero no le dio tiempo a contestar porque Logan la tumbó en el sofá y se tumbó a su lado.

—¿O esto? —añadió dándole un beso de esquimal.

Aquello hizo que Abby estallara en carcajadas.

—Eres perfecto —le dijo acariciándole el pelo.

—Si quieres, sigo —sonrió Logan—. Sé unas cuantas cosas más.

—Yo también —contestó Abby..

Logan suponía que le iba a desabrochar la camisa, pero lo que Abby hizo fue acariciarle el lóbulo de la oreja.

Al instante, Logan sintió que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en la entrepierna.

Al mirarla a los ojos, comprendió que Abby sabía cómo la hacía sentirse y aquello le encantó.

¿Se daría cuenta de que su autoestima había subido por las nubes desde que estaban juntos?

Abby era una mujer maravillosa.

Logan sintió sus manos en el pecho, acariciándolo lentamente y desabrochándole los botones uno a uno en lo que le pareció una eternidad.

—Me estás matando —gimió.

—¿De verdad? —contestó Abby sorprendida mirándolo a los ojos.

—Si sigues así, te aseguro que no voy a aguantar mucho.

Intrigada, Abby lo besó debajo del ombligo, casi en la cinturilla del pantalón, y se encontró, en un abrir y cerrar de ojos, debajo de él.

Logan la tomó entre sus brazos y Abby sintió que se derretía. Sin saber cómo los dos estaban desnudos.

Sólo existía Logan, su sabor, su piel, su calor. Abby se encontró moviéndose al mismo ritmo que él, sintiéndose la mujer más bonita del mundo.

¿Qué tenía aquel hombre que la hacía sentirse tan segura de sí misma, tan lanzada sexualmente?

Logan la condujo hasta el primer orgasmo acariciándola y, continuación,

su lengua siguió el rastro de sus dedos y Abby se encontró sollozando de placer.

Se estaba enamorando de él.

Abby se ató el cinturón de la bata mientras observaba cómo Logan se terminaba de vestir.

Lo cierto era que no le apetecía nada que se marchara y estuvo a punto de decírselo. Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que se estaba metiendo en un buen lío.

Quería que se quedara a dormir con ella, quería que se quedara a pasar una semana entera, quería que se quedara a su lado para siempre.

Abby se encontró preguntándose si Logan estaría preparado para sobreponerse a la muerte de su esposa y rehacer su vida.

Quería creer que así era, pero lo cierto era que él no le había dado ninguna explicación y ella no se la iba a pedir.

Aunque la lógica le indicaba que era mejor saberlo cuanto antes, antes de que se enamorara perdidamente de él, el riesgo a que la rechazara le parecía demasiado doloroso como para preguntar.

—Estás muy callada —comentó Logan—. ¿Estás bien?

¿Cómo iba a estar bien cuando sabía que se estaba enamorando de Logan, pero no sabía si lo que compartían era algo más que sexo para él?

Por supuesto, no le iba a preguntar nada porque, si había sacado en claro algo en su limitada experiencia con los hombres, era que no se los podía presionar, que no se les debía preguntar por sus sentimientos porque podían salir corriendo.

—Estoy un poco cansada —sonrió.

—¿Cómo no lo vas a estar con todo lo que tienes encima con tu jefe? — dijo Logan abrazándola—. ¿Quieres que llame a Vic y le diga que lo dejas? Esto se está poniendo un poco peligroso.

Lo que se estaba poniendo realmente peligroso era lo que sentía el corazón de Abby, pero no se lo podía decir.

—No creo que esta situación se vaya a alargar mucho más. Martin no tardará en cometer algún error —contestó Abby.

—¿Y si no es así?

—Entonces, llamaré yo misma a Vic y le diré que he hecho todo lo que he podido. Espero tener otro trabajo para entonces.

—Voy a preguntar a ver si hay algo en el periódico —le dijo Logan mientras iban hacia la puerta—. Mientras tanto, llámame si necesitas algo.

—De acuerdo —contestó Abby.

Lo que necesitaba era su corazón y eso no se lo podía pedir.

Aquella noche, Logan no consiguió dormir bien.

Soñó con Abby, soñó que hacía el amor con ella como si fuera el amor de su vida. Cuando se encontró a las cuatro de la madrugada mirando el techo, se inventó diez mil excusas.

Las sábanas estaban ásperas, había comido demasiado antes de meterse en la cama, le dolía la cabeza...

No podía engañarse a sí mismo.

La cierto era que no podía dejar de pensar de Abby.

No sabía qué había ocurrido, pero aquella mujer le hacía sentir cosas que no había esperado sentir de nuevo y no sabía qué hacer.

¡Había querido a Faith desde los catorce años! ¿Cómo la iba a traicionar queriendo a otra mujer?

«Si yo muero, no quiero que estés toda la vida guardándome luto. ¿Cómo crees que me sentiría sabiendo que estás solo?».

Logan recordó aquella conversación que habían tenido durante su luna de miel. Habían salido a cenar y habían estado a punto de tener un accidente por culpa de un conductor borracho.

Aquella situación había hecho que se produjera entre ellos una conversación muy profunda al volver al hotel.

En un abrir y cerrar de ojos, la conversación se había tornado discusión porque Logan le había dicho a Faith que jamás miraría a otra mujer si ella

muriera.

Sólo había sido una suposición, pero su mujer se había puesto como una fiera y lo había llamado de todo por preferir la soledad a la felicidad.

¿Cómo iban a saber ellos entonces que aquella situación se iba a dar en realidad?

Logan sintió un intenso dolor en el corazón. Sin embargo, el dolor se convirtió en tranquilidad cuando se dio cuenta de que Faith le había hablado.

¿Estaba preparado para amar de nuevo? Desde luego, había aprendido amando a Faith que en la vida no hay garantías, que se puede perder a la persona amada.

Faith y él habían estado casados sólo doce años. ¿Y si le pasaba de nuevo?

¿Y si se enamoraba de Abby y la perdía? ¿Podría soportarlo?

Logan se pasó toda la noche pensando en aquel asunto y a la mañana siguiente fue a trabajar agotado y sin haber decidido nada.

Al llegar a la cafetería de la redacción, estaba tan abstraído en sus pensamientos que estuvo a punto de chocarse con Josh Garrison.

—Los veteranos primero —comentó el joven con ironía haciéndole una reverencia para dejarlo entrar.

—Guárdate tu falsa educación para otros —le espetó Logan—. Yo ni la quiero ni la necesito. La verdad es que me has caído mal desde el principio y

te agradecería que no me volvieras a hablar —añadió importándole muy poco que los oyeran los demás periodistas que estaban en la cafetería.

—Es increíble lo que la envidia puede hacerle a un hombre —se burló Garrison—. Claro que entiendo que debe de ser sumamente difícil ser una vieja gloria que ya no sabe ni escribir.

—Lo que debe de ser realmente difícil es ser un jovencito pretencioso que para escribir un buen artículo tiene que robarle las historias a los compañeros y, lo que es peor, no tiene escrúpulos y publica cosas que jamás deberían publicarse. Si yo estuviera en tu lugar, comenzaría a buscar otro trabajo porque cuando Porter se entere de lo rastrero que eres, no dudará en despedirte.

—Para que lo sepas, su nieta está tan enamorada de mí que Porter jamás me echará —contestó Garrison muy seguro de sí mismo—. Ten cuidado porque, seguramente, el que se terminará yendo seas tú. Cuando el abuelo se entere de que me has acusado de robarte una historia delante de todo el mundo, no creo que tenga piedad contigo. Lo que es una pena, la verdad, porque me han dicho que no escribías mal cuando escribías algo.

Logan apretó los dientes, le dirigió una mirada asesina y pasó de largo.

—Logan —lo llamo Nick cuando pasó frente a la puerta de su despacho—. ¿Te importa entrar un momento? Mira, me gustaría que te fueras al lago Ink.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha producido un asesinato en casa de Oscar Hunt y quiero que investigues —contestó su jefe.

Oscar Hunt era un conocido filántropo que tenía fama de ir a la iglesia tres veces por semana y de llevar una vida ejemplar.

—¿A quién han matado?

—A su mujer.

—Muy bien, a ver qué averiguo. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Un par de días. Te advierto que Hunt quiere llevar esto en el máximo secreto, así que no te va a resultar fácil. Ni siquiera la policía quiere hablar.

—No te preocupes, te traeré un buen artículo.

—Lo cierto es que últimamente, en estas dos últimas semanas, estás mucho más centrado y estás escribiendo de maravilla —le dijo Nick sinceramente.

Logan sonrió encantado.

—¿A qué se debe el cambio?

«Abby», pensó Logan al instante.

Sí, era gracias a ella porque lo distraía, lo divertía, lo hacía olvidarse de su soledad y de sus problemas en el trabajo.

Le iba a mandar un precioso ramo de flores para darle las gracias y otros dos para sus hermanos. ¿Quién iba a decir que apuntándolo en la agencia

matrimonial iban a darle paz y serenidad?

—Se trata de una mujer, ¿verdad? —sonrió Nick.

Logan se rió.

—Ya veo que no me vas a contar los detalles, pero, en cualquier caso, me alegro de que mi reportero favorito se haya recuperado. Dale las gracias de mi parte.

—Y ya que hablamos de que tu reportero favorito se ha recuperado, ¿por qué no me dejas escribir en portada?

—¿Por qué te crees que te mando al lago Ink?

Abby llegó al despacho a las ocho y lo encontró silencioso como una tumba, lo que la hizo respirar aliviada.

Después de que su jefe estuviera a punto de sorprenderla dos veces el día anterior, lo que más le apetecía era no verlo en todo el día.

Necesitaba un descanso.

Mientras encendía las luces y los ordenadores, pensó en el maravilloso descanso que Logan le había dado el día anterior.

Se había pasado toda la noche soñando con él, reviviendo sus caricias y sus besos y, cuando el despertador había sonado aquella mañana, había estado a punto de llamarlo.

¿Qué mejor manera de empezar el día que hablando con él?

Abby se preguntó si lo que ella sentía por Logan era lo que Logan había sentido por su esposa y se dijo que, probablemente, no fuera ni la décima parte.

Al pensar en el tremendo sufrimiento que la muerte de Faith le debía de haber acarreado, Abby sintió que se le saltaban las lágrimas.

En aquel momento, sonó el teléfono y Abby contestó con la esperanza de que fuera Logan.

—Despacho del concejal James.

—Estoy enfermo —le dijo Martin.

—Desde luego, tienes la voz fatal. ¿Qué te pasa?

—Creo que tengo alergia. Hoy no voy a ir a trabajar, pero necesito que me recojas un paquete y me lo traigas a casa.

—Muy bien.

A continuación, y para sorpresa de Abby, que había creído que el paquete estaría en Correos, Martin le indicó que tenía que dirigirse a un barrio que había caído en desgracia muchos años atrás.

—El edificio es una ruina, pero tú ni caso. Sube a la habitación 323, allí te entregarán el paquete. Me lo tienes que traer cuanto antes. La votación es mañana y en ese paquete hay una oferta que tengo que revisar antes de la reunión.

—Voy ahora mismo —le prometió Abby.

Un cuarto de hora después, estaba aparcando en la dirección que Martin le había dado. Era cierto que el edificio estaba prácticamente en ruinas. Desde luego, no parecía un lugar respetable para hacer negocios.

De repente, Abby se encontró preguntándose si de verdad habría alguien esperándola para entregarle un paquete.

¿Y si Martin se había enterado de que lo estaba espiando y quería deshacerse de ella? ¿Y si había dado orden de que la asesinaran?

Abby miró hacia lo alto del edificio y le pareció que desde la tercera planta alguien la observaba.

Aterrorizada, marcó el teléfono móvil de Logan, pero le saltó el contestador automático.

—Hola, soy Logan, deja tu mensaje después de la señal y, si es una emergencia, llama al 911.

—Logan, soy Abby. Ha ocurrido una cosa un poco extraña y necesito ayuda —le dijo indicándole la dirección en la que se encontraba—. Aquí parece que no hay nadie, pero Martin me ha asegurado que habría alguien esperándome para entregarme un paquete. Si no te vuelvo a llamar, probablemente estaré muerta en el sótano.

A continuación, llamó a Vic, pero también le saltó el contestador

automático.

¿Dónde estaba todo el mundo?

Tras dejarle también a él un mensaje, se bajó del coche y se dirigió a la entrada del edificio, que le pareció completamente fantasmal.

Lo cierto era que estaba muerta de miedo, pero el sentido del deber la impulsaba a seguir adelante.

Abby tomó aire y entró en el vestíbulo del edificio, que estaba sucio y cubierto de polvo. En un extremo, había una gran escalera y Abby se tomó un buen rato para comenzar a subirla.

Cuando llegó a la tercera planta, con el corazón latiéndole aceleradamente y la respiración entrecortada por el miedo, estaba convencida de que estaba sola, pero no era así.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está Martin?

Abby se giró hacia el hombre que le había hablado y se encontró con que era Jimmy Blunt.

—Martin está enfermo y me ha pedido que viniera a recoger el paquete —
le explicó nerviosa.

—No me gustan las sorpresas y tú eres una sorpresa.

Abby permaneció en silencio, pero reunió el valor suficiente como para mirarlo a los ojos como si estuviera muy segura de sí misma y de lo que

estaba haciendo.

—Si esto es una trampa, ya os podéis ir preparando —le advirtió Jimmy.

—Le aseguro que Martin está enfermo —insistió Abby sinceramente—.

Apenas puede hablar. Si no me cree, llámelo. Está en casa.

—No necesito hablar con él —contestó Jimmy—. Pareces una chica lista, así que dile exactamente lo que te acabo de decir. ¿Entendido?

No hizo falta que se lo repitiera dos veces. Abby apretó el paquete contra su pecho y corrió escaleras abajo como si la persiguiera el diablo.

Una vez en el coche, se preguntó cómo demonios había accedido a meterse en aquel lío. Logan tenía razón. Era el FBI quien tenía que encargarse de aquello.

Mientras conducía hacia casa de Martin, miraba el sobre que había dejado en el asiento del copiloto.

Obviamente, no era, tal y como Martin había querido hacerle creer, una nueva solicitud. Obviamente, aquel sobre contenía algo ilegal.

¿Por qué, si no, Jimmy le había puesto tanto celo?

Abby sentía la tentación de abrir el sobre y ver lo que había dentro porque, al fin y al cabo, había arriesgado la vida para que se lo dieran; pero no podía ser porque, obviamente, Martin se daría cuenta.

Con las siniestras palabras del abogado retumbándole en los oídos, aparcó

el coche frente a la casa de Martin, se bajó y llamó a la puerta.

Tenía la sensación de que la observaban y se preguntó si Jimmy la habría seguido. Daba igual. Estaba haciendo exactamente lo que se esperaba de ella: ir directamente a casa de Martin y entregar el sobre.

—¿Lo tienes? —dijo su jefe abriendo la puerta.

—Al señor Blunt no le ha hecho ninguna gracia que fuera yo a recogerlo

—contestó Abby entregándole el sobre.

—He intentado ponerme en contacto con él esta mañana, pero me ha sido imposible. ¿Qué te ha dicho?

—Que más nos valía no engañarlo y que, si lo hacíamos, ya nos podíamos ir preparando.

—¿Por qué te habrá dicho eso? —preguntó mientras abría el sobre—. ¿Por qué tendrá la sensación de que podríamos engañarlo?

—No tengo ni idea —contestó Abby—. Es amigo tuyo, no mío. Si no necesitas nada más, me vuelvo al despacho.

—Espera un momento —dijo Martin.

En ese momento, le sobrevino un terrible ataque de tos que hizo que se pusiera en pie, completamente congestionado.

Al hacerlo, el sobre cayó al suelo y varios fajos de billetes de cien dólares quedaron al descubierto.

Martin no se dio cuenta, pero Abby sí.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —dijo para salir de allí cuanto antes—. ¿Dónde está la cocina?

Martin se la señaló con el dedo.

Abby había cumplido con su parte del trato y se moría por salir de allí antes de que su jefe se diera cuenta de que había visto el contenido del sobre.

Con un poco de suerte, nunca lo sabría.

—Bueno, me voy —se despidió Abby entregándole el vaso de agua—. Si necesitas algo más, me llamas.

Martin asintió bebiéndose el agua y Abby salió disparada hacia el coche.

En cuanto salió de la calle, paró el coche y marcó el número de Vic.

—¿Abby? ¿Estás bien?

—Bueno, más o menos.

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Has ido a recoger el paquete? ¿Quién era el hombre que te estaba esperando?

—Jimmy Blunt —contestó Abby.

—¿Cómo? ¡Llevamos mucho tiempo detrás de él! Cuéntamelo todo.

Abby así lo hizo.

—Vic, no quiero seguir adelante. La gente con la que se ha mezclado

Martin es realmente peligrosa.

—Te entiendo perfectamente, pero te necesito un día más. La votación es mañana y, si Martin vota a favor del bufete de Stewart, el caso estará cerrado.

—No sé...

—Abby, si desapareces ahora de repente, tu jefe va a sospechar y todo quedará en agua de borrajas. Es sólo un día más, te lo prometo.

—Está bien —suspiró Abby.

—Gracias.

Capítulo 11

EN cuanto Abby terminó de hablar con Vic, marcó rápidamente el teléfono de Logan.

Se moría por contarle lo que había sucedido.

Sabía que la iba a regañarla por haber hecho el trabajo sucio de Martin, pero, si no lo hubiera hecho, Vic no tendría ahora pruebas contra él.

Si Martin votaba al día siguiente a favor del bufete de Edward Stewart, todo habría terminado.

Abby suspiró aliviada.

El día siguiente iba a ser un gran día tanto para Logan como para ella. Ella podría dejar de preocuparse por que la pillaran su jefe espiándolo y Logan podría publicar la historia sobre el ascenso y la caída de Martin James.

El ayuntamiento iba a estar de lo más revuelto.

—El número móvil al que está llamando está temporalmente fuera de cobertura. Por favor, inténtelo más tarde.

Abby intentó localizarlo en la redacción.

—¿Sí?

—¿Logan? ¡Menos mal! No te vas a creer lo que ha pasado. Martin ha llamado esta mañana para decirme que estaba enfermo y que tenía que ir a recoger un paquete para él y llevárselo a su casa. ¿Sabes quién me dio el paquete? ¡Jimmy Blunt! Qué fuerte, ¿verdad? Te aseguro que es un hombre espantoso. Incluso me ha amenazado. ¿Y sabes lo que había dentro del sobre? Montones de billetes de cien dólares. Ya te lo contaré todo detenidamente luego. He hablado con Vic y me ha dicho que van a detener a Martin justo después de la reunión para la adjudicación del contrato. Quería que lo supieras.

—Gracias —contestó Logan secamente—. Allí estaré para cubrir la noticia.

Aquella reacción no era la que Abby había anticipado.

—¿Estás bien? —le preguntó con el ceño fruncido.—. Te noto la voz un poco tomada.

—Me duele un poco la garganta —contestó Logan tosiendo débilmente.

—Vaya, a lo mejor tú también tienes alergia, como Martin. Si quieres, te

llevo un poco de sopa esta noche...

—¡No! Eh, gracias. Me voy a ir a casa dentro un rato y me voy a meter en la cama.

Abby suspiró decepcionada.

—Supongo que será lo mejor. Mañana va a ser un día de locos.

Normalmente, no voy a los plenos, pero mañana sí voy a estar allí para la votación, así que supongo que nos veremos.

Logan masculló algo que Abby no alcanzó a escuchar con claridad y colgó el teléfono, dejándola con el auricular en la mano, escuchando el pitido de la línea.

Aquello era muy extraño, ni siquiera le había preguntado si estaba bien. Se había comportado como si le importara muy poco y aquello le había dolido.

¿Estaría enfadado con ella?

Al otro lado de la ciudad, en la reacción del periódico, Josh Garrison sonrió encantado. No tenía ni idea de con quién acababa de hablar, pero le había dado la noticia del año.

Cuando Nick le había hablado del asesinato que había tenido lugar en la mansión que Oscar Hunt tenía en el lago Ink, Logan se había dado cuenta de que iba a necesitar varios días para llevar a cabo la investigación, así que no iba a tener más remedio que reservar una habitación de hotel.

Sin embargo, había llegado allí en menos tiempo del previsto y había trabajado durante todo el día, recabando toda la información que había podido, que había sido más de la que había esperado.

Logan había llamado directamente a Oscar Hunt, que estaba completamente recluso, y el hombre había accedido a hablar con él tres días después del entierro, que se iba a celebrar al día siguiente.

Ya había hablado con todos los empleados de la casa, con la policía y con los médicos que habían llegado a la escena del crimen y ahora no le quedaba nada que hacer.

Por eso, había decidido irse a casa y volver dentro de tres días.

Mientras conducía, comprobó que ya eran casi las once de la noche.

¡Maldición! Demasiado tarde para llamar a Abby.

Había intentado llamarla antes, pero en el lago no tenía cobertura, así que no tenía más remedio que esperar hasta la mañana siguiente.

Mientras avanzaba por la autopista en dirección a Austin, se preguntó si Abby lo habría echado de menos.

Desde luego, él la había echado de menos un montón aunque hubiera pasado sólo un día sin verla.

Tendría que haberle dicho que se tomara el día libre y se fuera con él, pero se había ido tan deprisa que no había caído.

En cualquier caso, no creía que su jefe le hubiera dado el día libre avisando con tan poca antelación.

No le gustaba nada aquel tipo. De hecho, estaba muy preocupado por que Abby trabajara a solas con él.

Intentó tranquilizarse pensando que, si hubiera tenido un mal día, lo habría llamado. Aunque no hubiera podido dar con él en el teléfono móvil, lo habría intentado en la redacción y en casa.

Seguro que tenía un mensaje suyo esperándolo.

Sin embargo, al llegar a casa, vio que no había ningún mensaje en el contestador. Se dijo que eso era buena señal, que Abby estaba bien.

Sin embargo, cuando se metió en la cama, la echó más de menos que nunca. Cerró los ojos y recordó su rostro, su voz...

La echaba tanto de menos que no podía dormir, así que se levantó y se puso a trabajar.

Sentada junto a la ventana de su dormitorio, Abby miraba la oscuridad de la noche.

Eran más de las dos y media de la madrugada y sabía que aquella noche no iba dormir.

Tan sólo quedaban unas horas para tener que ir al despacho de nuevo. De sólo pensarlo, le entraban náuseas.

Era obvio que Martin, por muy mal que se encontrara, iría a la votación.

De no hacerlo, cualquiera sabía lo que le haría Jimmy Blunt.

Menos mal que, en cuanto terminara la votación, Vic y sus agentes los arrestarían a todos.

Abby pensó que lo más probable era que Blunt y Stewart contrataran al abogado más rastroso del país y no sería de extrañar que intentaran dar la vuelta a la historia y ponerla a ella de mala de la película.

Se dijo que aquello podría soportarlo. Lo que no podía soportar era la espera. Se estaba volviendo loca.

Quería volver a llevar su vida normal. Tenía que buscarse otro trabajo, por supuesto, y también estaba Logan.

Pensar en él la hacía sonreír.

No la había llamado, pero no se había sorprendido demasiado porque el día siguiente iba a ser un día muy movido y debía tener el artículo sobre Martin preparado para poder publicarlo en cuanto se produjera el arresto.

Teniendo en cuenta los problemas que había tenido en el trabajo con Josh Garrison, se jugaba mucho con aquella historia.

Todo iba a salir de maravilla.

Al día siguiente, podrían celebrarlo.

Ya no tendrían que preocuparse nunca más por Martin y Logan recuperaría

el respeto de su jefe y del dueño del periódico con una historia de la que la gente iba a estar hablando durante meses.

Podrían salir a bailar.

Sí, sería divertido.

Al imaginarse de nuevo entre sus brazos, Abby sintió que el corazón le daba un vuelco. Cerró los ojos y se imaginó en la pista de baile, con él...

Y así se quedó dormida.

Ni siquiera oyó el despertador a la mañana siguiente y, cuando abrió los ojos, comprobó que tan sólo tenía diez minutos para vestirse y llegar a la oficina.

—Por favor, Dios mío, que no venga a la oficina, que vaya directamente a la reunión —pensó mientras conducía a toda velocidad—. Que siga enfermo.

Al llegar a la oficina, sin embargo, el mundo se le cayó a los pies. El coche de Martin estaba aparcado en la puerta.

—¡No! —gritó palideciendo.

Lo último que quería era tener que verlo, pero ¿qué podía hacer?

Haciendo un gran esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas, horrorizada, se dijo que debía controlarse.

Dentro de unas horas, Martin estaría detenido y todo habría terminado.

¡Tenía que aguantar un poco más!

Así que bajó del coche y entró en la oficina luciendo una sonrisa radiante.

—Qué pronto has llegado —saludó a Martin con fingida alegría—.

Supongo que es buena señal, que te encuentras mejor. Desde luego, tienes mejor aspecto. ¿Qué tal la tos?

—Mejor —contestó su jefe rebuscando entre unos papeles que tenía sobre la mesa—. La verdad es que había pensado quedarme en casa, pero tenía que repasar las solicitudes antes de la reunión y las tengo aquí.

—Estarías más cómodo en casa, desde luego —apuntó Abby—. Además, todavía quedan varias horas para la reunión. ¿Seguro que no quieres irte? Si surge algo, te aviso.

—No, ya que he venido, me voy a quedar —contestó Martin.

Abby asintió resignada. Tenía que hacerse a la idea de que aquel día era un día de trabajo normal. Tenía que disimular.

—Voy a preparar café —anunció—. ¿Quieres?

—Sí, gracias —contestó Martin.

Encantada de poder alejarse de él, Abby se dirigió a la cocina. Le hubiera gustado que Martin se fuera a casa, se estaba poniendo realmente nerviosa.

Mientras ponía el café en el filtro, sonó el teléfono, se asustó y se derramó el café por todas partes.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —gritó Martin.

—Nada, se me ha caído el café, pero ahora lo recojo. Voy a contestar el teléfono —contestó Abby.

—Ya contesto yo —gruñó su jefe.

Por Abby, no había ningún problema. Si por ella fuera, estaría toda la mañana escondida en la cocina.

Por desgracia, no tardó mucho en recoger el café y llenar de nuevo la cafetera. No tenía más remedio que volver a su sitio.

Cuando se giró para salir de la cocina, se encontró con que Martin estaba en la puerta, mirándola.

—¡Ah! —exclamó asustada—. No me había dado cuenta de que estabas ahí —rió nerviosa—. ¿Ocurre algo? —añadió al ver que Martin no se apartaba de la puerta para dejarla salir.

—Tú sabrás —contestó su jefe—. Me acaba de llamar un reportero del *Gazette* para preguntarme si es cierto que estoy aceptando sobornos de los bufetes que optan al contrato municipal esta tarde. ¿Cómo se le habrá ocurrido algo así?

Abby sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Qué?

—Le he preguntado de dónde ha sacado esa información, pero se ha

negado a decírmelo. Has sido tú, ¿verdad?

Horrorizada, Abby no se podía creer que Logan la hubiera delatado. ¡Le había dado su palabra de no decir nada hasta que todo hubiera pasado!

Le había dado la historia, pero ¿acaso no se fiaba de tener la exclusiva? A lo mejor, lo único que quería estando con ella era una buena historia.

¿Por eso no la había llamado la noche anterior? ¿Acaso ahora que todo estaba a punto de terminar ya no la necesitaba?

—¡No te quedes ahí mirándome como una idiota! —le espetó Martin—.

¡Di algo! ¿A quién más se lo has contado?

—¡A nadie, te lo juro!

—¡Mentirosa! —gritó Martin—. ¿Me tomas por imbécil? —añadió agarrándola de los hombros y zarandeándola como una muñeca de trapo—.

¡Cuéntamelo todo ahora mismo! ¿Con quién más has hablado sobre este asunto?

—¡Con el FBI! —gritó Abby—. He hablado con un agente del FBI. Sé que Jimmy Blunt te ha dado dinero. Te van a detener después de la reunión.

—¡Eso es lo que tú te crees! —gritó Martin abofeteándola.

Abby nunca hubiera pensado que su jefe iba a agredirla físicamente, pero, obviamente no lo conocía bien.

Le hubiera gustado salir de allí corriendo, pero Martin estaba en la puerta,

bloqueando la única salida.

Su única opción era intentar hacerlo entrar en razón.

—Martin, por favor, deja que te lo explique.

—¿Qué me quieres explicar, que ya me has juzgado y sentenciado? —se burló Martin—. ¿Sabes una cosa? Al final, vas a tener razón y voy a ser un delincuente. Te lo voy a demostrar personalmente. Venga, andando, que te voy a convertir en el cadáver más famoso de esta ciudad.

—¡No, espera! —gritó Abby intentando escapar.

—No tengo tiempo para tonterías —gritó Martin agarrándola del brazo y retorciéndoselo a la espalda—. ¡Venga, al coche!

Así la llevó hasta la puerta, la condujo a su coche, abrió la puerta y la tiró dentro. Abby se golpeó la cabeza y la rodilla, pero apenas se dio cuenta.

Tenía que parar aquello de alguna manera.

—Martin, por favor, no hagas esto —gritó—. El FBI te está vigilando, es imposible que puedas huir.

—¿Ah, sí? ¡Pues yo no los veo por ninguna parte! La calle está vacía, sólo estamos tú y yo —se mofó su jefe poniendo el coche en marcha.

Para su horror, Abby comprobó que era cierto. No había nadie en la calle.

Nadie había visto que la habían secuestrado.

¿Dónde demonios estaban Vic y sus hombres? ¿No le había dicho que lo

estaban vigilando?

—Te encontrarán —le advirtió desesperada—. Si me haces algo, lo único que vas a conseguir es empeorar las cosas.

Aquello hizo reír a Martin.

—No te enteras de nada, Abby. ¿Cómo me van a encontrar si ni siquiera saben dónde estoy ahora mismo?

¡Tenía razón! Si el FBI estaba esperando a la reunión de aquella tarde para detenerlo, no se darían cuenta de que la habían secuestrado hasta dentro de cinco horas.

¿Dónde estarían dentro de cinco horas? ¡Podrían estar en México para entonces! Si cruzaban la frontera, Martin podría perderse en el país vecino y el FBI jamás lo encontraría.

¿Y qué sería de ella?

Descompuesta por los nervios, Abby se dijo que tenía que hacerlo entrar en razón como fuera.

—Martin, tenemos que hablar seriamente. Te conozco desde hace cuatro años y te aseguro que lo último que quiero es que te ocurra algo.

—Sí, claro —se burló su jefe—. Seguro que les dices lo mismo todos tus secuestradores.

—Te lo digo en serio.

—No me vengas con monsergas —le dijo mirando por el espejo retrovisor

—. ¡Maldita sea!

Al ver que pisaba el acelerador a tope, Abby giró la cabeza y vio que los seguía un coche grande y azul.

—Martin, esto es una locura. No lo hagas. No vas a conseguir quitártelos de encima y, a la larga, va a ser peor.

—¡Cállate!

—¡No me da la gana! —gritó Abby—. ¡Nos vamos a matar!

Logan estaba terminando el artículo sobre el asesinato del lago.

Las similitudes entre Martin James, que se había dejado sobornar, y el millonario que había asesinado a su esposa, de la que quería divorciarse para no tener que compartir con ella su fortuna eran increíbles.

A los dos los movía la ambición, el amor desmesurado por el dinero.

Mientras releía por última vez el artículo, Logan sacudió la cabeza.

El mundo estaba lleno de personas ambiciosas que no dudaban en pisotear a los demás para conseguir lo que querían.

¡Qué pena!

Que él supiera, Martin no había matado a nadie, pero ¿quién sabía? Los hombres cegados por el poder y las ansias materiales eran capaces de hacer cualquier cosa.

¿Estaría Abby bien?

Había querido llamarla, pero no había tenido un momento libre en toda la mañana. Nada más entrar en la redacción, se había encontrado con una reunión que había durado hora y media y, a continuación, se había puesto con el artículo del lago porque quería tenerlo terminado antes del pleno del ayuntamiento.

Sin pensarlo más, marcó el número de Abby.

¡Como la había echado de menos!

Al tercer timbre, saltó el contestador automático.

—Ha llamado usted al despacho del concejal Martin James —dijo la voz de Abby—. Por favor, deje su nombre y número de teléfono después de la señal y lo llamaremos lo antes posible. Gracias.

Logan frunció el ceño sorprendido.

—Abby, soy Logan. Por favor, llámame cuanto antes.

Le habría gustado decirle muchas más cosas, pero no podía arriesgarse a que Martin escuchara el mensaje.

¿Dónde estaría Abby?

Logan sabía que estaría realmente nerviosa aquella mañana, pero la conocía bien y sabía que jamás se quedaría en casa precisamente aquel día.

Eso habría hecho que su jefe sospechara.

Tenía que haber una explicación lógica para que no estuviera en la oficina, así que Logan intentó tranquilizarse.

Estaba a punto de marcar el número de su teléfono móvil cuando la emisora de la policía comenzó a radiar.

—Un Lexus negro del año 2003 con matrícula J-A-M-E-S 1 se dirige hacia el norte por la autopista 35 a gran velocidad. Se cree que dentro del vehículo van el concejal Martin James y una mujer pelirroja a la que tiene secuestrada. Avisamos a todas las unidades de que el concejal podría estar armado y resultar peligroso. Repito, llamando a todas las unidades. Un Lexus negro del año 2003...

Logan se puso en pie de un salto y escuchó de nuevo el boletín policial. Sí, sin duda el agente había dicho que el concejal James había secuestrado a una mujer pelirroja.

Logan se quedó de piedra, atenazado por el miedo.

¡Había secuestrado a Abby!

«¡No!», se dijo furioso.

No podía ser.

Martin James se había dejado cegar por las ansias de dinero y había aceptado sobornos, pero eso era una cosa y otra muy diferente era secuestrar a una persona.

Sin embargo, el agente había dicho muy claro que se trataba de una mujer pelirroja y Abby no contestaba el teléfono en la oficina.

¡Era ella!

—Esto es increíble —comentó un compañero—. ¿Qué le habrá pasado a ese hombre?

—¿Quién sabe? Es un canalla arrogante, te lo digo porque lo sé de buena tinta. A lo mejor, lo ha dejado su novia —contestó otro.

—No sé, pero ya se puede ir despidiendo de su carrera política.

Logan estaba tan desesperado que apenas oía los comentarios de sus compañeros, pero, cuando levantó la vista, se encontró con Josh Garrison y se dio cuenta de que parecía tremendamente culpable.

—¡Canalla! Tú tienes algo que ver en todo esto, ¿verdad?

—Vete al infierno, St. John —contestó el joven—. ¿Pero qué diablos estás diciendo?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Me has vuelto a robar una historia, ¿verdad? Ya me lo has hecho antes, así que supongo que habrás contestado otra vez mi teléfono. ¡Confiesa!

Garrison bajó la mirada, obviamente dubitativo.

Logan no dudó en dar un paso al frente hacia él.

—Está bien, está bien —dijo Garrison—. Estaba pasando junto a tu mesa

ayer cuando sonó el teléfono y contesté. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Me vas a denunciar acaso por contestar el teléfono?

—¿Quién era? —gritó Logan.

—No lo sé, una mujer. En cuanto contesté, se lanzó a contarme que había recogido un sobre en el que había billetes de cien dólares y que se lo había dado Jimmy Blunt. Dijo que todo terminaría hoy cuando un tal Vic detuviera a Martin James en la reunión del ayuntamiento de esta tarde.

Logan sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Era Abby. Y ahora Martin James la ha secuestrado. ¿Se puede saber qué has hecho?

—No tengo por qué aguantar que me hables así —le espetó Josh—. No eres mi jefe.

—No, no soy tu jefe, pero soy el hombre que está enamorado de Abby Saunders, la mujer que está en peligro por tu culpa. ¿Se puede saber qué demonios has hecho? Tienes un minuto para contármelo todo. De lo contrario, te juro que te hago picadillo y luego te llevo a ver a Vic Roberts, que es un agente del FBI, a ver si tienes valor para negarte a hablar delante de él.

Logan estaba decidido a ir a hablar con Porter para contarle con qué clase de chico salía su nieta y, además, le iba a pedir a Vic que detuviera a Garrison

por obstrucción a la justicia.

Era lo mínimo que se merecía.

—No sé por qué te pones así, lo único que he hecho es hacer mi trabajo, seguir una pista —intentó defenderse el joven.

—Tú no tenías que haber seguido ninguna pista, pero ya nos ocuparemos de eso más tarde —le contestó Logan con frialdad—. Ahora, contesta a mi pregunta. ¿Qué demonios has hecho?

—He llamado a Martin James esta mañana para preguntarle si era cierto que estaba aceptando sobornos. Lo he hecho para pillarlo por sorpresa...

Aquello fue más de lo que Logan pudo soportar.

—¡Hijo de...! —gritó agarrándolo del cuello—. ¡Eres un estúpido! ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

Entre tres compañeros consiguieron que lo soltara.

—¡Si le pasa algo a esa mujer, vas a desear no haber nacido! —le advirtió Logan.

Capítulo 12

LOGAN nunca se había tenido por un hombre violento, pero, mientras corría hacia el coche, muerto de miedo ante la idea de que Abby estaba a solas con un hombre sin escrúpulos, pensó que sería capaz de matar a Martin James con sus propias manos.

¡El muy canalla!

¿Acaso creía que iba a poder huir y hacer que Abby pagara por sus errores? ¡De eso, nada!

Si le hacía algo, Garrison no iba a ser el único que iba a desear no haber nacido.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo mucho que la amaba?

Por ella se levantaba con energía por las mañanas, por ella estaba deseando terminar su jornada laboral, oír su voz al otro lado del teléfono lo hacía sonreír y, cuando un día no podía hablar con ella, se sentía triste y miserable.

«¡Qué idiota!», se dijo.

Llevaba semanas enamorado de ella y no se había dado cuenta.

Conectando con la emisora de la policía, se dirigió a la autopista 35, escuchando cómo el agente describía la persecución.

Por lo visto, Martin James conducía a gran velocidad, esquivando coches a más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

Si se le reventaba una rueda a esa velocidad o calculaba mal la distancia con otro coche, podían matarse los dos.

«¡No!», pensó Logan.

Ya había perdido una vez a la mujer a la que amaba, no podía volver a suceder.

Con Faith, no había tenido oportunidad de salvarla, ni siquiera había podido despedirse de ella.

Por lo que le habían dicho los médicos, había muerto en el acto, pero a Abby sí podía salvarla.

¡Tenía que hacerlo!

Diez segundos después, entraba en la autopista a ochenta kilómetros por hora, pisaba el acelerador, se ponía a cien, rezaba y seguía acelerando.

Se dijo que debía dejar que Vic y sus hombres se hicieran cargo de la situación, pero no podía, tenía que echar una mano.

Desesperado, miraba su alrededor en busca de los coches de policía y del Lexus de Martin, pero no veía nada.

¿Dónde demonios se habían metido?

Un poco más adelante, al bajar un cambio de rasante, vio a lo lejos las luces de los coches patrulla.

Efectivamente, el Lexus de Martin iba unos coches más adelante, esquivando vehículos sin parar.

—Loco —murmuró Logan acelerando.

¿En qué demonios estaba pensando Martin James? Por mucho que corriera, no tenía escapatoria.

—Martin, esto es una locura —le dijo Abby por enésima vez—. ¿No te das

cuenta de que hay policía por todas partes? ¿Cómo demonios piensas salir de esto?

—¡Cállate! —gritó Martin esquivando un coche blanco—. ¡Nada de esto estaría ocurriendo si hubieras mantenido la boca cerrada!

Abby no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Hablas en serio? ¿Así que tú te dedicas a aceptar sobornos y esperas que yo me quede cruzada de brazos y ahora tienes la caradura de culparme por lo que está sucediendo?

—¡No tendrías que haberte metido en mis asuntos!

—Eres un político —le recordó Abby—. Cuando te dedicas a hacer mal tu trabajo y a aceptar sobornos, estás engañando a los que te han votado y te han confiado su dinero, así que claro que es asunto mío.

—¡Cállate! —exclamó intentando golpearla.

—¡Cuidado! —gritó Abby al ver que apartaba las manos del volante.

Martin maldijo y volvió a tomar el volante entre las manos, pero no desaceleró y siguió conduciendo como un loco.

Abby se dio cuenta de que recordarle lo que había hecho no hacía sino enfurecerlo y que la situación se tornara cada vez más peligrosa.

Tenía que conseguir que fuera más despacio, tenía que intentar convencerlo para que la dejara ir. No iba a ser fácil, pero debía intentarlo.

—Lo siento —le dijo como si realmente lo sintiera—. Los dos hemos hecho lo que creíamos que era correcto y ya no podemos cambiarlo. Para que lo sepas, cuando fui a hablar con el FBI, me dijeron que ya te estaban investigando.

—¿Por qué?

—No me lo dijeron. Supongo que sería por lo de los sobornos porque, la verdad, Martin, no eras muy discreto. Claro que ahora, después de haberme secuestrado...

—No pueden demostrar nada; aunque haya aceptado dinero, si hoy no voto en el pleno, algo que, por supuesto, no pienso hacer, no hay caso.

—Puede ser —contestó Abby—. ¿Por qué no llamas a tu abogado y le dices que hable con el FBI? Si dejas la autopista en la próxima salida, podemos volver a la ciudad e ir directamente a su despacho. A lo mejor, puede arreglarlo todo.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Merece la pena intentarlo. Tienes que hacer algo, Martin. No puedes seguir conduciendo por la autopista todo el día.

Martin frunció el ceño y Abby permaneció en silencio.

—Puede que tengas razón —comentó al cabo de unos minutos—. Supongo que me podría escapar de la demanda de sobornos, pero lo del secuestro...

esto ya es más serio.

—Bueno, siempre puedes alegar que estabas enfadado y que no sabías lo que hacías —contestó Abby intentando engañarlo—. Resulta que necesitabas alejarte del despacho para recapacitar sobre la situación y me pediste que te acompañara. ¿Eso es secuestro? Se lo tendrías que preguntar a tu abogado.

Martin tamborileó con los dedos en el volante mientras se lo pensaba.

—No, no funcionaría.

—¿Por qué? Martin, tienes que hacer algo.

—El problema es que no confío en ti —contestó Martin mirándola con frialdad—. Has ido a hablar con el FBI, así que es obvio que quieres verme entre rejas.

—¡Eso no es verdad!

—Es obvio que me dirías cualquier cosa para convencerme de que pare el coche y te deje ir, pero eso no va suceder.

Abby sintió que el miedo se apoderaba de ella.

—Martin, por favor, piensa bien lo que estás haciendo. Si no me dejas bajarme del coche, te van a acusar de secuestro.

—Hay otra opción —sonrió su jefe.

—No te entiendo.

—Podría matarte —contestó.

Lo había dicho con tanta naturalidad que Abby pensó que estaba bromeando.

—Si me matas, te enfrentarías a la pena de muerte y no creo que te apetezca.

—No tendré que enfrentarme a nada porque yo también me voy a matar.

Unos meses antes, si su jefe le hubiera dicho aquello, Abby se habría reído a carcajadas porque Martin James era un hombre que se quería demasiado a sí mismo como para suicidarse, pero ahora no había motivo para reírse porque iba a doscientos por hora por una autopista y parecía haberse vuelto loco.

—No digas eso.

—Es la solución perfecta —insistió Martin—. Es obvio que, si me agarraran con vida, voy a tener que pasar muchos años en la cárcel, y te aseguro que prefiero morir.

—¡Yo no quiero morir! ¡Estoy enamorada por primera vez en mi vida y no quiero morir!

—Lo siento mucho —contestó Martin dirigiendo el coche hacia la mediana de hormigón que separaba los carriles que iban hacia el norte de los que iban hacia el sur.

—¡No! —gritó Abby intentando hacerse con el control del volante.

Martin la golpeó en la cabeza, pero Abby forcejeó con él. Martin era mucho más fuerte que ella, pero Abby consiguió en el último momento dar un volantazo.

El coche se estrelló contra la mediana, pero no lo hizo frontalmente sino por el lado izquierdo, que fue el que se llevó la peor parte.

A raíz del impacto, saltó el airbag del asiento del piloto y el coche salió disparado dando vueltas hacia la derecha, cruzando los tres carriles y parándose en el arcén como por arte de magia.

Los coches patrulla rodearon el Lexus, pero Abby estaba demasiado conmocionada como para moverse.

En un abrir y cerrar de ojos, más de veinte policías rodearon el coche, sacaron las pistolas y apuntaron a Martin.

Su jefe tenía un corte muy profundo en el lado izquierdo de la cara, que le sangraba, y el brazo izquierdo completamente roto.

Abby suspiró aliviada.

Todo había terminado.

Tras darle gracias al cielo, le entraron unas terribles ganas de reír y de llorar a la vez.

—Tengo que salir de aquí... —dijo Martin atontado.

—¡No hagas el idiota! Todo ha terminado, Martin. Por si no te has dado

cuenta, la policía nos tienes rodeados.

Martin no hizo caso de sus advertencias e intentó abrir la puerta. Varios policías se abalanzaron sobre él, lo sacaron del coche y lo tiraron al suelo sin miramientos.

Abby sintió pena por él a pesar de que había intentado matarla.

—Está desarmado —les dijo a los agentes.

Uno de ellos lo cacheó y le sacó una pistola de uno de los bolsillos del traje.

—¡Dios mío! —murmuró Abby lívida—. Podría haberme matado.

—Parece ser que eso era lo que quería —dijo Vic Roberts abriéndole la puerta del copiloto para que bajara del coche—. ¿Estás bien?

Abby sonrió tímidamente y asintió.

—Ha sido terrible. Nos hemos estrellado no porque haya perdido el control del coche sino porque quería matarnos a los dos.

—Casi lo consigue. ¿Seguro que estás bien? Una ambulancia viene para acá.

—Martin la necesita más que yo.

—De todas formas, les diremos que te echen un vistazo —insistió Vic—.

¿Qué ha ocurrido, Abby? Lo tenía todo previsto, íbamos a detener a Martin después de la votación y, de repente, me llama uno de mis hombres

diciéndome que está obligándote a entrar en su coche.

Cuando Abby se disponía a contarle lo que había sucedido aquella mañana en el despacho, llegó la ambulancia y los médicos insistieron en limpiarle las heridas que había sufrido.

—Me ibas a contar lo que había ocurrido —le dijo Vic, que hasta aquel momento había permanecido en un respetuoso segundo plano.

—Sí, lo que ha pasado es que Logan ha llamado esta mañana para preguntarle a Martin si era cierto que aceptaba sobornos.

—¿Estás segura? —se sorprendió Vic—. No creo que Logan te pusiera en peligro así.

—Yo tampoco lo creía, pero estaba en el despacho cuando llamó.

Atrapado en el atasco que se había formado, Logan oyó la sirena de una ambulancia y sintió que el corazón se le rompía.

—¡No! —gritó.

Abby estaba herida y no podía llegar hasta ella.

Logan se bajó del coche y comenzó a correr hacia el lugar del accidente.

Corrió con todas sus fuerzas, como un poseso. A pesar de que no hacía mucho ejercicio, corrió a toda velocidad, y aunque se ahogaba, siguió corriendo.

Unos minutos después, oyó que las sirenas de la ambulancia se alejaban y

comprendió que lo más seguro era que se la llevaran a un hospital.

¿Cómo iba a encontrarla cuando su coche estaba atrapado en el atasco?

Completamente desesperado, decidió acercarse al lugar del accidente de todas maneras para buscar a Vic.

Mientras el agente se encargaba de Martin, seguro que le prestaría su coche.

Cuando llegó al lugar del accidente, vio a Vic rápidamente... con Abby.

Logan se quedó mirándola y, si tenía alguna duda de que la quería con todo su corazón, se disipó en aquel mismo momento.

Había temido lo peor, pero había tenido suerte. Abby estaba viva.

Con el corazón henchido de felicidad, corrió hacia ella, y aunque al principio Abby lo miró con la misma expresión de felicidad en los ojos que él, rápidamente se puso seria.

—¿Estás bien, cariño? Qué preocupado estaba.

—Tenéis que hablar, así que me voy —se excusó Vic.

—¿Qué pasa? —dijo Logan confundido—. ¿Estás bien? Estaba muerto de miedo temiendo que la ambulancia fuera para ti.

—Me he golpeado con la cabeza en la ventana, pero no ha sido nada. Ya me lo han mirado y me han dicho que no es grave. Me duele la cabeza, pero es normal. De todas formas, me han dicho que si me sigue doliendo me pase

por el hospital.

—Menos mal que no es grave —comentó Logan suspirando aliviado—.

No te puedes imaginar lo preocupado que estaba por ti.

—Entonces, ¿por qué has llamado a Martin esta mañana para preguntarle si estaba aceptando sobornos? —le espetó Abby—. ¿No te has dado cuenta de que me estabas poniendo en peligro?

Logan la miró sorprendido.

—¿Eso te ha dicho James?

Parecía tan indignado que Abby se preguntó si no se habría equivocado.

—Habló esta mañana con un periodista y creí que...

—¿Que era yo? ¿De verdad crees que te haría algo así?

Logan estaba furioso y dolido y Abby se dio cuenta demasiado tarde de que había dado por hecho que había sido él el periodista que había llamado al despacho de Martin.

—Ha sido Josh Garrison, ¿verdad? —exclamó horrorizada—. ¿Pero cómo se ha enterado?

—Se lo dijiste tú.

—¿Cómo? —se indignó Abby.

Y, entonces, lo comprendió todo.

—Claro, te llamé a la redacción y, creyendo que eras tú la persona que

había contestado el teléfono, me lancé a contarte lo del paquete de Jimmy Blunt —recordó—. Oh, Logan, lo siento mucho —se lamentó con lágrimas en los ojos—. ¿Me perdonas? —le preguntó abrazándolo.

—Por supuesto que te perdono —contestó Logan abrazándola con fuerza—. No te preocupes, a ese jovencito se le da muy bien hacerse pasar por otros cuando contesta el teléfono.

—Tienes que volver ahora mismo a la redacción, te va a robar la historia —dijo Abby.

—Primero, te llevo a casa. Vamos.

Sin embargo, Vic les pidió que se quedaran un rato mientras una grúa retiraba el Lexus de Martin y el tráfico volvía a la normalidad.

Así, podrían aprovechar para que Abby le contara detalladamente lo que había ocurrido. Aunque Abby estaba realmente cansada, accedió a hacerlo para quitárselo de encima cuanto antes.

Era consciente de que Vic necesitaba la información para proceder a redactar los cargos contra Martin.

—Tenemos un montón de pruebas de que tu jefe estaba aceptando no solamente dinero sino también bienes a cambio de favorecer con su voto a un bufete o a otro. Varios abogados están dispuestos a declarar que iba por ahí diciendo alto y claro que su voto estaba en venta.

—Pobre diablo —dijo Abby sacudiendo la cabeza.

—¿Nos podemos ir ya? —le preguntó Logan a su amigo.

Vic asintió.

—Dime dónde tienes el coche y os llevó hasta él —se ofreció.

Veinte minutos después, Logan y Abby llegaban a casa de Abby.

—¿Estás segura de que no quieres ir al hospital? —le preguntó mientras entraban—. Estás muy pálida.

—Estoy como si me hubiera pasado una apisonadora por encima —sonrió Abby—, pero ya no me duele tanto la cabeza. Estoy bien.

—Ven aquí —dijo Logan abriendo los brazos.

Abby no se lo pensó dos veces, lo abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho, donde dio rienda suelta a las lágrimas.

—Oh, creía que te había perdido —se lamentó Logan.

—Qué mal lo he pasado.

—Ahora, todo ha terminado —la tranquilizó Logan besándola—. Has vuelto a mí y no pienso dejar que te vayas.

Entre los brazos de Logan, Abby se sentía completamente a salvo. Si hubiera podido, se habría quedado allí durante el resto del día, pero Logan tenía que volver al trabajo porque, después de lo que Josh Garrison les había hecho a los dos, no podían permitir que se saliera con la suya.

—Vete —le dijo Abby besándolo en los labios—. No dejes que ese jovencito repugnante te robe la historia.

—No lo voy a permitir, pero, si Porter decide ponerse de su lado, me quedo sin trabajo.

—Si el dueño del periódico se pone del lado de un joven tan asqueroso, no merece la pena trabajar allí.

—Pero es el único periódico de la ciudad, no tengo otro sitio donde trabajar.

—Tú siempre tendrás dónde trabajar porque eres un periodista maravilloso. Ve a hablar con Porter y cuéntale lo que ha pasado.

—Tienes razón, pero prométeme que te vas a meter en la cama y vas a descansar. Lo necesitas.

—Trato hecho —murmuró Abby sellando su promesa con un beso—. ¡Vete a trabajar! —exclamó entre risas unos minutos después.

Y Logan se fue en dirección al periódico, preparado para ir a hablar con el dueño y ponerle las cosas claras.

—El señor Porter quiere hablar contigo —le dijo la recepcionista en cuanto llegó.

Vaya, así que Garrison se le había adelantado, ¿eh?

Logan se dirigió al despacho de Thomas Porter temiendo que lo iba a

despedir.

—Si me va usted a despedir, no se ande con rodeos y dígame ya.

Garrison me advirtió que tenía todas las de perder si me enfrentaba a él y supongo que tenía razón.

—Yo no diría tanto cuando es usted el que está aquí y no él —sonrió

Porter.

Logan lo miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Dónde está Garrison?

—Supongo que buscando otro trabajo —contestó el anciano—. Pensé en entregarlo al FBI por haber interferido en una investigación, pero al final no lo he hecho para que mi nieta no sufriera más de lo que ha sufrido con todo esto.

—Me parece que aquí ha pasado algo y me lo he perdido —sonrió Logan

—. ¿Le importaría ponerme al tanto?

Porter le ofreció un puro y se encendió él otro.

—No hay nada mejor que un buen puro para relajarse —comentó encantado—. Deberías haberme dicho hace mucho tiempo que ese jovencito te estaba robando las historias y estaba publicando cosas que este periódico jamás ha publicado. Este periódico es una empresa familiar y yo considero familia a todos mis empleados, así que no me gusta que nadie vaya

apuñalando por la espalda a los demás.

—No soy ningún chivato —contestó Logan—. ¿Cómo se ha enterado?

Obviamente, no se lo ha contado él.

—Claro que no. Me lo ha contado Nora.

—¿Su secretaria? ¿Y cómo se ha enterado ella?

—Ha oído la bronca que se ha montado esta mañana cuando la policía ha radiado la noticia de que el concejal James había secuestrado a una mujer.

Por cierto, ¿qué tal está?

—Está viva de milagro, pero se encuentra mucho mejor ahora que James está detenido.

—Josh la puso en peligro, ha estado a punto de morir por su culpa.

¿Cuándo me ibas a contar que ese jovencito es un sinvergüenza?

—Cuando tuviera el artículo terminado. No quería que me robara la historia. Lo cierto, para ser completamente sincero, era que tenía miedo de que usted se pusiera de su lado.

—Jamás haría eso. Sé que lo has pasado muy mal este último año tras perder a tu esposa. Te dije en el entierro que te tomaras todo el tiempo que necesitaras y lo dije en serio.

—Pero contrató a Josh...

—Sólo porque era el novio de mi nieta. Si hubiera sabido las malas artes

que tenía, lo hubiera despedido la primera semana. Ahora que mi nieta se ha dado cuenta de todo y lo ha dejado, apuesto a que ninguno volveremos a verlo jamás —sonrió Porter—. Bueno, ¿y cuándo voy a poder leer tu artículo sobre Martin James? Otro idiota. El mundo está lleno de pobres diablos.

Logan sonrió.

—Quiero tenerlo listo para la edición de la tarde.

—Entonces, no te entretengo más —dijo Porter poniéndose en pie—. Me alegro de que hayas vuelto —añadió estrechándole la mano.

—Yo, también. Gracias por su comprensión. No lo olvidaré jamás.

Sintiéndose como si le hubieran quitado un gran peso encima, Logan corrió al hospital para enterarse del estado en el que se encontraba el concejal James y, a continuación, habló con Vic.

Unas horas después, tenía el artículo terminado.

Nick y Porter lo leyeron y le dijeron que se publicaría en portada al día siguiente. Iba a ser un bombazo y, por lo visto, se sospechaba que había otros concejales que estaban aceptando sobornos.

Logan tenía trabajo para largo.

Salió del periódico con la intención de ir a casa de Abby, pero, sin darse cuenta, se encontró conduciendo hacia el cementerio.

Necesitaba hablar con Faith.

Se había enamorado de aquella mujer nada más verla y ahora, veintiún años después, seguía amándola.

Se había prometido no volver a querer a otra mujer, pero eso había sido cuando no tenía ni idea de que iba a conocer a Abby.

Ahora, era incapaz de imaginarse su vida sin ella.

Eso significaba que debía despedirse de Faith.

—No hace falta que te diga lo mucho que te quiero —le dijo al llegar junto a su tumba—. He conocido a una mujer, aunque supongo que ya lo sabrás... se llama Abby y es maravillosa. Te gustaría. Me voy a casar con ella y quería decírtelo.

En ese momento, se posó un petirrojo en el árbol que había junto a la lápida de Faith y comenzó a cantar.

Logan sonrió.

El petirrojo era el pájaro preferido de su esposa.

—Supongo que ésta es la señal que me envías para decirme que no quieres que esté solo —le dijo emocionado—. El hecho de que me haya enamorado de Abby no quiere decir que me vaya a olvidar de ti ni de todo lo que compartimos, pero necesito seguir adelante.

El petirrojo continuaba cantando y Logan sintió que lo invadía una paz inmensa.

Al cabo de un rato, cuando se giró para irse, se dio de bruces con Samantha.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba un poco deprimida y he venido a hablar con Faith. ¿He oído bien? ¿Estás enamorado de otra mujer?

—Sí, se llama Abby —le explicó Logan dándose cuenta de que su cuñada parecía dolida.

Entonces, comprendió que Samantha estaba enamorada de él y rezó para que aquello no le doliera demasiado.

—No tengo necesidad de preguntarte si ella también te quiere porque habría que ser tonta para no quererte y tú eres incapaz de enamorarte de una tonta. Te deseo toda la felicidad del mundo, Logan.

—Samantha, siempre te he querido mucho y siempre te querré, seguiremos siendo cuñados a pesar de que me case con otra mujer. Sabes que podrás contar siempre con mi cariño.

Samantha lo miró a los ojos y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas; era obvio que no era aquél el amor que ella hubiera deseado, pero echó los hombros hacia atrás, tomó aire y sonrió.

—Ya lo sé —le dijo abrazándolo con fuerza—. Te deseo lo mejor —añadió apartándose y alejándose

Mientras la veía marchar, Logan comprendió que una parte de su pasado quedaba atrás y que había llegado el momento de mirar hacia el futuro.

Aquel día había sido interminable.

Abby había intentado descansar, olvidar el espantoso episodio de aquella mañana, pero estaba nerviosa y no podía parar quieta.

Y no estaba nerviosa por Martin sino por Logan.

¿Seguiría enamorado de Faith?

Dado que no le había dicho que la quisiera, Abby creía que seguía enamorado de su esposa y aquello la llenaba de dolor.

¡No lo podía soportar!

Ella estaba enamorada de Logan con todo su corazón, pero no podía continuar con aquella relación porque era obvio que él no había podido olvidar el pasado.

Tenía que ponerle fin cuanto antes pero no sabía cómo.

Cuando llamaron al timbre al cabo un rato, todavía no había decidido nada.

El pánico se apoderó de ella.

Probablemente, aquélla sería la última vez que se vieran.

Estuvo a punto de no abrir la puerta, pero Logan sabía que estaba en casa, así que no tenía más remedio que enfrentarse a él.

—Hola —la saludó Logan muy sonriente—. Espero no haberte despertado.

Ven aquí —dijo estrechándola entre sus brazos y besándola.

Sin poder evitarlo, Abby se derritió entre sus brazos. Cuando lo miró a los ojos, se dio cuenta de que jamás lo había visto tan feliz.

Le encantaba verlo así.

—Venga, cuéntame todo. ¿Qué ha pasado? Y no me digas que nada porque se te ve en la cara que algo bueno ha sucedido.

—Nunca he estado tan feliz —contestó Logan abrazándola con fuerza—.

Para empezar, a Nick le ha encantado el artículo que he escrito sobre Martin.

—¿Y?

—Y han despedido a Garrison. Porter me ha llamado para contármelo en persona y me ha dicho que mi puesto de trabajo está asegurado.

—¡Oh, Logan, eso es maravilloso! —aplaudió Abby.

—Pues hay más.

—¿Sí?

—Me han encargado que escriba una serie de artículos sobre la corrupción en el ayuntamiento. Va a ser increíble, pero no tan increíble como tú. ¿Te he dicho cuanto te quiero?

—¿Cómo? —contestó Abby sorprendida.

—He estado en el cementerio para contarle a Faith lo mucho que te quiero.

Sé que parece una locura, pero además de mi mujer era mi mejor amiga y

estoy acostumbrado a contarle mis secretos desde que era un adolescente.

Aunque está muerta, sigo hablando con ella.

—No es ninguna locura —le aseguró Abby muy sonriente.

—Fue la primera niña a la que besé y la única mujer a la amé... hasta que te conocí a ti. ¿Te he dicho que te quiero?

Abby le pasó los brazos por el cuello y lo besó.

—Sí, pero repítelo —murmuró—. Me encanta oírtelo decir porque yo también te quiero. Llevo pensando en ti todo el día.

Al oír aquello, Logan la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Tenía tanto miedo de perderte —le confesó—. Después de lo de Faith, no habría podido soportar perderte a ti también.

—No me vas a perder jamás —le aseguró Abby—. Te quiero y no pienso separarme de ti.

—Cuando vives con la persona a la que amas, te ves sumergido en la vorágine de la rutina diaria, te levantas, vas a trabajar, cenas, te acuestas y al día siguiente igual. Con el paso del tiempo, incluso puede que se te olvide decirle lo mucho que la quieres y, entonces, un día se muere y te encuentras solo, intentando recordar la última vez que la tuviste entre tus brazos. Cuando murió, lo primero que me pregunté fue si murió sabiendo lo mucho que la quería.

—Oh, Logan, no te hagas esto. Por supuesto que lo sabía. Te conocía tan bien que seguro que no necesitaba que se lo dijeras todos los días, seguro que lo veía en tu sonrisa y en cómo la tratabas.

—Las dudas no me dejaban dormir, me levantaba sudando y gritando que la quería —recordó Logan—. No quiero que contigo me pase lo mismo. Te prometo que te voy a decir muchas veces al día lo mucho que te quiero.

Abby sonrió encantada y lo besó.

—Yo también te quiero mucho, pero creía que no iba a tener oportunidad de decírtelo y, mucho menos, de que tú me lo dijeras.

—¿Por Faith?

—Era obvio que la querías muchísimo. Temía que no fueras capaz de volver a enamorarte.

—La verdad es que, al principio, me sentía como si la estuviera traicionando; pero luego me di cuenta de que a ella no le hubiera gustado verme solo. Me percaté de que estaba empezando a sentir cosas por ti y esta mañana, cuando creía que te había perdido, me di cuenta de que te quería y de que en la vida no hay garantías. No sé qué nos depara la vida, si estaremos juntos tres años, o diez o un siglo, pero estoy dispuesto a intentarlo. ¿Y tú?

—¿Y me seguirás queriendo cuando tenga el pelo blanco y dentadura postiza? —bromeó Abby radiante.

—Por supuesto que sí —sonrió Logan—. ¿Y tú seguirás queriéndome cuando me quede calvo y ronque como un oso?

—Con todo mi corazón.

—Entonces, está todo decidido. Nos casamos. ¿Trato hecho?

Aquella era la propuesta de matrimonio más rara que Abby habría imaginado, pero le pareció perfecta.

—Trato hecho —contestó sellando su promesa con un beso.



Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com

Document Outline

- [Créditos](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Si te ha gustado este libro...](#)